



**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD IZTAPALAPA**

**DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
COORDINACIÓN DE SOCIOLOGÍA**

**CULTURA POLÍTICA: REVISIÓN TEÓRICA Y TRANSICIÓN EN
LOS VALORES POLÍTICOS NACIONALES**

TESIS
QUE PARA OBTENER EL GRADO DE LICENCIADA
EN SOCIOLOGÍA

PRESENTA:

VERONICA GUZMAN GOMEZ
AREA DE CONCENTRACIÓN: POLITICA
99322869

DIRECTOR DE TESIS:
DR. OTTO FERNÁNDEZ REYES

MEXICO, D.F., DICIEMBRE, 2000

*A todos los tiempos vacíos que en cualquier momento emergerán para
reprocharnos el olvido*

A mis hermanos Martha, Gabriel y a mi madre Concepción con cariño

AGRADECIMIENTO

*A todas las críticas, comentarios y sugerencias del Dr. Otto Fdz.
Reyes, que en buena medida cristalizaron esta investigación*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO I

1.1 LA POLISEMÍA DEL TÉRMINO DE CULTURA

1.2 DEL CONCEPTO DE POLÍTICA

1.3 DEFINICIÓN DEL CONCEPTO DE CULTURA POLÍTICA

1.4 LA CULTURA POLÍTICA: ANTECEDENTES Y DESARROLLO DE LA DISCIPLINA

Surge el paradigma de la cultura política

1.5 EL ESTUDIO DE LA CULTURA POLÍTICA EN MÉXICO

1.6 ENFOQUES Y PARADIGMAS EN TORNO AL ESTUDIO DE LA CULTURA POLÍTICA:
CRÍTICA Y DISCUSIÓN

Posibles vías para estudiar la cultura política y su problema actual

Los paradigmas de la cultura política: Teoría Funcionalista, Sistémica y Marxista.

De la diversidad de enfoques que la han analizado: Psicológico, Comprensivo,
Lingüístico, Objetivo, Moralista y la Versión Desagregada.

CAPÍTULO II

2.1 EL NUEVO ESTADO NACIONAL EN MÉXICO: PRESIDENCIALISMO, CORPORATIVISMO Y
AUTORITARISMO EN LA CULTURA POLÍTICA NACIONAL.

La revolución mexicana y el partido de Estado

Del presidencialismo y la cultura política en México

Del corporativismo del sistema a la cultura patrimonialista

Desarrollo estabilizador e inicio de la crisis política del sistema

Crisis de los pactos sociales: del neoliberalismo a la liberalización política mexicana

La debacle del sistema político y del partido de Estado: del salinismo, al zedillismo y del zedillismo al foxismo

2.2. RESULTADOS ELECTORALES: UNA APROXIMACIÓN FRÍVOLA DE LOS VALORES NACIONALES

CAPÍTULO III

3.1 VALORES NACIONALES DE LOS MEXICANOS (1981-2000)

CAPÍTULO IV

4.1 A MODO DE CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

* * *

“Si quieres seguir una vía metódica, hay que establecer las primeras bases de la ciencia en un terreno firme y no sobre arenas movedizas. Hay que abordar el reino social por los lugares en los que ofrece una mayor entrada a la investigación científica. Sólo a partir de aquí será posible llevar más lejos la investigación, y por medio de trabajos progresivos de aproximación alcanzar poco a poco esa realidad huidiza de la que el espíritu humano jamás podrá, quizás, apoderarse por completo”.

Emilio Durkheim (Régles de la méthode sociologique)

* * *

INTRODUCCIÓN

La vida política nacional se encuentra hoy más que nunca marcada por un conjunto de transformaciones importantes que ubican al país dentro de una coyuntura evidentemente compleja, en términos de la existencia de un tejido social que ha alcanzado en los últimos tiempos en el ámbito político-cultural, multiplicidad de formas abigarradas, y es que a pesar de que en los últimos tiempos se han producido cambios en la participación política de los ciudadanos que son perceptibles en el incremento del número de personas que acuden a las urnas, constantes movilizaciones urbano-populares que se manifiestan en pro o en contra de alguna política gubernamental, de algún partido o de un sistema político en particular; a pesar de la emergencia de nuevos partidos, de una mayor diversificación y competencia en espacios de opinión pública todos ellos incorporados a cambios en la producción económica, en la demografía, en la relación campo-ciudad, en la escolarización, en la estructura ocupacional etc., nos obligan a elucubrar que estas transfiguraciones giran en torno a evoluciones en la interrelación que guardan gobernantes y gobernados así como en la pérdida, redefinición o imbricación de valores que permitieron la permanencia de un sistema político autoritario. En este sentido considerando que el hecho político es un hecho social y que la política es ante todo una actividad social, la sociología como ciencia que se encarga de estudiar la conducta y las características del hombre valga la redundancia en cuanto ser social, identifica a la cultura política como una dimensión de las relaciones de poder, pero más aún al abordar el análisis del estado y sus instituciones tiende el puente entre el nivel micro y macro para analizar los comportamientos y actitudes que subyacen a las decisiones de participación y preferencias política, infiriendo que la estabilidad de un régimen depende en gran medida de los conocimientos, creencias, sentimientos, opiniones, expectativas y evaluaciones que la cultura política detente y esta a su vez de los valores que son utilizados como instrumento de control; como referente colectivo de criterios de juicio, preferencia y elección.

Bajo esta línea de análisis que une interacción social entre actores con funcionalidad de las instituciones, la realidad social puede explicarse en función del origen, desarrollo, funcionamiento y cambios de los fenómenos que se suceden a la sociedad en relación a la interacción de los individuos, grupos, clases, estratos sociales, organizaciones e instituciones que la componen. Es por eso que bajo esta visión

sociólogo se busca explicar la ambigüedad cultural del mexicano, en el entendido que México por su forma particular en que urdió su historia de colonización, independencia y posterior reestructuración permea la fuente más importantes del entramado simbólico en que se sustentó su consenso, su acción y su estructuración política. De ahí que sea inherente no soslayar la revisión de las estructuras político-administrativas que acompañaron a México desde su nacimiento como Estado nacional, bajo el entendido que al conjuntar elementos explicativos como el nacionalismo revolucionario con factores como identidad nacional, presidencialismo, paternalismo, corporativismo, corrupción, oportunismo, desinterés político, disenso político, etc., se pueden evidenciar elementos que aclaren la existencia de ciertos valores y actitudes tan aclimatados en la sociedad mexicana, y por ende, aclaren la existencia de un consenso inverosímil de más de 70 años que en los últimos tiempos se vio constreñido por factores globalizadores.

Por ello en la presente investigación el enfoque que se decidió para este estudio fundamentalmente sociológico incluye investigaciones de psicología social y antropología haciendo uso de análisis empíricos con la finalidad de descubrir los interiores de la cultura. Bajo esta línea el estudio se encuentra estructurado en tres capítulos: en el primer capítulo a la manera de los filósofos escolásticos, se delimitan los conceptos que servirán como eje principal de análisis. Para una mayor comprensión del mismo procedí a separar el término de cultura política en sus dos vertientes, lo político y lo cultural, empero cabe aclarar que dentro de la misma investigación no quedan exentas posibles definiciones que puedan propiciar en un momento determinado alguna confusión. Se realiza también en este mismo capítulo grosso modo una revisión rápida de los enfoques, paradigmas y antecedentes empíricos por los que ha transitado su estudio e investigación; en el capítulo dos se realiza una síntesis historiográfica con la finalidad de descubrir la relación íntima de reciprocidad entre cultura política, cultura y sistema político a partir del análisis de los efectos socio-políticos de la revolución de 1910 y la gobernabilidad del Estado, con esta misma intención se realiza una revisión global de los resultados electorales desde la década de los 20's a la actualidad con la finalidad de apreciar grados concretos de consenso o disenso hacia el régimen así como los momentos de quiebre y pérdida de los hilos de control político del Estado, buscando sopesar con ello en una primera aproximación la fase de transición valoral; en el tercer capítulo, considerando la importancia del sistema de valores se analizan diferentes indicadores de encuestas de opinión pública que se aplicaron a nivel nacional durante el período de 1981 al 2000 en la república mexicana, en el entendido que estos indicadores manifiestan aquello que las

personas consideran como valiosos, imperativo o como una obligación moral en su conducción social.

Toda esta argumentación se realiza con la finalidad de comprobar que la cultura política del mexicano bajo esta tesitura se encuentra no en un proceso de cambio si no más bien en una fase de transición; transición que tendría que estimarse para observar qué tanto los valores se están desgastando, redefiniendo, replanteando o imbricando, lo cual nos induce a soslayar la orientación determinista de estar viviendo una cultura política que quiera encajarse dentro de corrientes tradicionalista o modernistas. Por otro lado se busca comprobar la existencia de una vocación participativa de la sociedad civil tendiente a reproducir formas de sociabilidad con una fuerte vocación al estado que permitió articular a sectores mayoritarios de la sociedad en torno a la identificación del binomio estado-nación-gobierno y gobierno-sistema político, aspectos que hicieron posible la permanencia del partido de Estado y del sistema político en general, asimismo se busca comprobar que el arraigo cultural del mito revolucionario y su contraposición con los principios neoliberales motivaron la transición valorativa. En última instancia se intenta corroborar, aunque sólo sea a futuro, el hecho que la alternancia política como condición de cambio es necesaria pero sobre todo y esto hay que subrayarlo no es suficiente para el cambio de régimen, por ende, aunque suene demasiado utópico, el arribo de la verdadera democracia debe sustentarse no sólo en la transformación de las instituciones, sino sobre todo, enfáticamente en la transformación del imaginario colectivo de los ciudadanos.

CAPÍTULO I

* * *

"... los conceptos son palabras en sus contextos. Los contextos incluyen sentencias, expresadas oralmente o transcritas, siempre en un lugar más amplio de vecindad, institución, autoridad, lenguaje."

R. Somer Margaret, Zona Abierta, 1996/97

LA POLISEMÍA DEL TÉRMINO DE CULTURA

La palabra *cultura* en términos de su significación es un vocablo que ha sido caracterizado desde el siglo pasado hasta nuestros días por la mayoría de los científicos sociales como uno de los términos más difíciles de connotar. Esta indefinición emana de la diversidad de elementos que encierra, sobre todo de los múltiples significados y usos que se le han atribuido en las investigaciones sociales. De ello deriva el carácter "*polisémico*" o "*promiscuidad semiótica*" con la que algunos sociólogos la han caracterizado como en el caso de S. Crook, Palkulski y Walters (1992).

Cuando se empieza a indagar sobre los diferentes significados de este vocablo que fue utilizado en sus orígenes –Ilustración– como motor del cambio y civilización (M. Sahuquillo, 1997:173) lo primero que salta a nuestra vista es la confusión existente entre el sentido restringido y el sentido amplio antropológico de este término, es decir, esta palabra se presenta en un primer momento como un concepto que encierra una diferenciación entre lo que es considerado como lo culto y lo inculto, la instrucción y la no instrucción, lo objetivo y lo subjetivo, la acción y el pensamiento, las sociedades selectas y las masas desbordadas, que vienen a poner en claro y de manera emergente la consideración del espacio público y la vida cotidiana en el ámbito cultural¹.

La palabra cultura parte de su raíz etimológica "*cultus*", "*colere*", donde el sufijo "*ura*" nos remite a lo cultivado a la realización del espíritu humano, es decir, a la capacidad de desarrollar y disfrutar de ciertas facultades humanas (Gallino, 1995). Este término, que en sus orígenes alcanzó un sentido restringido, cambió de acepción en la época romántica con las consideraciones de Herder, quien con su sentido holístico e historicista la denominó *Volksgeist* "*espíritu del pueblo o nación*" bajo el cual la cultura fue percibida como "*expresión espontánea de una forma de vida*" (M. Sahuquillo, op. cit., p.183). Dentro de estos análisis evolucionistas, fundamentados en la unicidad del hombre, se ubica el primer concepto antropológico propuesto por Edward Burnet Tylor (*Primitive culture. Researches in the developmen of mythology*,

¹Tal desbordamiento en el ámbito semántico del término ha ocasionado que algunos sociólogos contemporáneos afirmen que no tiene sentido seguir hablando de cultura cuando los límites que separaban "lo que es cultura de lo que no lo es" se han difuminado, en este sentido mencionan se debe empezar a hablar de la existencia de una "postcultura" (S. Crook, S. Pakulski y Walters, *Postmodernization. Change in Advanced society*, 1992).

philosophy, religion, language, art and customs, 1871) quien la definió de la siguiente manera:

"Totalidad compleja que incluye conocimientos, creencias, arte, ley moral, costumbres y cualquier otra capacidad y hábitos adquiridos por el hombre en cuanto miembro de una sociedad" (Tylor, 1871: 29, en Aguirre Baztán A. 1993:152)

Sin embargo este concepto que detallaba a la cultura como equivalente a la sociedad, fue abandonado por ser demasiado amplio y por considerar que comprendía toda práctica humana más allá de lo biológico². Posteriormente le sucedieron varios intentos que enmarcaron este término a diferentes tipos de reinos como la corriente marxista que la ubicó como un aspecto de la superestructura; M. Weber la relacionó con cuestiones como la ética y el espíritu así como con interés y valor concibiéndola específicamente como *"tramas de significaciones"* en la que los hombres se ven envueltos; y E. Durkheim la expuso como un *"conjunto de creencias compartidas"* que encuentran su origen en las relaciones de poder.

En contraposición a estas nociones y como alternativa a la reinante definición de cultura derivada de las ideas Tylorianas surgió el relativismo cultural o culturalismo representada por Talcott Parsons, quien con su visión funcionalista de la sociedad al separar el sistema cultural del sistema social, la perfiló principalmente como un sistema de símbolos; como el espacio donde se conjugan los valores colectivos de los agregados sociales, en el que las respuestas a los estímulos y las necesidades fungen como el basamento -por llamarlo de alguna manera- de la acción racional del individuo. Dentro de esta misma corriente que consideraba la relación pensamiento-cultura se encuentra Boas (F. Boas, *Antropology*, E.I.C.S, 1930), el cual agregó a esta relación el término de *comportamiento*.

Parsons, al retomar y modificar la explicación cultural de Weber enfatizó el papel de los valores disociándolos del desarrollo histórico de las sociedades y al definir a la acción como *resultado intencional de los individuos* consideró la función que desempeñan las normas en la institucionalización de éstos valores y los patrones culturales (Mir, 1995). Empero por la postura que adoptó al reducir lo social a lo cultura, la acción al mundo de las ideas, los mitos y las creencias, donde el hombre al parecer se volvía "prisionero" de las llamadas formas simbólicas, le valió el calificativo de reduccionista y su sustitución por otras acepciones (Carabaña, 1993: 182).

² Esta postura estimuló críticas severas que contribuyeron en lo sucesivo a otorgar a un carácter central a los símbolos y significados dentro de la cultura.

Posteriormente el estructuralismo y la semiótica se convirtieron en los adversarios más dinámicos del enfoque funcionalista, en el que principal desacuerdo giró en torno a la consideración, valga la redundancia, de los valores y los símbolos institucionalizados como parte del sistema social, los cuales vieron a la cultura como un todo, e insistían que la coherencia interna de la organización simbólica, tenía que ser estudiada abstrayéndola de cualquier otra referencia de procesos que fueran ajenos a la cultura misma. Así en el último cuarto del siglo XX se empezó a enfatizar el problema del significado, con ello las perspectivas weberianas, durkheimianas o funcionalistas fueron retomadas y el estudio de los fenómenos culturales sistemáticamente se vinculó con la tradición filosófica de la fenomenología y la hermenéutica, que sostenía una realidad construida por el sujeto a través del proceso de creación de significados (Moran, 1996/1997:7). Dentro de estas nuevas posturas destacan la corriente fenomenológica³, con P. Berger, quien resaltó el papel de los significados mediante la recuperación del aspecto “intersubjetivo” o “comprensión compartida” de la interacción social de Weber; otra corriente es la que aporta la antropología cultural representada por M. Douglas quien consideró que la cultura no sólo consiste en significados -conocimientos codificados- sino también en claves intrínsecas -símbolos-; el estructuralismo como corriente teórica estuvo representada por Foucault y fue él quien al definirla como un sistema abstracto de significados aludió a la existencia del lenguaje como transmisor de los significados, insertando de esta manera un proceso que fue conocido como *socialización*⁴; por su parte Habermas representante de la teoría crítica, en oposición a la postura anterior la circunscribió dentro del espacio del discurso, aún y cuando éste sostuvo que la cultura consiste en “relaciones pautadas entre actores que emergen de sus esfuerzos por participar en el mundo de la comunicación” (R. Wuthnow, 1988:282). Consecuentemente se dio un desplazamiento de los supuestos fenomenológicos donde la significación subjetiva fue sustituida por aspectos objetivos y observables de la cultura como el lenguaje o el ritual, quedando definida la cultura de la siguiente manera:

³ La fenomenología es una tradición filosófica que deriva en última instancia de las concepciones hegelianas y se orienta específicamente en las bases mismas del ser y el conocimiento. En esta corriente destacan la obra de Berger y Luckmann (1994) quienes a partir de la interpretación del pensamiento de Schutz (1977 Y 1993) postularon el “carácter simbólicamente construido” de la realidad tanto subjetiva como objetiva.

⁴ Este proceso de socialización resulta importante dentro de la fase de enculturación o reproducción de la cultura —como más tarde se observará en el capítulo III— que se encarga de introyectar intergeneracionalmente a los individuos desde que nacen, bajo la consigna de una voluntariedad inconsciente, una visión particular del mundo y una forma específica de comportamiento, valiéndose de las normas, valores, roles, conductas, estereotipos, que instituciones como la familia, la escuela o bien los amigos o los compañeros de trabajo internalizan en los individuos. Así una vez dotados los individuos de instrumentos necesarios para moverse en su ámbito logran conformar una identidad dispuesta a mantener el orden funcional de la estructura social en la que se hallan inmersos (Gallino, 1995).

"ámbito residual que queda después de separar todas las formas observables de la conducta humana. Consiste en la vida interior, invisible, mental, de los seres humanos, considerados como individuos o en algún sentido colectivo difícil de imaginar, como en las nociones de "propósito colectivo", "valores compartidos" y "realidades intersubjetivas" (R. Wuthnow, op. cit., p.12)

Bajo estas consideraciones una vez consensada como un aspecto distinto de la realidad social, su estudio empezó a girar en torno a ese ámbito tan abigarrado que es la dimensión simbólica-expresiva. Fue así como se buscó construir un concepto más preciso y estrecho que explicara más cosas, en esta tarea los trabajos de Parsons, Radcliffe-Brown, Kroeber y Redfield representaron de gran importancia, dado que fueron ellos los que realizaron una primera distinción en los significados de cultura y sociedad. Por lo tanto con relación al precepto de que la cultura no es toda sociedad pero es indispensable para que una sociedad exista, se le concibió como un *"sistema de significados y valores"* que se diferencian del sistema de relaciones sociales que constituyen una sociedad, creándose de esta forma un campo autónomo de reflexión en términos de una ciencia de los significados y de los valores (D. Jean, 1977: 123)⁵.

Dentro de esta aproximación semiótica de la cultura que otorgó importancia a los significados para encontrar explicación al efecto que ocasionan los símbolos en la acción social, se halla uno de los conceptos que más a marcado el análisis antropológico, politológico y sobre todo sociológico de los últimos tiempos, la *idea semiótica de cultura* de Clifford Geertz; último recurso del que se han valido las ciencias sociales para responder a las cuestiones más urgentes relacionadas con la cultura, su significado, el papel que desempeña en la vida social y la manera cómo ese fenómeno multivariado debe ser estudiado. Tres teorías constituyeron el basamento geertziano, entre las que destacan la teoría de la fenomenología de Husserl sustentada en la *"descripción neutra"* o *"descripción densa"* como la llamó tiempo después Geertz; la hermenéutica de Heidegger basada en el análisis de la transmisión de significados y la *"naturaleza del ser"* y sobre todo la *"teoría de la semiótica"* de Weber. La importancia que se otorgó a la intersubjetividad en el territorio de los símbolos, se sustentó principalmente en la consideración de que los

⁵ Esta separación entre sociedad y cultura, sin embargo, trajo consigo también sus problemas, uno de los cuales sigue ocupando el debate actual: el de si el análisis de la cultura debe concentrarse en los "códigos semióticos", es decir en los signos y sus relaciones internas en tanto sistema que forman una cultura, o bien debe concentrarse en cómo esos códigos se relacionan con la acción social (consultar D. Jean Umiker-Sebeok, 1977).

hechos en la realidad se presentan matizados de símbolos, de ahí menciona, resurge la característica pública con la que esta se presenta (Geertz, 1996).

Resulta interesante mencionar que la cultura bajo esta visión no se percibe como aquello que nos permite aprehender por sí misma los motivos y significaciones de la conducta social, como sostenía la corriente francesa del estructuralismo con Levi-Strauss y su intento de entender las formas simbólicas independiente de todo sujeto, de todo objeto y de todo contexto, ni se reduce a la omnipresencia del individuo al estilo parsoniano que la concebía como un estado mental que oscurecía la forma en que las sociedades se integran y funcionan internamente, sino al contrario, considerándola como resultado de procesos de modelación de significación e interpretación que se dan en los entramados sociales (D. Jean, op. cit., p.127). En este sentido la tradición inglesa alejándose de las posiciones idealista de la cultura, propone considerar a la cultura como un texto construido por los actores a partir de "materiales sociales" que se encuentran culturalmente -semióticamente- organizados (Ibídem). Así las expresiones culturales -y esto hay que destacarlo- son considerados no como significados subjetivos experimentados de manera azarosa por los hombres o actores sociales, sino como elementos que al estar insertos en sistemas de signos, símbolos y practicas lingüísticas se encuentran acomodados bajo sus propias reglas y estructuras internas. En otras palabras la idea geertziana que destaca la importancia de la intersubjetividad en el territorio de los símbolos y que concibe a los individuos interpretando su cultura se significa de la siguiente manera:

"formas simbólicas públicamente existentes a través de las cuales los individuos experimentan y expresan los significados [...] Creyendo con Max Weber que el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido, considero que la cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser por lo tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones (Geertz, op. cit., p. 20)"⁶

A este punto recurre la consideración de que si bien la cultura está conformada por redes de significado, los cuales están inevitablemente incluidos en símbolos, no significa que la cultura se sustente en las meras "ideas" de los actores, lo que se afirma es que el sistema simbólico de un agregado social no obtiene su significado de las relaciones internas que guardan entre sí los distintos símbolos, sino que son las formas simbólicas que conforman la cultura las que sólo obtienen su significado en la

⁶De esta afirmación se desataca que el análisis de la cultura tal como lo afirma Weber, se debe concebir como la búsqueda de significaciones insertos en los mensajes, a través, la "descripción densa" la cual

interacción social, por ende los individuos crean significados en la medida en que se interrelacionan. Es así como la interacción entre los individuos sustentada en la interpretación de símbolos que fungen como vehículo de significación, en este tenor, sostienen tácitamente que la cultura está constituida por redes de significados que adquieren su consistencia y realidad en la acción social y por ende no pueden existir sistemas de signos fuera de la acción. Al respecto Geertz menciona:

"la cultura suministra el vínculo entre lo que los hombres son intrínsecamente capaces de llegar a ser y lo que realmente llegaron a ser uno por uno. [...] llegar a ser humano es llegar a ser individuo y llegamos a ser individuos guiados por esquemas culturales, por sistemas de significación históricamente creados por nuestros antecesores con los cuales conformamos, ordenamos, sustentamos y dirigimos nuestras vidas a través de nuestras acciones" (Geertz, op. cit., p. 57).

Un punto muy importante en términos del impacto que tiene la cultura en la sociedad respecto a la forma en que se relaciona con la conducta de los individuos, es sin duda el comportamiento y bajo este rubro se cimbra uno de los problemas fundamentales del abordaje de su estudio por ciencias como la sociología o la ciencia política, para las cuales la cultura se percibe afectando a las instituciones. Con estas consideraciones el análisis de la cultura se sumerge en el mundo de la política y de la acción social para explicar la diferenciación existente entre cultura y comportamiento, en el entendido que a pesar de que exista una correlación entre ambos se debe enfatizar que la cultura se constituye como una variable independiente del segundo elemento, esto en función de la definición que acabamos de elegir; como un *leit motiv* que puede explicar acontecimientos y situaciones paradójicas relacionadas con la conducta de los individuos y la sociedad en la que se vive. De esta forma la acción social se conforma como un acto unitario donde los individuos se hallan estructurando todas y cada una de sus acciones en función de ciertas decisiones motivadas por valores e intereses. Se destaca así la subjetividad weber-geertziana de la cultura en la medida que no puede ser concebida como un elemento que no indica realidades estructuradas en la conciencia subjetiva de los individuos, pues sería imposible pensar que la acción humana no gira en torno a la consecución de ciertos fines, los cuales se hayan íntimamente relacionados y constreñidos por las actitudes, hábitos, estados de ánimo, creencias, valores y sentimientos que se encuentran contenidos en el entramado social.

encierra la finalidad de descubrir que hay más allá de lo que nuestros ojos ven y que las creencias, costumbres e instituciones guardan.

Retomando estas consideraciones que habremos de tomar en cuenta en lo sucesivo, se destaca que la cultura en el campo de la interacción humana en una sociedad cualquiera de la que se trate, se halla conformada por la dinámica de variados elementos como los valores, normas, definiciones, lenguajes, símbolos, señales, costumbres, memoria colectiva, auto-imágen, identidad, etc., los cuales al conjugarse mutuamente se encargan de objetivar rituales, símbolos hábitos y tradiciones no sólo diferentes entre sí, sino también opuestos que dan sentido de pertenencia a los individuos en un agregado social por disímil que éstos sean. Por ende la cultura –para efectos de la presente investigación- se debe concebir como una dimensión simbólica o expresiva de la conducta social, como el elemento central que constituye las identidades de los individuos y grupos sociales, y sobre todo, como el elemento convertido en recurso básico del cual se valen los actores en su acción colectiva.

DEL CONCEPTO DE POLÍTICA.

La palabra política se deriva del término *polis* –politikós- que hace referencia a la ciudad y en consecuencia al ciudadano, civil, público y también sociable y social (Bobbio, 1981). Sin embargo cuando en la mayoría de las veces se utiliza este término se piensa de manera inmediata en la política formal y no desde el punto de vista de la práctica de la política como “cosa común” como “cosa de la comunidad” (Sartori Giovanni, 1987).

La concepción más antigua y a la vez, la más próxima a esta acepción es la que aporta Aristóteles quien la definió como el “gobierno de la ciudad”, como la *polis*, que representaba en ese entonces la unidad estatal, y aunque si bien desde esta percepción su alcance se limitó a designar la actividad del gobierno, por su inserción tan amplia y tan importante en la vida social esta definición fue modificada cuando empezó a ser concebida como el *arte de gobernar* (Duverger, 1980:34). Justamente con ello esta actividad considerada tan antigua como la humanidad, fue objeto de estudio por diversas disciplinas entre las que destacan la sociología en los casos de Tocqueville, Spencer (1876-1896), Cooley (1909), Durkheim (1885-1914), Sombart, Mosca (1896), Pareto (1902), Weber (1922) entre otros. De tal forma que en pleno siglo XX, con su inserción en el ámbito sociológico, lo social empezó a ser retomada no desde la esfera de la economía como anteriormente se hacía, sino en función del papel que desempeña la política y el poder con relación a la sociedad y el Estado,

permitiendo incursionar de esta manera en el dualismo existente entre soberano-súbditos, gobernantes-gobernados, Estado-ciudadanos, orden-obediencia, para explicarla a partir de las propiedades que se le atribuyen al poder, pero sobre todo, a partir del efecto que éste detenta en la acción de los individuos frente a las instituciones.

En una primera aproximación la política puede ser entendida desde el ámbito de lo estatal o el ámbito de lo privado como la define Gallino.

“esfera de las relaciones sociales, de las acciones, de las asociaciones, de las instituciones que se estructuran y desestructuran incesantemente a partir del propio estado, ya sea por dinámica propia o por impulso de movimientos sociales e ideologías, teniendo como referencia última la estructura del control de los recursos considerados como esenciales para la existencia humana y para el orden social” (Gallino, op. cit., p.716)

o bien de manera más amplia como

“el conjunto de instituciones (ideas, creencias, usos y practicas sociales) relacionadas con la administración de los asuntos públicos y del poder; los gobernantes y su autoridad y las relaciones de éstos con los gobernados” (Hilda Basulto, 1996:114)

En ambas especificaciones se destaca el papel fundamental que se le otorga al poder entendido a la manera Hobbesiana y Russelliana como los medios que proveen de “ventajas” y “efectos deseados” o bien la “capacidad de hacerse obedecer” (en Bobbio, op. cit., p. 1240), dado que el poder considerado como el espacio en que se expresa la política, se convierte en un elemento explicativo para precisarla en su extensión como los medios empleados para proveerse de un fin, bajo el entendido que el poder concretizado en el aparato estatal se vale de los hábitos, la imaginación y el comportamiento de los individuos, los cuales se ven condicionados por las actitudes del grupo gobernante en términos de hegemonía y legitimidad, de ahí que no resulte gratis decir que en la esfera de la política se entremezclan ordenamientos y prohibiciones de normas y de conductas sociales valoradas y por ende se vislumbra el ejercicio de un dominio exclusivo sobre un determinado territorio, que entre otras cosas está encargado de la extracción y distribución de recursos a los miembros de un agregado social.

Bajo estas consideraciones la política se convierte entonces en una actividad social en la que el ser humano convertido de súbdito a ciudadano, de “animal social” a individuo encuentra su concreción a través del papel que sobre él desempeña la

sociedad a través del proceso de socialización, de esta forma la política se focaliza en función de los significados, símbolos, rituales y ceremonias donde las preferencias de los actores no se determinan fuera del sistema político sino dentro de ella. Ciertamente Geertz al considerar a la política como reflejo del sentido de su cultura afirma lo siguiente:

“Hacer inteligible la vida política ...al concebirla informada por una serie de concepciones - ideas, hipótesis, obsesiones, juicios - derivadas de preocupaciones que trascienden en mucho dicha vida política, y dar realidad a esas concepciones viéndolas, no en un diáfano mundo de formas mentales, sino en lo concreto e inmediato de las luchas. Aquí, cultura [...] son las estructuras de significación en virtud de las cuales los hombres dan forma a su experiencia; y la política ...es uno de los principales escenarios en que se desenvuelven públicamente dichas estructuras” (Geertz, op. cit., 262)

Esta manera de percibir a la política dentro de un ámbito más global como lo es la cultura, nos obliga a reflexionar que toda actividad política es simbólica, bajo el argumento de que todas acciones al combinar prácticas con simbolizaciones, conllevan la finalidad de comunicar, representar o significar un acuerdo o desacuerdo.

Concibiendo de esta manera la política se puede llegar a afirmar que éste elemento sólo puede tener lugar en el espacio público, en un espacio común. Por ello es preciso dejar en claro, que el análisis de la política entendida como la forma en que se relacionan sociedad y Estado al comprender pautas de conducta, valores morales y ejercicios del poder, tácitamente explican la forma tan particular en que la sociedad mantiene y reproduce ciertos tipos de actitudes y de acciones para con la política, de ahí que se afirme que su estudio debe fundarse en su “estado naciente”, en el plano del imaginario interpretativo de los individuos, en sus necesidades, en sus intenciones que inevitablemente nos remite a la función de las instituciones con las cuales se constituyen las identidades colectivas.

DEFINICIÓN DEL CONCEPTO DE CULTURA POLÍTICA

El término de cultura política es un concepto reciente, que intenta aclarar y sistematizar todos aquellos significados que se han incorporado a frases tan antiguas como ideología política, espíritu nacional, psicología política y valores nacionales, en este sentido, precisamente por abarcar no sólo las orientaciones –políticas- de los

líderes sino también la de los ciudadanos, este término se vuelve más exhaustivo que otras acepciones como el código de gobierno o el estilo político, que centran su atención en el comportamiento de la elite.

El mosaico de definiciones que han girado en torno a este vocablo desde su aparición en 1956 ha variado en usos y acentos, todos con la finalidad de hallar una definición operacional que permita definir su estructura interna, en función de las variables que la componen. Así tenemos desde las clásicas definiciones psicológicas de Gabriel Almond y Sidney Verba que la consideraban como categoría residual; quienes la entienden como marcos de significados compartidos; los que la conciben como elementos que definen situaciones de la acción colectiva; aquellos que para comprender las características y el funcionamiento de las instituciones y sistemas políticos hacen uso de ella, o bien, quienes la proponen como una teoría del comportamiento político, como en el caso de Lane (*"Political culture: residual category or general theory"?*, 1992).

Fueron Almond y Verba los portadores de la definición más popular de este término complicado por su identidad teórica, el cual fue comprendido de la siguiente manera:

"Cultura política son las orientaciones -actitudes específicamente políticas hacia el sistema político y sus diversos componentes y a las actitudes del rol del sistema [...] cuando hablamos de la cultura política de una sociedad, nos referimos al sistema político tal como es interiorizado en elementos cognoscitivos, en sentimientos y evaluaciones por su población" (Almond, 1963:13-14)

Con esta expresión, se buscó llenar el vacío entre la interpretación psicológica del comportamiento individual y la interpretación macrosociológica de la comunidad política en tanto entidad colectiva, colocando en íntima relación las orientaciones subjetivas de los individuos con el funcionamiento de las instituciones. Posteriores a ella, le sucedieron otros intentos por definirla como en el caso de Giacomo Sani:

"Es el conjunto de conocimientos relativo a las instituciones, a la práctica política, a las fuerzas políticas que operan en un determinado contexto; de actitudes, como la indiferencia, el cinismo, la rigidez, el dogmatismo o por el contrario el sentido de confianza, tolerancia hacia las fuerzas distintas de la propia; de normas, como el derecho y el deber de los ciudadanos de participar en la vida política, la obligación de captar las decisiones de la mayoría, la inclusión o exclusión del recurso o formas violentas de acción; de lenguaje, símbolos y consigna". (Sani G., en Bobbio, op. cit., p. 470)

Una de las definiciones más citadas en el ámbito académico resulta ser el concepto que aportó Lucian Pye:

“conjunto de actividades, creencias y sentimientos que ordenan y dan significado a un proceso político y que proporcionan los supuestos y normas fundamentales que gobiernan el comportamiento en el sistema político [...] que abarca, a la vez los ideales políticos y las normas de actuación de una comunidad política [...] es por tanto, la manifestación, en forma conjunta, de las dimensiones psicológicas y subjetivas de la política [...] es, a la vez, el producto de la historia colectiva de un sistema político y de las bibliografías de los miembros de dicho sistema” (Pye, en Aguilar, 1977: 323)

Bajo estas referencias, se le puede entender de la misma manera que Almond y Verba como “lo oculto” del sistema político; como las actitudes y los comportamientos que adoptan las personas frente al poder; como los interiores culturales en términos de la costumbre, creencias, utopías y deseos, que al constituirse en la identidad nacional conforman de manera integral los referentes colectivos, tal como la concibe Geertz:

“síntesis heterogénea y eventualmente contradictoria de valores, conocimientos, opiniones, creencias y expectativas que conforman la identidad política de ciudadanos, grupos sociales u organizaciones políticas” (en Gutiérrez, op. cit., p.43)

Con lo anterior se busca poner en claro que los individuos en la sociedad, siempre se encuentran haciendo cultura al dar significado y sentido a la realidad que los rodea -en función de un patrón de valores-, creando con esta asignación actos políticos que manifiestan una cultura política particular. En términos llanos, se puede decir que la unión del concepto semiótico de cultura con el concepto de política, inducen a considerar; primero, que la cultura da forma a la experiencia del hombre a través de estructuras de significados, y segundo, que la política es sólo el marco donde se debaten de manera difundida tales estructuras (Geertz, 1996), por lo tanto, la cultura política emerge como el conjunto de signos y símbolos que de una u otra forma afectan la producción y el mantenimiento de la estructura del poder y en consecuencia representa no sólo procesos psicológicos individuales o colectivos, sino también, forma parte de la misma acción generada por dichos procesos. Por ello es válido afirmar, que este elemento al depender del desempeño del sistema político en la medida en que los individuos la internalizan, se encuentra afectada por el proceso de socialización, sin embargo, al no estar subordinada a la estructura, no puede garantizar su reproducción de manera continua por la presencia -en un momento

determinado- de procesos de desinstitucionalización, con los cuales la estructura una vez carente de credibilidad motiva a los individuos a la reflexión, pero sobre todo, los orienta hacia otros tipos de acciones y expectativas. Se argumenta entonces -y esto hay que destacarlo- que la cultura política influye en la estabilidad del régimen, pero al mismo tiempo al afectar el cambio de régimen, no la determina.

En resumen la cultura política en el presente trabajo, se entiende como las orientaciones que desde el plano psicológico los individuos experimentan en relación con objetos sociales específicamente políticos, en donde este elemento constituye el sistema político internalizado a través de creencias, concepciones, sentimientos y evaluaciones, cuyo hilo conductor lo representa el conjunto de relaciones de dominación y de sujeción alrededor de los cuales se estructura el poder.

LA CULTURA POLÍTICA: ANTECEDENTES Y DESARROLLO DE LA DISCIPLINA

Desde los griegos como en el caso de Platón se contemplaba ya esta dimensión cívica de los pueblos, lo mismo sucedió con otros autores como Maquiavelo, Montesquieu, Hobbes, Rousseau, Locke y Tocqueville quienes al abarcar dimensiones que pertenecían al ámbito de la participación y gobernabilidad otorgaron importancia a los valores, sentimientos y símbolos como componentes destacados de la democracia, sin embargo no lograron trabajar de manera analítica dicho campo (Almond, 1995).

El término de cultura política fue utilizado primeramente por el filósofo alemán H. G. Herder a finales del siglo XVIII y con ello se ligó por vez primera el vocablo de cultura con el de carácter nacional (Almond, 1980), a partir de entonces el estudio de este fenómeno se enfocó al análisis de los sistemas políticos haciendo énfasis en las razones por las cuales los patrones de vida democrática no se habían implantado en regiones donde se lo habían propuesto, como en los casos de Europa meridional y América Latina. Por ello, con la finalidad de dar respuestas a estas interrogantes, emergió el interés por descubrir cómo se producen y reproducen ciertos tipos de actitudes y comportamientos políticos, lo cual marcó serios cuestionamientos acerca del mayor peso a otorgar al sujeto o al contexto en relación con las normas sociales y las convenciones morales. Así florecieron diferentes líneas de investigación desde el ámbito de la ciencia política que al estar acompañada con la economía intentaban convertir a la política en una ciencia empírica centrada específicamente en el comportamiento electoral, las cuales en mayor o en menor medida otorgaron

importancia a la estructura, a la acción individual o a la cultura, por esto, la explicación de la acción del individuo se supeditó sólo al contexto social, logrando conformar de esta manera a través de la unidad del término de cultura y política, lo que hoy se conoce como tal.

Los primeros trabajos realizados desde el campo de la ciencia política se dieron en dos vertientes: una Europea -principalmente en Gran Bretaña-, la cual sustentándose en la política comparada analizó los partidos y sistemas electorales de democracias industrializadas, y la otra vertiente de origen estadounidense, que desde la década de los treinta encontró su punto de arranque en la Universidad de Chicago con Herman Finer (*H. Finer, Governments of greater European powers; A comparative study of the governments and political culture of Great Britain, France, Germany and the Soviet Union, New York, 1956*), quien fue el primero en utilizar este término de manera analítica, y aún sin definirla, la equiparo con la idea de "orientación particular". Con estos fundamentos realizó un estudio de la conducta política de los gobiernos de Inglaterra, Francia, Alemania y en lo que antes fuera la Unión Soviética, para dos años más tarde, Samuel Beer y Cols, sin precisar todavía su acepción, en su libro *Patterns of government, the mayor political systems of Europe* (1958), la emplearon en el mismo sentido, buscando rescatar los elementos subjetivos del ámbito político (Chihu, 1998).

Fue así como las primeras investigaciones nacieron centradas específicamente en las democracias avanzadas, a las cuales se les consideraba como el punto donde debía converger toda política que hubiese arribado a una etapa madura⁷, esto explica el marcado interés y el desarrollo que alcanzaron los estudios de procesos electorales y sobre todo los de opinión pública en las posteridades, principalmente a partir de la obra de Almond y Verba.

Surge el paradigma de la cultura política

En el siglo XX dentro de la vertiente estadounidense, el estudio de la cultura política adquiere rigurosidad científica al abordarse a partir de las proposiciones comprobables, es decir, a partir del análisis metodológico sustentado en las encuestas y en el ámbito de la sociología, en este sentido el enfoque conductista de "cultura cívica" de Gabriel Almond y Sydney Verba que en la década de los 70's publicaron su

⁷ Este proceso de madurez hacia referencia a los procesos políticos que tienden a la institucionalización del intercambio político, donde el desarrollo de la ciudadanía se convierte en el logro por excelencia de este nivel de consolidación normativo-cultural de la política institucional.

libro *The civic culture, Political Attitudes and Democracy in Five Nations* (1963); ven consolidar su enfoque en los 80's -pese a las críticas que se le formularon a *posteriori*- en el paradigma más importante elaborado hasta ese momento.

Bajo esta óptica que otorgó importancia al papel de las instituciones, las encuestas de opinión resultaron un instrumento eficaz no sólo para la ciencia política sino también para la sociología en el estudio de la orientación del voto, donde esta última al adoptar una postura más plural, insertó de manera inédita el estudio del rol desempeñado por los valores, los hechos y los procesos históricos en las actitudes políticas de los individuos, a los cuales abordó a partir de tres ejes fundamentales de análisis: a) el *individuo*; b) el *contexto* –referente a la cultura, las normas sociales, las convenciones morales que actúan directamente sobre el individuo-; y c) las *decisiones* –que se encuentran determinadas y delimitadas por el contexto en el que se ubican los actores⁸-. Cabe mencionar, que el modelo de cultura cívica de Almond y Verba encontró sustento en la “Teoría de la acción social” que Talcott Parsons y Edward A. Shils desarrollaron en su libro *Toward a General Theory of Action* (1951), donde Parsons retomando la teoría de la acción de Weber la sujeto al nivel del pensamiento y de la acción individual; otra fuente fue la teoría de “ciencia colectiva” de E. Durkheim; y de Pareto, recuperó su distinción de acciones lógicas y las no lógicas.

Este instrumento empírico-comparativo, fue aplicado en cinco países, entre los que destacan; Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania, Italia y México, cuyo análisis giró en torno a la existencia de una incompatibilidad entre los fines que seguían las instituciones y las aspiraciones sostenidas por los individuos en los llamados países democráticos, deduciendo de ello una especie de disparidad entre los sistemas culturales y el de la personalidad. Bajo este tenor, destacaban la existencia de tres tipos de orientaciones, los cuales veían afectar las actitudes y los comportamientos de los individuos, que dieron lugar a ciertos tipos de cultura política: a) la *parroquial* o *localista*, c) la *súbdito* o *subordinada*, y c) la *participante*. La primera clasificación hacia referencia a individuos vagamente conscientes de la existencia del gobierno central, concebidos como incapaces de incidir en el desarrollo de la vida política; el segundo tipo incluía a aquellos que a pesar de estar conscientes, se percibían primeramente como subordinados del gobierno, más que participantes del proceso político; y la

⁸El enfoque de Almond y Verba desde su particular visión funcionalista pudo consolidarse gracias a dos factores importantes: a) al desarrollo teórico de aquellos tiempos en las ciencias sociales entre los que destacan la tradición *sociológica* (con Weber, Durkheim, Mannheim, Parson); la tradición *psicológica* (con Graham Wallas, Walter Lippman, William McDougall, E.L. Thorndike, Paul Lazarsfeld) y la tradición *psicoantropológica* (de Freud, Theodore Adorno, Max Horkheimer, Else Fraenkel-Brunswick, Nevitt Sanford, Ruth Benedict, Margaret Mead, Harold Lasswell, Alex Inkeles, Daniel Levinson entre otros) y b) al desarrollo de las metodologías y técnicas de investigación en E.U. de los años cincuenta (Almond, 1995: 159)

tercera clasificación, aludía a personas conscientes del régimen que al observarse como capaces para influir en los procesos políticos, estimulaban su interés y su participación en la vida pública. Por su parte, las orientaciones por las cuales se veían compelidas, hacían referencia en un primer momento, con respecto a la orientación cognitiva, a los conocimientos y creencias que guardan los actores respecto del régimen, sus roles y sus aspectos políticos (*inputs*) y administrativos (*outputs*); la orientación de tipo afectiva se hallaba sustentada en los sentimientos que detentan, que pueden ser de apego o rechazo; mientras que la orientación evaluativa se supeditaba a los juicios y opiniones que sobre objetos políticos mantienen, en función de los criterios de valor, la información que poseen, y los sentimientos que les inspira el sistema (Almond y Verba, 1970:34).

Uno de los puntos más álgidos de la crítica que se ha cñio a este modelo, se circunscribe al interés de sus exponentes por buscar aquellos elementos que permitían de cierta forma el equilibrio en las naciones aparentemente democráticas y no los fundamentos que podían promover el acceso a la democracia, por ello, el modelo de cultura cívica por su enfoque reduccionista en el que la cultura se convertía en la variable independiente y causal de la estabilidad democrática, fue abandonado por algunos años, dado que aparte de otorgar exclusivamente importancia a las necesidades funcionales del sistema, al sustentarse en la teoría de la acción de Parsons y Schils soslayaron el análisis de los individuos a partir de su contexto social, empero a toda consideración, por los problemas de quiebre y consolidación de las democracias en los países de América Latina, el tema fue retomado, integrando nuevos elementos y actores que anteriormente no se habían tomado en cuenta.

En 1965 Lucian Pie y Sidney Verba en "*Political culture and political development*", aunque continuaron con el paradigma de Almond, le otorgaron un enfoque más sustancioso, induciéndolos a reconocer ciertos medios diferentes a los acuerdos y participación democrática que orientaban la estabilidad política en algunos países, dando pie, a la revisión del concepto de Almond y Verba por los cambios dados hasta ese momento en los sistemas políticos como en las culturas de las sociedades posindustriales, posmaterialistas y posmodernas. Fue así como se consideró importante reconocer las creencias empíricas, los símbolos expresivos así como lo valores que definen una situación en la que se da una acción. A partir de este nuevo enfoque, se volvió necesario realizar una diferenciación entre los elementos circunstanciales o de corto plazo de aquellos que se dan de manera más lenta, los cuales conforman -por nombrarlo de alguna manera- el depósito histórico de las sociedades, por otro lado se dio paso a la introducción de variables no políticas como la religión, la raza o la nacionalidad, favoreciendo en este sentido, el estudio más

escrupuloso de la cultura política, con los cuales se llegó a distinguir tres niveles de análisis; el nivel macrohistórico, donde se proponía estudiar factores duraderos en la cultura como el factor de identidad nacional; el nivel meso o normativo –como lo llamo Gibbin (1989)–, que proponía estudiar las reglas del juego de la política o sea temas específicos; y el nivel micro, en el que se destacaban las luchas y el debate político continuo (Girvin, 1989:35 en Guadarrama, 1993). En esta tesitura el estudio de la cultura política se vio íntimamente ligada al estudio de factores como la ideología, la autoridad, las predisposiciones políticas, la identificación, el mito político, el carácter nacional, la historia, la personalidad, los valores, las creencias, las actitudes, los comportamiento, las opiniones, los símbolos (Kim, Y., 1964), e inclusive en la actualidad, a los medios masivos de comunicación, bajo la teoría de la postmodernidad (Moran, 1996/1997).

EL ESTUDIO DE LA CULTURA POLÍTICA EN MÉXICO

En México el estudio de la cultura política en un primer momento se vio ligado al plano literario, es decir, al plano de los ensayos y las novelas, con el que se buscó de manera afanosa erigir una teoría de la cultura nacional, una identidad nacional y un espíritu nacional. Fue así como el análisis de la cultura al percibirse como un problema de diferenciación con respecto a todo lo considerado como ajeno, buscó en la idiosincrasia y en el origen indígena los factores explicativos del comportamiento y las actitudes de los mexicanos. Los primeros trabajos destacados sobre esta línea ensayística fueron los realizados por Jaime Torres Bodet, Salvador Novo, Xavier Villaurrutia, José Gorostiza, Jorge Cuesta, y sobre todo Samuel Ramos con su libro *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934). Este último autor, que fue el primero en utilizar técnicas de psicoanálisis, sustentó sus teorías en las consideraciones psicológicas de cultura de Adler –*el complejo de inferioridad*– concibiendo a la cultura del mexicano sumergida en una situación de dependencia con rasgos de inferioridad avenidos desde la época de la conquista, los cuales habían encontrado su vía de expresión en su “desconfianza” como destino histórico. Fue así, como este factor se empezó a percibir ligado a su acción, bajo el entendido de no existir nada en el mexicano que éste “no vea ni evalúe sino a través de su desconfianza” (Ramos, 1975:17)

Posterior a estas percepciones se fueron agregando a este análisis aspectos históricos como la Revolución Mexicana, donde los argumentos de Octavio Paz con su

libro *EL laberinto de la soledad* (1950) mostraron la existencia de una identidad nacional aferrada a los valores mesoamericanos, tildada de desamparo y abandono *ante lo que debió haber sido y no fue*; conformada por una estructura política sustentada en el autoritarismo y en la contraposición entre un México profundo o autentico y un México real pero al mismo tiempo ficticio e imaginario, que en términos de la transformación social, dio vida a una especie de modernidad postergada (Paz, 1999).

En la década de los 60's en México, como a nivel mundial, se da un marcado interés por abordar este tema desde perspectivas antropológicas, sociológicas, politológicas y economicistas, los cuales al alejarse de las posturas abstractas, en la mayoría de las veces sustentaron sus investigaciones en la metodología de Almond y Verba (1963), llegando a enmarcar de esta forma -a nivel nacional- el estudio de la cultura política a una perspectiva cultural-conductista.

La investigación de Almond y Verba *The Civic Culture* publicada en 1963 detectó para el caso mexicano la existencia de altos grados de despolitización, bajos niveles informativos y un alto sentimiento de orgullo con respecto al sistema político y económico, prueba de ello fue la ubicación de la cultura política del mexicano -de acuerdo a su clasificación- de tipo súbdito, es decir individuos con actitudes de sometimiento y pasividad ante el gobierno y el sistema. Sin embargo esta adhesión tildada de enajenada se volvió progresivamente difusa cuando abordaron el tema de la eficacia política del gobierno, lo cual los llevó a recuperar el problema de la gobernabilidad y el ejercicio del poder en términos de los beneficios e intereses percibidos por los ciudadanos. Sucesivamente Roberth Scott con su libro *The established revolution* (1965), estudió los efectos políticos de la modernización mexicana, desarrollando un análisis de los cambios en la cultura política nacional entre el periodo de 1910 a 1958. Con este estudio -fundamentado en la tipología de Almond- llegó a considerar que los países, debido a los rápidos cambios producidos por la modernización se ven forzados a adoptar ciertas pautas de acción política o ciertas clases de estructuras políticas, con la finalidad de combatir los efectos desintegradores y de disfuncionalidad acarreados por los procesos de modernización, por ende, consideró a la organización del poder -prevaleciente en México- girando en torno a la existencia de una cultura base, en el que la ambición y los ideales, al mismo tiempo que se condicionan, son productos de la estructura y el comportamiento político, asimismo producto de la sociedad nacional, de las clases y estratos que la integran (Guadarrama, 1993).

En 1966 Eagen R. Fagen y Tuohy W., llevaron a cabo un estudio en la ciudad de Jalapa Veracruz, el cual se limitó a medir el apoyo a la libertad de expresión, al

sufragio universal y a los derechos de las minorías. Uno de sus principales hallazgos fue el reconocimiento de una mayoría que al margen de sus diferencias de clase social, mantenían opiniones altamente favorables de la democracia y de las formas democráticas de organización de la sociedad, sin embargo, sus respuestas acerca del trato a las minorías se hallaban sustentadas bajo un sentido de autoritarismo - actitudes que se presentaban especialmente en las clases bajas y medias-, esto los motivo a considerar la existencia de una clara orientación autoritaria del mexicano y una gran adhesión por la permanencia del *statu-quo*; percibida en mayor medida en los sectores poblacionales donde la ruptura del orden en términos de costos habían sido altos en la década de los 60's.

Otros estudios aportados son los de Roger D. Hansen con su libro *La política del desarrollo mexicano* (1971), este libro hacía referencia al carácter restringido de las demandas que presenta la población al sistema político, asimismo aludió al extenso apoyo -aunque difuso- de la población hacia el régimen, consideró además, que las metas, los valores, el aparato político y las políticas de los hombres que gobiernan al país podían ser comprendidas en función de la herencia mestiza de siglos pasado, los cuales consideraba; definen a la política como una ancha vía por la que transcurre la movilidad socioeconómica y la competencia por el poder, en este sentido la cultura política de cada nación, debía identificarse en función de los elementos cognoscitivos evaluativos y afectivos, en el que el factor cognoscitivo resultó para Hansen, de mayor importancia para la consolidación de un régimen democrático.

Progresivamente los estudios sobre la cultura política del mexicano se fueron haciendo menos abstractos y filosóficos, con ello los temas centrales integraron aspectos como la identidad, la conciencia así como el tema de carácter nacional, entre estos se encuentra el libro *La politización del niño mexicano*, publicado en 1975 por Rafael Segovia, quien continuando con la línea teórica y empírica de *The civic culture*, sostuvo que las actitudes de los individuos son el resultado de un proceso de socialización temprana donde el espacio escolar alcanza su mayor efecto, en otras palabras, mantuvo firmemente la importancia del papel que la escuela, la familia, los amigos y los medios de comunicación desempeñan en la socialización política del infante, afectando sobremanera la forma en que éstos llegan a percibir su porvenir en términos de su afección o rechazo hacia el ámbito político, así mencionó que "*la legitimidad es producto de la acción de procesos socializadores*", en donde el Estado realiza un papel importante. En esta misma tesitura, de acuerdo a los datos obtenidos de su investigación, destacó que la mayoría de los entrevistados mantienen un bajo interés por la política; hallándose íntimamente ligada esta variable con factores como

la edad, el sexo, la región, el tipo de escuela y el tipo de información con la que se entre en contacto (Segovia, 1975).

Los efectos del choque del mundo prehispánico con el europeo no quedaron totalmente desligados del análisis de la cultura política nacional, de estos destacan libros como el de Pablo González Casanova titulado *La democracia en México* (1967), este autor afirmó que la apatía y el conformismo no son resultados de carencias o falta de carácter del mexicano frente a la autoridad sino más bien, es “*producto de la existencia de una estructura política que promueve la no participación como condición de estabilidad*” (en Gutiérrez, 1996:53). Dentro de estos mismos enfoques destacan los trabajos de Monsivais “*Notas sobre la cultura política en México*” (1988) y los de Roger Bartra con *Las redes imaginarias del poder político* (1981), donde éste último desarrolló su análisis en función de aspectos como el nacionalismo, la legitimidad, el poder político y el Estado, llegando a afirmar con ellos, la existencia de una cultura burocrática generada por la cultura política dominante del Estado, de esta forma la subjetividad moldeada por esta institución, se presentaba de manera cotidiana, realizando roles predefinidos que al ajustarse a la ideología estatal promovían el nacionalismo. Al insertar de esta manera el factor “identidad” percibió a la cultura política mexicana como el vínculo entre la sociedad y el Estado, de ahí que haya afirmado que es ella quien se encarga de explicar la forma en que el poder y la ideología se conectan –por decirlo de alguna manera- para reproducir prácticas y valores políticos.

Es hasta fines de los años 70’s, en que el estudio es retomado como disciplina, y la teoría de la “cultura cívica” es convertida a partir de entonces en un paradigma difícil de soslayar. Cabe mencionar que el interés por este campo de investigación fundado en el paradigma de cultura política de Almond, se originó en México principalmente por dos factores que funcionaron como catalizadores: la Crisis del marxismo, y la emergencia de una pluralidad social y política que marcaban una presumible evolución en el imaginario colectivo de los mexicanos, los cuales exigían encontrar la génesis de la agudización de los movimientos sociales y políticos, así como la explicación de serios cuestionamientos ciudadanos hacia la omnipotencia del régimen y del partido de Estado⁹.

⁹ La crisis del marxismo fue inducida por la debacle de sus principales teorías tales como la supremacía que otorgaba Marx a la infraestructura económica como determinante de la superestructura político-ideológicas; de su concepción de la ideología como falsa conciencia y su idea de la subjetividad en términos de conciencia de clase; su concepción del Estado como instrumento de clase dominante; su distinción entre democracia sustancial y democracia formal o burguesa, así como también su visión del cambio social como efecto de la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones sociales de producción. En tanto que la emergencia de la pluralidad social y política, sirvió como fuente que alentó las investigaciones con la finalidad de descubrir las causas y las motivaciones de un incremento -nunca

Bajo ese contexto de aparente cambio, sobre todo después de los resultados electorales de 1988, varios teóricos se apresuraron a afirmar el nacimiento de una nueva cultura política de participación ciudadana y una nueva relación entre la cultura política y el sistema de instituciones, estos estudios se publicaron en periódicos y revistas los cuales cayeron de manera frecuente en simplificaciones derivadas de la sobrepolitización de este tema. Los artículos y ensayos publicados a partir de entonces, han abordado diversos aspectos que podrían agruparse en tres grandes rubros: 1º) aquellos que se encargan de analizar el concepto de cultura política de acuerdo a la escuela norteamericana -en términos de su concepto, limitaciones y abusos que se ha hecho de ella-; 2º) los artículos que estudian sus elementos en relación a los cambios que ésta ha tenido, entre los que se destacan temas como el nacionalismo, el papel de los medios de comunicación, el presidencialismo, el proyecto nacional, la revolución mexicana a fin de siglo, etcétera, y 3º) los que la abordan con relación a los procesos electorales, en términos del papel que juegan los partidos políticos en el proceso de modernización política y su relación con la ciudadanía, así como con su funcionamiento interno. De estos estudios, destacan aquellos que se enfocaron a analizar la cultura política en función de los valores nacionales sin indagar en los procesos de consolidación e integración de los valores nacionales, sino partiendo de ellos como hechos consolidados. En este sentido los aspectos que fueron analizados a partir de esta postura fueron; el papel de los valores en torno al acceso de los ciudadanos a los medios de comunicación colectiva, a los niveles de información, al nivel educativo y su acceso a la educación y la cultura; su percepción global de su situación personal y la del país en el pasado, presente y futuro inmediato; sus actitudes hacia el sistema político mexicano; su participación política, asimismo en cuestiones electorales; su percepción del sistema político en relación a conceptos como la autoridad y el autoritarismo; su reconocimiento y aprecio por las instituciones nacionales; y por último la jerarquización de valores como la democracia, libertad, igualdad y soberanía.

De este especial énfasis que se le otorgó al estudio de los valores, mediante la recuperación del análisis de campo, se encuentran principalmente el trabajo de Enrique Alduncin -que cubre un período de quince años-, este trabajo consistió en tres estudios; *Los valores de los mexicanos. Entre la tradición y la modernidad (1989)*, *Los valores de los mexicanos. México en tiempos de cambio (1991)* y *Los valores de*

visto antes- de la participación de los mexicanos, expresada en el surgimiento de nuevos partidos, transformación de los partidos ya existentes, reforma electoral, movimientos reivindicativos, emergencia de la opinión pública y de la movilización tanto de grupos empresariales como del clero (S.G. *Los valores de los Mexicanos*, 1992).

los mexicanos. En busca de una esencia (1993). Los cuales en resumen llegaron a comprobar la existencia de una compleja realidad pluricultural y sociopsicológica de los mexicanos, y otorgando a los factores sociodemográficos (ingreso, sexo, alfabetismo, escolaridad, región), causalidad en la forma como éstos conciben el mundo, su sistema político, su sociedad, sus expectativas personales, la política, etc., desatacaron también cierta modificación paulatina y gradual de los valores nacionales.

En 1993, Raúl Béjar y Héctor Manuel Capello publicaron una investigación titulada "*Percepción de las instituciones, cultura política e identidad y carácter nacionales*", dicho estudio estaba enfocado a analizar dos factores: la identidad y el carácter nacionales en México. Estos autores partían de la consideración de que ambos elementos representaban las estructuras sociopsicológicas de los individuos, los cuales al emerger de la conformación de un Estado-nación se encargaban de conformar de manera colectiva la llamada conciencia nacional. Bajo estas consideraciones, su obra al hacer referencia a un conjunto de identidades institucionales que entrelazan a los sujetos con las estructuras sociales, buscó ubicar a los mexicanos -de acuerdo a los datos obtenidos de la encuesta- en ambas categorías de análisis, llegando a concluir, que los mexicanos mantienen una mayor afección por instituciones representantes de lo social y la cultura popular, no así por las económicas, las políticas, la industria o el comercio. Asimismo, detectaron un alto sentido de pertenencia -a medias- hacia las instituciones del estado-nación, producto de las posibles transformaciones económicas que estaba viviendo el país en ese momento y producto también de los rasgos tradicionalistas en que se hallaba sumergida la sociedad.

En 1996 Ulises Beltrán, Fernando Castaños, Julio Isabel Flores, Yolanda Meyenberg y Blanca Elena del Pozo, publicaron un libro titulado *Los mexicanos de los noventa*, este estudio se centró en el cambio de las actitudes y los valores desde la tradición a la modernidad, en dicha investigación se analizaron estos elementos en función de los efectos provocados por la reforma estructural del Estado iniciada en 1982. De los cuales concluyeron en la existencia de ciertos tipos de transformaciones: una *económica* relacionaba con la idea de eficiencia; una *política* caracterizada como un proyecto de conducción gubernamental derivada del pluralismo democrático; y una *social* relacionada con la introyección de la idea del individualismo y la modernización en el plano *cultural* que se empezaba a vivir como una especie de abandono de los modos tradicionales de concebir el mundo. Por ende afirmaron que la sociedad mexicana en los 90's, estaba presentando en la esfera política una especie de transición, donde las nuevas ideas se estaban combinando con viejas practicas poco democráticas (Ulises Beltran, et al., 1996).

Destacan otros estudios empíricos como los realizados a nivel nacional en los años de 1991 y 1993 que aplicó el Dirección General de Desarrollo político de la Secretaría de Gobernación, en colaboración con 13 universidades públicas del país. El cual tenía como principal objetivo la identificación de las principales demandas y temas de interés de la ciudadanía, sus formas de organización y apoyo al sistema político así como las expectativas de la ciudadanía en cuanto al proceso electoral de 1994. Otro estudio es la Encuesta Mundial de Valores aplicado en México en tres ocasiones (1981-1982), los cuales se dieron a conocer con el libro titulado ¿Cómo somos los mexicanos?, coordinado por Alberto Hernández M. y Luis Narro Rodríguez (1987); el período de 1990-1991 corrió a cargo de Ronald Inglehart con los que se llegó a considerar que en 1995 los mexicanos ya no se sentían satisfechos con los logros alcanzados por los gobiernos, sin embargo al igual que el estudio de Ulises Beltrán detectaron rasgos de una sociedad que estaba adoptando rasgos de una sociedad tradicionalista con valores modernos, donde los problemas más urgentes a resolver se reducían al desempleo, a la falta de educación, a la inseguridad, a la violencia y a la pobreza.

En resumen, la gran mayoría de los estudios realizados a partir de la década de los 80's, han coincidido en afirmar que la cultura política nacional se encuentra definida por un fuerte apoyo popular a las instituciones emanadas de la revolución; un elevado nivel de adhesión a los principios de justicia social establecidos por la constitución de 1917, a pesar de que se estén presentando actitudes críticas respecto al desempeño gubernamental, lo cual nos lleva a tomar muy en cuenta, que las fuentes de legitimidad del sistema político en términos valórales, podrían descansar en tres fuentes; en el origen revolucionario del régimen, en la eficacia de gobierno en términos económicos y en la habilidad de éste para distribuir beneficios materiales.

ENFOQUES Y PARADIGMAS EN TORNO AL ESTUDIO DE LA CULTURA POLÍTICA: CRÍTICA Y DISCUSIÓN

Posibles vías para estudiar la cultura política y su problema actual

Hoy día existen tres vías según J. Street para estudiar cultura política que son los siguientes:

1. Quienes retoman la estructura analítica establecida por Almond y Verba como son el concepto, sus tipologías y el método comparativo,
2. Quienes proponen argumentos a favor de una revisión total de este paradigma,

3. Y quienes rechazan totalmente el proyecto de The Civic Culture (Street, 1994:9, en Morales, 1994).

Por otra parte, el problema actual de su estudio se reduce a tres aspectos fundamentales:

- a) Su definición, en términos de lo qué es y lo que se puede explicar a través de ella, y la manera en como se le intenta explicar,
- b) El conflicto en el paradigma, factor indicativo de su importancia -como concepto- en las diferentes corrientes que la han investigado,
- c) Y la operacionalización, como única vía donde el concepto de cultura política puede aplicarse de manera empírica (Ibídem).

Los paradigmas de la cultura política

La relevancia de este apartado se sustenta en la acumulación de conocimiento que nos proporcionan los paradigmas, estos nos permite esclarecer el papel que se le otorga a la cultura y a la política, así como la autonomía que cada uno de estos atribuyen al concepto, cabe destacar, que las confusiones que han girado en torno a este vocablo se ciñe a la búsqueda de explicaciones de sus componentes y no a las nuevas posibilidades de abordarlo con base a la elaboración de nuevos paradigmas, es así como se destacan distintas tradiciones de pensamiento que son las siguientes:

El Funcionalismo

Esta corriente enfatiza la necesidad de construir unidades de análisis referentes a la conducta humana, que sirven de base para diseñar ciencias especializadas, explica las conductas políticas a partir de la organización institucional y busca interpretar a través de estudios empíricos el porqué los seres humanos se comportan de diferente forma, su visión conductista la lleva a sostener la existencia de una cultura política enraizada y promovida por la socialización, aseverando que este último elemento es determinante en la transmisión de la cultura a través de tiempos y espacios, por ello, contrario al concepto de ideología dominante del marxismo -que remarcaba la determinación económica- su punto álgido se cierne en las pautas culturales, de ahí deriva la acentuada importancia que otorga; por un lado al estudio

de los valores y su conformación, y por otro al conflicto como factor explicativo del comportamiento político de los actores.

La Teoría sistémica

Dicho paradigma considera que la cultura política debe ser percibida como contexto, como una parte que conforma el ambiente intrasocietal del sistema político, donde los cambios en el ambiente del sistema ecológico, biológico, de la personalidad y el social se producen fuera del político, aunque dentro de la misma sociedad que la contiene. Sostiene además, que no puede tener consecuencias importantes en el sistema debido a que no posee un papel autónomo sino que se halla mezclado con otros elementos del sistema biológico y ecológico.

Teoría marxista

En este enfoque las creencias, los valores y actitudes compartidos por la mayoría de los individuos no poseen autonomía, pero se hallan afectados de manera directa por factores de la infraestructura -modo a través del cual se definen los procesos de producción de la vida material-, de esta forma argumentan que los valores -entendida como la superestructura- de cada época histórica y de cada régimen son producto de la imposición de la clase dominante, los cuales a través de los medios de comunicación o el sistema educativo se encargan de legitimar el poder económico y social. Esta transmisión de códigos es concebida como una especie de adoctrinamiento porque subraya la intencionalidad del proceso como lo es la satisfacción de los intereses de clase, por ello, contraria a la visión de una interpretación neutral como el enfoque conductista, se ocupa del estudio de la cultura política a partir de términos como ideología y conciencia de clase; enfoque determinista sustentado en las concepciones gramscianas de "hegemonía" -o también llamada "contenido ético" (en Hughes, 1971)- que sostiene un modelo político cultural emergido como instrumento de las elites para ejercer su poder, desde esta perspectiva la sociedad civil se concibe como un organismo que cumplen con la función de dominio.

En este tenor, la cultura política -avenida como parte de la superestructura y como complemento de la economía- se diferencia de la ideología dado que la socialización es resultado de múltiples productos de procesos históricos y sociales,

asimismo, mientras que para la ideología la socialización es dirigida por las clases dominantes interesadas en mantener su poder, la economía representa un papel importante en el sentido que adquiere un carácter independiente, donde la cultura en términos valóres y normativos se sujeta a la supremacía de este último elemento.

De la diversidad de enfoques que la han analizado

Dentro de los diferentes enfoques que la han intentado teorizar destacan seis de ellos, los cuales se presentan de manera somera en este apartado (Patrick, 1984):

- a) El *enfoque psicologista*: que enfatiza la orientación del individuo hacia la política.
- b) El *enfoque sociológico comprensivo*: el cual incorpora tanto las orientaciones individuales hacia la política, como las conductas sociales que sirven de soporte a estas mismas orientaciones.
- c) El *enfoque lingüístico*: centrado en el análisis del significado del discurso simbólico, que apunta a una comunidad política.
- d) El *enfoque objetivo*: que otorga gran relevancia a los valores y a las normas dominantes -socialmente establecidas-, de las cuales se infiere la definición de término de cultura política.
- e) El *enfoque moralista*: postula a la cultura política como el orden moral de una sociedad cualquiera.
- f) Y la *Versión desagregada*: el cual la aborda a partir de tres niveles de análisis que son el micro, el meso y el macro, en donde se la percibe afectada por el tiempo y el espacio.

Veamos cada una de estas orientaciones con cierto detalle.

El enfoque psicológico

Esta modelo se encargó de construir el concepto de cultura política en función de ciertas orientaciones políticas que experimentan los actores sociales. Orientación que se vio favorecida principalmente por factores como los avances que se estaban dando en el ámbito de la psicología social y por otro lado gracias al intento del funcionalismo a través de la "teoría del sistema social" de Parsons que buscó esquematizar el funcionamiento de la sociedad de manera relacional¹⁰.

¹⁰ Parsons de esta forma pretendía superar el reduccionismo positivista así como también las tendencias idealistas que reducían a la sociedad a un tipo de cultura que se auto realiza, de esta forma sostuvo que el

La teoría del sistema social de Parsons, se sustenta en un esquema en el que la acción del individuo afectado directamente por el sistema de la personalidad -teoría de la acción colectiva entendida como acto unidad¹¹- se convierte en uno de los elementos más importante de la acción social sistémica, dado que a través de este esbozo se explica la adaptación del individuo con su medio ambiente y con los demás actores en función de la eficacia de las normas y los valores, percibidos como elementos inherentes del sistema social (Parsons, 1988). De la concepción de que la acción se organiza a nivel simbólico o cultural y se estructura por el sistema psicológico, social y cultural¹², esta corriente afirma que la acción tiene su origen en el papel que adopta un actor frente a una situación dada, y de la consideración de que esta situación se halla compuesta de objetos, es decir de relaciones hacia objetos -adoptando las conclusiones de la diferenciación de Parsons- las identificaron como objetos sociales; formado por actores individuales o colectivos y en no sociales conformado a su vez por: a) el aspecto psicológico que tiene que ver con los significados, las condiciones, las metas, los símbolos que se dan a través de los conocimientos, sentimientos y evaluaciones, y b) por los culturales como las leyes y las ideas con los cuales el actor establece relaciones o ciertos tipos de orientaciones. Sobre estas aseveraciones Parsons y Schils afirman.

"El sistema de orientaciones de los actores es constituido por un gran número de orientaciones específicas. Cada una de estas 'orientaciones de acciones' es una 'concepción' (explícita o implícita, concisa o inconcisa) la cual tiene el actor de la situación en términos de qué desea [...] y cómo él intenta para conseguir desde los objetos, las

sistema cultural no puede ser considerado sólo como un complejo de símbolos que encierran significados, sino también se le debe analizar en función de los procesos por los cuales ésta se mantiene y se recrea. Gracias a esta teoría de la acción social se logró establecer un avance unificador en el análisis de los niveles micro y macro sociales que hasta ese momento no se había planteado (Parsons, 1977).

¹¹ Parsons define este elemento a través de cuatro componentes que son: la existencia de un actor, la suposición de un fin o un estado futuro hacia donde se orienta la acción, la existencia de una situación que a su vez se divide en las condiciones que puede controlar y las que no puede controlar que son los medios, y finalmente las normas y los valores que sirven para determinar la elección de los medios para alcanzar los fines. Por otro lado distingue en todo sistema de la acción dos elementos importantes: la *estructura* y el *proceso*, en la primera se refiere al componente de las pautas culturales a las cuales Parsons llamó "objetos externos" y el segundo se refiere a la combinación de los elementos de energía por medio de las cuales las acciones se concretizan (Ibidem).

¹² En este sentido la acción para Parsons se halla confinada a actores específicos en situaciones específicas. Siguiendo esta lógica, menciona que el actor-situación pasa a construir el sistema de la acción mediante tres aspectos indispensables de un sistema que son: el Psicológico, el social y el cultural, de los cuales propone considerar a cada uno como sistemas que se encargan de organizar de un modo distintivo los elementos de la acción, de tal manera que el sistema de la personalidad se va a encargar de organizar los procesos motivacionales del actor, mientras que el sistema social -que es la forma en que se integran y operan las sociedades en base a las interacciones sociales- se va a encarga de organizar la interacción de los actores individuales en relación con el problema funcional de su estabilidad, y el sistema cultura se caracteriza porque es el que organiza los valores, las normas y en general los símbolos que orientan la conducta de los actores regulando sus interacciones (Parsons, 1977).

cosas que necesita [...]” (Parsons, T., E. Schils y E. C. Tolman et al., 1951:54)

Esta orientación psicológica, explica la manera en que son recuperados los supuestos parsonianos en la teoría empírica de Almond y Verba, el cual adquirió en el estudio de los fenómenos políticos-culturales un carácter cuantificable y experimental y aunque hubieron algunos elementos que retomaron hubo otros que se dejaron intactos como en lo referente a la internalización de aspectos, de objetos y relaciones (Almond, 1963), mientras que por otro lado, buscaron esclarecer la concomitancia existente entre el comportamiento del sistema político y la psicología política individual, por medio de la recuperación de las orientaciones con nuevos objetos políticos capaces de ser internalizados por el individuo¹³.

Bajo estas consideraciones, Almond y Verba establecían que la cultura política se halla determinada por la manera en que los individuos internalizan el sistema político, en conocimientos, sentimientos y evaluaciones; que todo sistema se halla inserto en ciertas pautas culturales -estas pautas o patrones constituyen la cultura política- que orientan la acción de ahí la predisposición de los individuos hacia el sistema político -en relación a las actitudes que experimentan de acuerdo a el papel que desempeñan en la sociedad- ; que las actitudes dan lugar a tres tipos diferentes de orientaciones como son: la cognitiva, la afectiva y la evaluativa y a tres tipos de culturas políticas que los nombraron de tipo súbdito, parroquial y participativa (Ibídem); asimismo que la cultura política aún cuando se encuentra adherida al tejido institucional de una sociedad concreta tiene autonomía en relación a dicha estructura, distinguían también que la cultura política al encarnar en un conjunto de orientaciones para la acción política individual, es decir al constituirse como el puente entre el nivel micro y macro, entre individuo y sociedad, era susceptible de ser estudiada y revelada en su evolución a través de la utilización de encuestas y cuestionarios, en este sentido examinaban que la viabilidad de las instituciones dependía en gran medida de las actitudes que conforman la cultura política de una sociedad, así como en la importancia que posee la socialización política como eslabón entre los niveles antes mencionados. Con respecto a este último punto Street consideró que algunos teóricos de la cultura política en contraposición a Almond y Verba defendieron el papel determinante de la cultura sólo en el caso de haber tensiones fuertes entre la

¹³ Se consideraron como nuevos objetos políticos a las partes de las que halla conformado un sistema político como los roles de la estructura -como la burocracia-, los titulares de dichos roles -como los jefes de gobierno- y los tipos de políticas públicas -toma de decisiones y la manera en que se llevan a la práctica estas mismas- (Ibídem)

orientación del individuo y la forma en que el sistema interviene para responder a las motivaciones individuales (Street, en Morales, op. cit., p.100).

Al respecto, algunos teóricos reflexionan que tanto Almond como Verba con este enfoque excluían ciertos aspectos fundamentales, como por ejemplo el hecho de explicar a la sociedad a la manera parsoniana como un todo funcional, como un conjunto, adjudicando cierta dependencia de las orientaciones políticas al sistema político (Pateman, 1980: 66-67) y además al restarle autonomía a lo que Talcott le había otorgado el grado de sistema.

El enfoque comprensivo

Esta perspectiva establece los supuestos que permitieron explorar la cultura desde un ángulo interpretativo en contraposición a un concepto de cultura como el psicologista, el concepto de cultura política es abordado aquí en función del papel que juega la cultura. Esta corriente se centra en las concepciones Weberianas de corte psicológico, la cual entiende que la cultura debe ser comprendida como una estructura de significados que se comparten y orientan la acción del actor. Contrario a la experimentalidad y cuantificabilidad del enfoque anterior no buscaron establecer leyes generales sino más bien explicaciones detalladas que favorecieran la construcción de una nueva técnica de análisis; la "descripción densa" de la conducta humana. De tal manera que la explicación de la forma en que interactúan los actores giró primeramente en función de la asimilación de las estructuras que conforman la acción y como segundo paso procedió a la explicación de la misma girando todo en función de la descripción detallada, dentro de esta corriente se encuentran los trabajos de C. Geertz.

En este enfoque, la teoría parsoniana y su concepción de la sociedad como un todo funcional -que favoreció a la concepción dual de la cultura como un estado mental o como acción simbólica- es retomada nuevamente para una comprensión descriptiva, por ende el sistema de relaciones hacia objetos que se adoptó de Parsons no fue el sistema social ni el psicológico sino el sistema cultural, dado que ésta, al concebirse constituida por valores, normas y símbolos que guían la elección de los actores, se encarga de limitar la interacción de los actores y engloba -por decirlo de alguna manera- a los otros dos sistemas, al sistema social y al psicológico o de personalidad. Por su parte la política es abordada por el papel que se otorga a las instituciones como la variable dependiente de la cultura, como "reflejo de la cultura de

un país determinado” y como el medio en el que desenvuelven las estructuras de significación de la cultura (Geertz, op. cit., p. 262)

El enfoque lingüístico

Esta postura en contraposición al anterior y valiéndose de los estudios aportados por la semiótica, parte de la consideración de que la cultura política debe abordarse fundamentalmente en función del concepto de política y no como reflejo de la cultura, de ahí que para definirla como lo menciona el máximo representante de esta corriente -Pekonen, K.(1989)- se requiere; por un lado del papel que desempeñan los símbolos como esfera del lenguaje y por otro de la política como el elemento que tiene la capacidad de determinar el sentido y significado de estos símbolos.

La cultura en esta dirección es considerada dotada de dos características fundamentales; como un entramado de significados con los cuales los actores se ven envueltos -al estilo weberiano- y al mismo tiempo como una manera particular de ver el mundo y sus transformaciones gracias al papel que desempeñan los símbolos, las palabras o los lenguajes comunes con los que interactúan los individuos. La política al igual que Weber tiene que ver de cierta manera con el sistema de dominación al considerarla como aquella que tiene la habilidad y posibilidad -en función de la existencia de un líder carismático- de crear nuevos sentidos subjetivos a través de la palabra. Con lo anterior queda clara la correspondencia que se establece entre la personalidad carismática y la simbolización político-discursiva en el sentido que sostiene que la política consiste en hablar y en función de ello definir una situación, la cual si en un momento dado llegara a cambiar, expresa la necesidad de un nuevo discurso y de un nuevo líder capaz de personificarla, es decir, que la política se ubica en un papel central al asignar sentido a los símbolos o conocimientos con los cuales los hombres experimentan y perciben el mundo a través de sus capacidades.

Por otro lado en cuanto al papel que juegan las palabras y el lenguaje se considera bajo esta perspectiva que estas se vinculan en el inconsciente de los individuos a través del proceso de socialización y sólo se van a objetivar en el discurso. El discurso por decirlo de alguna manera se haya sustentado por la función politizadora que desempeñan los símbolos como vehículos que señalan algo nuevo, los cuales pueden ser manipulados (Pekonen, 1989).

En resumen esta postura se caracteriza por otorgar un papel central a la política y por otorgar un papel importante al lenguaje, dado que a través de los

conceptos se puede acceder al conocimiento de la realidad, debido a que, cuando se hace uso político de los conceptos a través del discurso se busca imponer nuevas formas de interpretar el mundo.

Enfoque moralista:

Bajo este rubro la cultura política es vista como las actitudes que adoptan los individuos con el fin de dotar de significado a su participación política, la cultura se vuelve entonces como una especie de forma de vida, como algo que se experimenta en el momento mismo de la acción y no como una orientación que se haya predefinida. Siguiendo estos mismos lineamientos el comportamiento político es visto como la expresión de valores o posiciones del orden moral, el cual constituye una cultura política que se haya formada históricamente, en este sentido el entramado del orden normativo es el que se encarga de definir límites tanto de la acción política como de los pensamientos de los individuos, de tal forma que se convierte no solamente en un conjunto de orientaciones funcionales que tienden a estabilizar el sistema político. Cabe mencionar que bajo esta corriente el orden moral -base de los valores y las creencias asociadas a la acción y a la participación- no significan un rol como lo afirma Parsons en la corriente funcionalista, sino más bien constituyen una identidad política.

Versión desagregada de la cultura política:

Esta versión divide a la cultura política en tres niveles de análisis que son: el macro, referente a los símbolos, valores, identidades y practicas que se dan en un tiempo de larga duración; el meso que indica el nivel intermedio en el tiempo, es decir, alude a las reglas del juego político y a la forma en que una comunidad política se organiza; por su parte el nivel micro, se presenta en el ámbito de la acción política, correspondiente a la lucha política cotidiana -movilizaciones, elecciones, alianzas, donde la cultura se mueve más deprisa- por lo que se le ubica en la coyuntura y en el tiempo breve, de acuerdo a la clasificación que hace Brian Girvin (1989), que explica con su esquema que cada uno de estos niveles se hayan sujetos a una tensión de manera permanente entre la estabilidad y el cambio, en este sentido si no se modifican los valores de las otras dimensiones meso y micro la dimensión macro de la cultura política no sufre cambio alguno, pues los otros niveles no logran que se

cambie o modifique el sentido de la identidad política. Bajo este argumento, la cultura política se halla sometida a una permanente tensión entre estabilidad y cambio y deja de ser un conjunto concebido antes de las orientaciones políticas.

Uno de los representantes de esta corriente es Ronald Inglehart quien sostiene al revés que Almond y Verba que las instituciones democráticas dependen de la cultura política, es decir, de las actitudes, las creencias, la posibilidad de influir en las decisiones políticas del sistema o el tipo de valores socialmente compartidos con relación al mismo. En este sentido se cuestiona sobre la causa o efecto que tiene la cultura cívica con respecto a los sistemas políticos democráticos, en términos del vínculo existente entre la cultura política y el establecimiento-permanencia de este tipo de régimen, de esta forma empieza a considerar como importantes dentro de su análisis factores de tipo estructural, explicándola en función de principios como “lo tradicional” -relacionado con el bienestar material- o bien con “nuevos valores postmaterialistas” -vinculado con aspectos como la autonomía individual y la calidad de vida en términos de la agrupación de las preferencias de los electores-. Es importante destacar que Inglehart en su estudio incluye el índice de satisfacción que se refieren a la confianza interpersonal ciudadana y el apoyo a cambios radicales de tipo de régimen en los que tanto Almond y Verba no habían reparado. De esta forma al tener interés sobre la evolución de la cultura política hace énfasis en el nivel macro de acuerdo a la clasificación que elabora Brian Girvin el cual se refiere a los símbolos, valores y creencias que conforman la identidad colectiva, elementos que por lo general se consideran como resistentes al cambio.

El avance representado por Girvin en la forma de abordar el estudio de la cultura política y debido al énfasis en los movimientos que provienen de la sociedad, el interés por conocer su dinámica, las raíces en términos de su tradición política y su impacto sobre las instituciones y viceversa, promovió una forma más directa de estudiar este fenómeno.

CAPÍTULO II

* * *

“Todas las historias de los pueblos son simbólicas [...] la historia y sus acontecimientos y protagonistas aluden a una historia oculta, son las manifestaciones visibles de una realidad escondida [...] la historia nos obliga a vivirla: es la sustancia de nuestra vida y el lugar de nuestra muerte”.

Octavio Paz, *Posdata*, 1972

EL NUEVO ESTADO NACIONAL EN MÉXICO: PRESIDENCIALISMO, CORPORATIVISMO Y AUTORITARISMO EN LA CULTURA POLÍTICA NACIONAL

Uno de los puntos que siempre se ha tocado en los estudios que han versado sobre el análisis de la cultura política a nivel Latinoamérica, es el efecto que tuvo y algunos mencionan sigue teniendo –Durand (1989, 1997); Arnaldo Cordova (1988, 1996); Casanova (1974); Gutiérrez (1988) entre muchos otros- el período colonial en la realidad económico político y cultural de los países latinoamericanos, que en términos de su conformación como Estados nacionales dieron origen a una serie de mecanismos que afectaron sobremanera el antagonismo histórico vigente entre gobernantes y gobernados.

En el siglo XIX la importación de teorías liberales provenientes de Europa principalmente de Francia se convirtieron para los nuevos Estados latinoamericanos en la manera más viable de sustituir años de completo atraso por años de “modernidad”, con este afán se enarbolaron las banderas de los derechos individuales, soberanía nacional, libre juego de la oferta y la demanda “*laissez faire*”, república democrática, jacobinismo y laicismo en contra de la opresión política del Estado monárquico y del clericalismo colonial. Sin embargo debido a la inexistencia de condiciones optimas en los nuevos Estados para la implantación del capitalismo y de esta reestructuración política, los gobiernos tuvieron que aprender a convivir con Estados poco prósperos, acompañados en la mayoría de las veces de golpes militares y dictaduras, con una total carencia de las condiciones propias para la democracia y sobre todo acompañados de constantes violaciones a su legalidad, en consecuencia la modernidad en los nuevos Estados se aplicó como una capa que cubría formas anteriores de organización que en términos habermasianos (en Durand, 1997:27) significó la asignación de una “modernidad sin modernización”.

El caso de México al igual que los demás países latinoamericanos no fue la excepción, su historia de colonización, independencia y posterior reestructuración permeo la estructura simbólica de la nación y por ende la manera en que los individuos empezaron a relacionarse con las instituciones políticas, sin embargo, al tratar de aplicar de manera inocente las ideas democráticas de la Enciclopedia y los Derechos del Hombre –principios de la ideología de la clase burguesa de Francia- cuando en México ni se tenía ni burguesía, ni industria y cuando la pobreza y el analfabetismo representaban ya un problema, sus consecuencia en un santiamén resultaron amorfas y contradictorias al

grado de llegar a afirmarse en las postrimerías que en México se hace política a la mexicana, negocios a la mexicana y se consumen infamias a la mexicana (Revueltas, 1983:26-64), aludiendo a ciertas practicas frecuentes y poco legales en las que se vio inmersa desde entonces la sociedad¹⁴.

La Revolución Mexicana y el partido de Estado

En 1910 debido a los problemas de tipo obrero, agrario y social que tenían que ver con el empobrecimiento de las masas y en especial con la poca participación de las clases medias en la economía del país, estalla en México un movimiento armado denominado Revolución Mexicana que tuvo como producto inmediato la formación del Estado nacional. Al término de este movimiento armado el poder económico y político que antes se encontraba en manos de la burguesía fue repartido entre los llamados “caudillos de la revolución”, que al ser beneficiados por este tipo de regalías se fraccionaron en fuertes cacicazgos a nivel local y regional e iniciaron de manera inmediata una guerra sin tregua por el poder. Este conflicto al volver imposible la vida del país planteo la necesidad de formar un partido de Estado que fuese capaz, por un lado, de imponer equilibrio y disciplina entre la nueva elite, con la finalidad de conservar pacífica y permanentemente los hilos del control político, pero por otro, de buscar en su superioridad hegemónica la protección del aparato productivo y las relaciones de producción, posibilitando con ello la aplicación y preservación del liberalismo como modelo económico¹⁵.

Esta estructuración del poder que mostró al Estado con una doble fisonomía que Casanova (1981) nombró de “coalición” y de “clase” -por erigirse como representante de los intereses sociales populares, pero más aún como defensor de los intereses de la elite-, tomó forma en 1929 durante el gobierno de Plutarco Elías Calles (1924-1928, 1929-1935), al cual se le denominó Partido Nacional Revolucionario que a lo largo de su trayectoria política y de sus transformaciones de PNR (1929) a PRM (1938) y de este a

¹⁴ De esta situación se parte para hacer imposible la omisión de las estructuras político-administrativas que acompañaron a México desde su nacimiento como Estado nacional, en el entendido que entre cultura política, cultura a nivel general y el sistema político se establece una relación íntima de reciprocidad dado que la cultura política -como ya se había mencionado anteriormente en el capítulo primero- es parte de la cultura general pero al mismo tiempo lo es del sistema político y cualquier cambio que se efectúe en éste o en la cultura general afecta a la primera y viceversa.

¹⁵ Es en esta época donde el caudillismo según escribió Octavio Paz (1972) se concibió como el remedio heroico contra la inestabilidad y en donde la cultura autoritaria tal como lo menciona Brunner “se asienta en los símbolos del padre y se identifica con la domesticación de un pueblo” (Brunner, 1987: 8).

PRI (1946) como es conocido hoy día, su principal mérito para limar las asperezas se ciño a la creación y aplicación de mecanismos que permitieron como en un principio se pensó, mantener bajo una misma disciplina política a la elite y por el lado de la cultura política como menciona Gramsci (1971) -ámbito en que se legitima el poder-, su transformación en el principal transmisor y promotor de los valores político-culturales que bajo la idea de un “nacionalismo revolucionario” sustentó una identidad simbólica única para preservar de manera permanente el apoyo de las masas¹⁶.

Fue en este sentido que la llamada revolución mexicana al definirse como una revolución democrática-liberal, agraria-popular y antiimperialista, dio forma al mito del “nacionalismo revolucionario”, en cuanto a que se planteó en términos de la *democracia liberal*, como un movimiento que perseguía la destrucción de la dictadura porfirista y la implantación de un régimen político que garantizara los derechos, las libertades y la participación ciudadana en la elección de sus gobernantes; *agraria y popular* porque apeló a la movilización del pueblo para la lucha contra el orden establecido y adoptó como banderas, las demandas que exigía el pueblo trabajador tanto en el campo como en la ciudad con el objetivo de destruir su sometimiento; y antiimperialista por expresarse como una lucha constante contra la dictadura y contra lo extranjero. Por ello a partir de este momento, el proyecto político y de gobierno que presentaron los llamados herederos de la revolución a través de su partido de Estado, fue percibido por las masas como un proyecto constitucional -legal- por el marcado énfasis que sus promotores hicieron de la política social, anulando con estos privilegios cualquier posibilidad de triunfo que se hubiere querido ceñir a una alternativa partidaria diferente, cuyos programas más bien fueron percibidos por las masas como anticonstitucionales.

¹⁶ A este respecto, Gramsci menciona que la élite de Estado para lograr estabilidad y permanencia en el poder se legitima, es decir, se encarga de establecer un modelo político-cultural que difunda, produzca y reproduzca por medio del discurso político y de las “estructuras ideológicas de clase” -como las educativas, medios de comunicación, la iglesia, etc.-, valores y creencias que sustenten en la conciencia la idea, que las instituciones políticas existentes son las más apropiada para la sociedad y a través de ello se promueva el orden (Hughes, 1971). En México, Calles inicia este proceso, al establecer las bases de uno de los pilares que mayor consenso brindó al Estado, la educación básica; método que se consolidó durante el gobierno de José Vasconcelos,

Del presidencialismo y la cultura política en México

Esta concentración del poder, requirió de la titulación de un líder fuerte que la Constitución de 1917 se encargó de introducir al aparato político, tipificando por un lado al sistema como de tipo presidencialista y permitiendo, gracias a la incorporación del corporativismo -que más adelante se detalla- la consolidación de la relación tripartita partido-Estado-gobierno.

En México si bien el fenómeno del presidencialismo puede ser entendido en base a la definición que aporta Giovanni Sartori, quien lo considera como un sistema en el que el jefe de Estado o presidente es electo popularmente, no puede ser despedido de su cargo por votación del Parlamento o Congreso durante su período establecido y cuando es él, el que encabeza y dirige el gobierno que designa (Sartori, 1994), en el país las atribuciones legales y extralegales que le fueron otorgadas adquirieron rasgos peculiares y niveles realmente exacerbados, dentro de éstas destacan su papel como miembro y jefe del partido dominante (PRI); el poder legislativo que forma parte del partido oficial así como la Suprema Corte de Justicia y el ejército se someten oníricamente a sus intereses dejando de lado cualquier posibilidad de desacato; su posición le permite mantener una fuerte influencia en la opinión pública gracias al control de los medios de comunicación que posee; a su investidura se ciñe la capacidad de nombrar no sólo a su sucesor sino también a los gobernadores de los estados, concentrando con ello además de poder político, poder económico en la federación y en el ejecutivo, entre muchas otras (Jorge Carpizo, 1978). En consecuencia sólo de esta forma el presidente se convirtió en pieza primera y consubstancial del sistema político así como en "símbolo de poder absoluto, incuestionable, inacabable e incriticable" (Ojeda, 1988:53).

La conformación de éstas atribuciones en buena medida se deben al gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-1940), quien se encargó de consolidar este fenómeno a través de las reformas que ningún otro presidente hasta ese momento había aplicado, como fueron la disolución del "maximato" -que se concretizó con el exilio de Calles del país por haber extendido de manera informal su gobierno de 1929 a 1934-, la ampliación del período de gobierno de 4 a 6 años, que le permitió eliminar cualquier figura que pretendiera gobernar por encima del presidente y por otro, la reafirmación del principio de la no-reelección, que

quien con la idea de "educación popular" otorgó por vez primera libros gratuitos a niños de primaria (Segovia, R. 1975:2).

introdujo al sistema un proceso poco legal conocido en el argot mexicano como “dedazo”, con el cual el presidente cedía de manera voluntaria el poder al término de su periodo a cuenta de ser quien eligiera al nuevo gobierno; práctica que devino en el transcurso de los años, en uno de los vicios más graves del sistema político donde participación ciudadana, procesos electorales y el ideal democrático se redujeron a simples actos rituales que se mezclaron con aforismos de “dictadura perfecta” (Llosa, 1994)¹⁷.

Este fenómeno se vuelve interesante en términos de la cultura política, en el sentido que el gobierno al ser dotado de un poder excesivo se le atribuyeron capacidades paternalistas-mesiánicas que lo hicieron ver como integrador (*arbitro-conciliador*), defensor (*interés, soberanía e independencia nacional*) y resolutor de los problemas nacionales. De esta forma la creencia de “todo lo que ordena se cumple” y “todo lo que desea lo resuelve” eliminó por un lado, cualquier incapacidad en las funciones que le fueron conferidas y permitió por otro, en términos valóres, que su figura se constituyera en una especie de “guía y dirección”; en “norma y ejemplo” en que se sustentó la credibilidad, la confianza y el consenso social. En este sentido, como menciona Alduncin la “mitología presidencial” encarnado en sus tres personas *Ideal-imaginaria, Real y Simbólica* (Alduncin, 1991: 171, 180), no sólo se convirtió en una respuesta popular a la concentración de poder, sino también hizo posible al promover la identidad nacional y una visión particular del mundo; la convivencia y la pervivencia de la estructura social. La realidad política así marcada del mexicano, que se ocupó de sustentar la imagen de un “Tlatoani” (Octavio Paz, 1999) que jamás prescribió ni en su pasado ni en su presente, atribuyó a esta institución funciones importantes –que bien valen enfatizar– como reforzador de ciertos valores antidemocráticos, sexistas y represivos, pero también, como integrador de una identidad nacional de sumisión, rebeldía, dependencia y resentimiento, que en última instancia tipificaron la convivencia de los ciudadanos frente al gobierno y sus instituciones.

Resulta de gran importancia no soslayar esta peculiaridad del sistema político en su papel como integrador de un partido de Estado, de un gobierno fuerte y de un consenso ciudadano, en el sentido que a él se debe la estabilidad política que vivió el país por más de 70 cuando desde los gobiernos de Benito Juárez y Porfirio Díaz quedó

¹⁷ Lorenzo Meyer y Aguilar Camín definieron tres etapas por las transcurrió el presidencialismo en México: la primera que abarca del período de 1934 a 1946 que fue la fase de su consolidación durante los gobiernos de Cárdenas y Avila Camacho; la segunda de 1946 a 1964 en la que se vuelve indesafiante durante los gobiernos de Alemán, Cortínez y López Mateos; y la tercera que empezó en la década de los años 70's en el que sin

demostrado que un poder concentrado que se excede en facultades constitucionales y extraconstitucionales permite gobernar de manera eficiente aunque no de manera democrática en épocas de disturbio.

Del corporativismo del sistema a la cultura política patrimonialista

Paralelo a la conformación de PRM a PRI, durante el gobierno de Cárdenas, transcurrieron los acuerdos sociales y de clase que consolidaron la relación partido-Estado; fenómeno que junto con el presidencialismo contribuyeron en la definición del sistema y del régimen político nacional. Esta unificación de grandes centrales obreras, campesinas, militares y profesionales alrededor del Estado, correspondieron a una fusión integral conocida con el nombre de corporativismos; fenómeno que al utilizar como medio el manejo de la ideología revolucionaria, logró controlar y orientar la movilización de las masas trabajadoras no sólo en la vida pública sino sobre todo en la electoral. A este respecto José Blanco y Bertrán Jouvenel mencionan:

"[...] de esta forma las leyes y la instituciones por las que se sacrificaron millones de vidas vienen a despojar al pueblo: los héroes y los símbolos nacionales abanderan las represiones y matanzas; la vida nacional...se convierte en la unidad corporativa de los de arriba para desunir a los de abajo" (José J. Blanco, en Gutiérrez, 1988:48)

[...] "si una revolución no centraliza el poder no sirve para nada [...] solamente tiene éxito si transforma el poder revolucionario en base social y política de apoyo y si además se encarga de fortalecer la estructura institucional del nuevo régimen" (Bertrán J. 1994).

Esta reestructuración encontró sus primeros intentos en la CROM, órgano que en 1929 se desintegró para formarse de manera depurada en 1932, paralelo a ello se formó el Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros de la República Mexicana, en 1933 a través de la unificación gremial de disidentes cromistas y sindicatos autónomos se fundó la Confederación General de Obreros y Campesinos de México con la participación de la CROM depurada. Poco a poco se fueron formando otras como la Federación Sindical del

dejar de ser el gran rector de la vida política del país, el presidente actuó como coordinador de los intereses y agencias burocráticas (Héctor Aguilar Camín y Lorenzo Meyer 1995, en Ojeda, 1988).

Distrito Federal, la Confederación Sindicalista de Obreros y Campesinos del Estado de Puebla, la Confederación General de Trabajadores, la Confederación Federal de Electricistas y Similares así como la Federación Sindical del Estado de Querétaro, órganos que al promover su formación y sobre todo al ser incorporados dentro del partido oficial se les restó autonomía y se les arrebató su bandera de lucha, casos como el de la CTM (1938) que aglutinaba a los principales sindicatos de la industria y a las centrales más importantes del país o de la CNC que desde sus orígenes fue aliado del partido de Estado, ilustran este impulso corporativo cuyo objetivo primordial fue la de reforzar el sistema. Sólo en este sentido, se explica el hecho de que los trabajadores fueran gobernados a través de sus líderes sindicales con mano dura para evitar huelgas, asegurar un crecimiento mínimo de los salarios reales, reducir su número en tiempos de crisis -para propiciar estabilidad laboral- (Margán, 1995), así como otorgar apoyo electoral al partido de Estado; factores que al evidenciar vicios como el "clientelismo" y "charrísimo sindical" expresaron la relación paternalista y providencialista entre obreros, campesinos, líderes y partido.

Este proceso promovido y estimulado por Cárdenas encontró en la economía el mejor de sus sustentos, por ello a parte de eliminar la lógica de desarrollo social y político que desde la década de los 20's se venía manteniendo, insertó la reforma agraria que permitió ampliar el mercado interno, nacionalizó latifundios extranjeros y compañías petroleras, creó instituciones que expandieron la intervención del Estado en la economía y establecieron además, las bases de lo que sería el "milagro mexicano". De lo anterior, se deriva la aseveración de que el corporativismo se consolidó gracias al modelo económico de sustitución de importaciones, sustitución valga la redundancia, que al hacer crecer la economía de manera sostenida durante la década de los 30's a los 40's permitió legitimar por eficacia administrativa al Estado y por ende propiciar, por los beneficios económicos que se percibieron, la adhesión de la clase media -sector más reactivo a la integración- completándose de esta forma a través de la eliminación de los antagonismos de clase, la relación Estado-partido.

Otro de los puntos importantes de este fenómeno es el hecho de analizar cómo los valores nacionales que rigen el trato político desde la revolución, exponen también al corporativismo mexicano, más allá de la simple estructuración del poder para ascender a la explicación, de este fenómeno en términos de un sistema de representación de intereses. Consideración que nos remite a la estructura simbólica social que se sustenta en el logro de los fines sociales particulares o lo que en otras palabras Weber (1974)

explicaba en función de la “traducción y significación de los engranes de la maquinaria gubernamental” que tienen que ver con nociones de poder-autoridad, organización, participación, solidaridad-disidencia, representatividad nacionalismo-liderazgo, legalidad e ilegalidad, corrupción y moralidad. En este sentido, este fenómeno representa también la génesis de una serie de prácticas antidemocráticas que con el tiempo se fueron consolidando de manera “ambigua” (Ponte, 1997) en el imaginario colectivo ciudadano, que produjo y reprodujo en el ámbito social una cultura política cada vez más pasiva, indiferente, paternalista y providencialista, es decir, que produjo individuos despolitizados que se rigieron por una visión del mundo autoritaria¹⁸ y que en buena medida propiciaron en la práctica política –como en el caso de aquellos que desempeñan cargos públicos– relaciones personales de parentesco y compadrazgo¹⁹.

Es necesario reiterar, con todo lo visto hasta este momento desde el presidencialismo hasta el corporativismo, la intención de afirmar que no sólo se trató de la voluntad gubernamental que manipulo y engaño a la sociedad civil con el fin de conseguir sus objetivos particulares, sino también, considerar la existencia de una vocación participativa de la sociedad civil más tendiente a reproducir formas de sociabilidad con una fuerte orientación estatal; valor o actitud que logró articular a una nación cada vez más identificada con binomio Estado-nación-gobierno y gobierno-sistema político. Huntington a este respecto menciona.

“Si el problema de la identidad es fundamental en el proceso de modernización, la revolución le da una solución concluyente, aunque costosa. Representa la creación de una comunidad nacional o política de pares. Es un paso fundamental, de una cultura política en la cual los individuos ven al gobierno como el de “ellos”, a una en la que los ciudadanos lo ven como el de “nosotros”. No hay un aspecto de la cultura política más importante que el alcance e intensidad de la identificación del pueblo con el sistema político. El éxito más vivido de una revolución es ese rápido cambio en materia de valores y actitudes” (Huntington, 1972: 274).

¹⁸ un sistema es autoritarista por la forma tan peculiar en que el Estado se consigue y preserva su legitimidad, de ahí que sea característico de este sistema la existencia de ciertos factores como la carencia de ideología, exigua movilización política –que supone que los habitantes aceptan pasivamente los dictados del gobierno y se abstienen de actividades que vallan en contra del estatus quo–, existencia de la predominancia de un sólo partido, de una legitimidad legal, así como de un férreo disciplinamiento de las elites políticas (Juan Linz, 1997, en Bobbio, 1981).

¹⁹ Consultar Roderic Ai. Camp. Los líderes políticos de México su educación y reclutamiento, FONCA, 1983. Donde se hace explícita la forma como algunos sectores sociales piensan y practican la política en términos de sus intereses personales.

Es así como la institucionalización del nuevo régimen, subrayó la continuidad del antiguo régimen en tres momentos: la promulgación de la constitución de 1917 y con ello el presidencialismo; la creación del partido nacional revolucionario PNR en 1929 y por último, la etapa de redefinición de los mecanismos formales e informales del quehacer político en la década de los 30's. Aspectos que mucho significaron en la crisis estructural del Estado y del gobierno, que a finales del siglo XX e inicios del XXI experimento el régimen y el sistema político nacional.

Siguiendo esta misma línea de análisis y por todo lo que hasta este momento se ha analizado, con la revolución mexicana, el presidencialismo y el corporativismo, considero que la estructura simbólica que sustenta la cultura política mexicana se debe entender como una simbiosis entre la ideología de la clase dominante con la moral social, las cuales se vieron afectadas y reforzadas mutuamente, por un lado con la experiencia histórica, es decir, por la forma en que se estructuró el poder económico y político y por otro, dada la existencia de una urdimbre de valores sociales que en el discurso oficial y los medios de socialización política encontraron el mejor sustento de sus acciones.

DESARROLLO ESTABILIZADOR E INICIO DE LA CRISIS POLITICA DEL SISTEMA

En la década de los 40's y hasta la década de los 70's durante los gobiernos de Ávila Camacho, Miguel Alemán, Adolfo Ruiz Cortines y López Mateos el desarrollo a nivel nacional favorecido por la segunda guerra mundial se caracterizó en comparación al período de la etapa armada (1910-1921) y al de la Gran Depresión (1921-1935) en que el Estado empezó a configurar y ordenar su situación política y económica a través de la sustitución de importaciones (Medina, 1995). Por su parte con el gobierno de Miguel Alemán (1946-1952) se inicia la aplicación de acciones económicas que buscaron modernizar industrial y capitalmente a la nación a través de la apertura a la inversión extranjera. Esta política de sustitución de importaciones favoreció, una vez aliado el gobierno con la elite trabajadora y los intereses extranjeros, a ampliar no sólo el papel del sector privado -conformado por la industria pesada, la banca, las grandes empresas comerciales y agrícolas y las corporaciones multinacionales- en la economía nacional, sino también contribuyeron en buena medida, para que en lo sucesivo este sector dominara el proceso de industrialización.

Con esta consolidación de la relación entre capital nacional/norteamericano y gobierno, los intereses de la nueva coalición operaron en contubernio con los sindicatos, quienes a cambio de control social y movilización electoral otorgaron canonjías a los líderes sindicales. En consecuencia el modelo de control político que se aplicó a partir de estas fechas –específicamente de los 40 y que se postergo hasta los 70’s- buscó que el crecimiento económico no cesara para que siempre existiera beneficios que repartir - aunque fuera de forma selectiva- de tal manera que el cúmulo de demandas fuera residual y por ende manejable, así una vez reconocido los canales oficiales las inconformidades fueron procesadas dentro del sistema y no al margen de ella (Hernández, 1994). En este sentido, los intereses que empezaron a dominar el ámbito económico nacional, se aplicaron a menoscabo de los sectores obreros, campesinos y pequeños industriales nacionales a los cuales el Estado cerro sus filas. Por eso durante el alemanismo, empiezan a emerger conflictos como los de la CTM que con la destitución de Lombardo Toledano de su liderazgo, se formo la Alianza de Obreros y Campesinos de México (AOCM) en 1947-8; la de los maestros de la SNTE que pugnaban por mejores salarios en el 48 y que se vieron acompañados por un movimiento armado de toma de tierra protagonizado por la Unión General de Obreros y Campesinos (UGOC) de Jacinto López y el Partido Agrario de Rubén Jaramillo (1948) -este último fundador del primer grupo guerrillero que surgió en México en el estado de Morelos-; la de los mineros de Coahuila y de la Confederación Campesina Independiente (CCI) en los 50’s²⁰.

Este tipo de conflictos se hicieron extensivos porque a finales de los años 60as y principios de los 70’s, el modelo desarrollista –pese a que había permitido ciertos beneficios económicos a la población- se desajusto, la parte económica dio un traspié entrando a una grave inflación provocada principalmente por los desequilibrios en las cuentas externas, la desaceleración de la industria mexicana, la disminución de la inversión privada, incapacidad del sector agrícola, y sobre todo por la ausencia de la industria de bienes de capital nacional (Margán, 1995). Ello explica el porque durante el período de Ruiz Cortines (1952-1958) las protestas se incrementaron, entre las que encuentran las del sector obrero, ferrocarrilero, electricista, movimientos de maestros como el Movimiento Revolucionario del Magisterio que en los estados de Jalisco, Oaxaca, Guerrero y Puebla encontraron eco, o bien sectores campesinos como los protagonizados por los ejidatarios de Baja California y la zona Lagunera que en los 60’s apoyaron a la

²⁰ Ochoa Minuett, Carlos, “México: 60 años de protestas”, *El Universal*, suplemento Bucareli, 2 de abril, 2000, pp.4-8

Central Campesina Independiente (CCI); organizaciones urbanas ciudadanas que en estados de Morelia, Mérida y Mexicali principalmente, se habian formado durante el gobierno de López Mateos (1958-1964) o como en los casos de la Unión Cívica Potosina y la AMMRI Asociación Mexicana de Médicos Residentes e Internos, que en 1964 de manera enérgica mostraron su inconformidad²¹.

Por estos descontentos cada vez más crecientes, el gobierno de López Mateos aplicó una serie de reformas políticas que permitieron una ligera apertura del sistema político mexicano, por eso su administración fue conocida como el período de “izquierdización del régimen”. Estas reformas retomaron con vigor el reparto de tierra, nacionalizaron la industria eléctrica, impulsaron el sector de seguridad social como en el caso del IMSS y crearon el ISSSTE, promovieron el nacimiento de organizaciones como la Central Nacional de Trabajadores (CNT) así como el Movimiento de Liberación Nacional (MLN) de corte izquierdista, que nació de manera independiente al Estado (Reyna,1985). Con estas incongruencias en el que se percibe al Estado como ineficiente en la promoción y regulación de la actividad económica y al sistema como estático e impenetrable, se establecen la condiciones para desplazar el descontento de los sectores sociales al ámbito político. Nuevamente vuelven –pero ahora con mucho más fuerza- las protestas ciudadanas, campesinas, magisteriales, de telefonistas, electricistas, estudiantiles provenientes del estado de Guerrero, Puebla, Sonora, D.F. entre las que se encuentran el IPN, la UNAM, Chapingo, la Escuela Nacional de Maestros y la Normal Superior, así como brotes de guerrillas urbana y rural que en su conjunto exigían apertura política y reivindicación de las luchas gremiales abanderando también nuevas expectativa y demandas que generaciones anteriores no se habían planteado como el respeto a la sexualidad, a la cotidianidad, al medio ambiente, a los derechos civiles, al feminismo, etc. (Ojeda, 1988). Estos factores en su totalidad, impulsaron al resquebrajamiento de la legitimidad del régimen o lo que Peschard (1997) denomino como “debilitamiento del régimen autoritario”; cuya intransigencia más fehaciente se expresó en la matanza de Tlatelolco ocurrida durante el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970).

Con los sucesos de la década de los 60's, se colocan en evidencia dos aspectos fundamental, por un lado la cerrazón y el despotismo gubernamental para hacer valer las demandas ciudadanas y por otro, la evidencia de un despertar ciudadano predominantemente clase mediero que significaría un parte aguas en la vida política

²¹ Ibídem.

nacional, que algunos como Durant Ponte denominaron proceso de "ciudadanización" (Durand, op. cit., p. 22)²².

Frente a este gran descontento y debido a que no dejan de fluir movimientos sociales, el gobierno de Echeverría (1970-1976) sustituye la política desarrollista por la populista, intentando ganarse nuevamente a las clases medias que se encontraban escindidas del Estado por los conflictos del 68. Por ello se encarga de refuncionalizar el sistema estimulando el periodismo crítico como en el caso del periódico *Excélsior*, permite expresiones nunca antes conocida basadas en un aparente diálogo entre gobierno y gobernados, crea espacios con cierta libertad de expresión como la participación de intelectuales en los medios de comunicación, del mismo modo fomenta la aparición de ciertas disidencias y oposiciones no necesariamente leales al sistema a modo de creación de nuevos partidos (revisar subtema *Resultados electorales: una aproximación frívola al estudio de los valores nacionales*). De ahí que su gobierno halla sido conocido como de "apertura democrática" (Casanova, 1985:12).

Pese a que las reformas en el plano de la participación política, intentaron recuperar el consenso a través de una aparente ampliación de los márgenes democráticos, el sistema mexicano en sí no experimentó cambios de fondo mucho menos en el ámbito económico con su política de "Desarrollo Compartido"; que fuera de impulsar el crecimiento económico y la distribución del ingreso, terminó por financiar proyectos inútiles con el consabido respaldo de la deuda externa que fortaleció a la burocracia formada durante el periodo de sustitución de importaciones (Margán, 1995). Cabe mencionar que los políticos, burócratas, líderes sindicales y economistas pertenecientes a la corriente Estructural-Nekeynesiana -que estimularon la expansión de la burocracia y se vieron favorecido por la política económica de Echeverría- al concentrar suficiente poder lo utilizaron contra el Estado como en el caso de la COPARMEX; conflicto que incitó la devaluación del peso -después de casi 20 años de estabilidad-, con un endeudamiento externo de casi 20 millones de pesos (Ibídem).

²² Algunos autores –Durand (1997), Inglehart (1988), Paramio(1988)- mencionan que este cambio ciudadano percibido desde la década de los 60's se debió fundamentalmente a ciertos factores como la evolución natural de la sociedad mexicana -incremento de la población urbana, mayor nivel educativo, percepción del sistema como excluyente, etc., pero sobre todo se debió al reordenamiento económico que a nivel mundial el país estaba viviendo, cuando los procesos económicos como la producción, el financiamiento, el comercio, rebasaron las fronteras nacionales y se volvieron autónomos no sólo de la política sino también de las necesidades sociales. De esta forma, consideran que la transformación de las actitudes se encuentran

CRISIS DE LOS PACTOS SOCIALES; DEL NEOLIBERALISMO A LA LIBERALIZACIÓN POLÍTICA MEXICANA.

Para subsanar la crisis financiera y para recuperar de manera inmediata la confianza de los empresarios a menos cabo del apoyo de lo sectores obrero y popular al Estado, a parte de incorporar a destacados miembros del sector privado al nuevo gobierno, firmo con el Fondo Monetario Internacional en 1976 un acuerdo que contemplaba la reducción de los salarios reales, recortes en la planta laboral de empresas públicas así como mayores estímulos fiscales y financieros a los inversionistas que a través de programas como la "Alianza para la Producción" se adaptaron en el primer año de gobierno de López Portillo (1976-1982). Medidas económicas que fueron financiadas con los recurrentes créditos externos que la explotación irrestricta del petróleo principalmente de 1978 a 1981 -en el que se descubren nuevos yacimientos y se convierte este recurso en el principal sustento de la economía nacional-, volvieron asequible (Ibidem).

Esta negociación malograda de la deuda externa que sujeto a partir de entonces las decisiones del gobierno a organismos internacionales –como el FMI, Banco Mundial y el gobierno norteamericano-, permitió la recuperación momentánea de la confianza de los empresarios y cierto crecimiento económico que por la mala administración, desequilibrios en las inversiones, excesivo gasto y la posterior caída de los precios del hidrocarburo en 1981, originaron una mayor sobrevaluación del peso ergo la inflación, condicionando de esta forma la implantación de las bases de una reordenación económica que con la nacionalización de la banca en 1982 (Basáñez, 1988) vio apurar la ruptura definitiva del pacto político entre la clase empresarial y el Estado. Conflicto de pactos que termino en esta escisión al significar para la clase empresarial unificada desde los tiempos de Echeverría en el Partido Acción Nacional, el comienzo de una lucha por el poder que se circunscribió al ámbito electoral.

Al mismo tiempo que el país sufría esta crisis económica que sirvió como catalizador de la debacle política, el consenso hacia el partido y el sistema continuaron decreciendo, esto se percibió cuando Portillo llegó sólo a la contienda electoral, por ello al iniciar su gobierno propicio ciertas medidas para afinar y refuncionalizar el sistema, entre las que destaca principalmente la ley federal electoral de 1977 denominada la LFOPPE –

enmarcados por la nueva realidad internacional, la cual impone nuevos requerimientos políticos, sociales y

Ley Federal de Organizaciones y Procedimientos Político Electorales-, que al favorecer la participación de nuevos partidos en la arena política tipificó su gestión como de “reforma política” o bien de “incertidumbre política” como lo llamo Loaeza (1993) porque aparte de que en este periodo la corrupción representó un sello importante de su gobierno que rasgó el consenso ciudadano –como lo fue el caso Durazo-, el quiebre de la economía significó en una doble dicotomía, la crisis de un modelo económico de fuerte participación estatal y por otro, la ruina de un modelo de negociación y de estabilidad política que se había fundado bajo un régimen autoritario, que a partir de ese momento, a fuerza de sobrellevar la crisis política, inscribió de manera lenta su liberalización o transición a la democracia. De lo anterior se desprende el hecho de considerar que el derrumbe de los pactos sociales permitió en buena medida el declive del presidencialismo mexicano²³.

Esta crisis del modelo de negociación y estabilidad económica, vivida en pleno durante el gobierno de Miguel de la Madrid (1983-1988) que al igual que Portillo experimentó tasas usureras de interés, flujos negativos de capital externo y fuga de capitales, que al mismo tiempo que impidieron el consumismo de la clase media y limitaron el derroche volviéndolo más elitista, complicaron la aplicación del ajuste económico (Margán, 1995). En consecuencia el doble fracaso del populismo echeverrista y lopezportillista determinó el triunfo de una facción tecnocrática y economicista de la clase gobernante, formada exclusivamente en los circuitos financieros del Estado y fortalecida por los desprestigio creciente de los políticos; clase que se dispuso acabar con la política populista concebida como sinónimo de ineficiencia. En consecuencia, la nueva dirección económica planteó bajo la consigna de “modernización”, un reordenamiento económico que se contraponían completamente con las certezas del nacionalismo revolucionario y con la estructura corporativa con que el Estado vio sus primeros días, por ello la política antipopulista de Miguel de la Madrid tendiente a reestablecer el pacto perdido con el sector privado y dispuesto a contrarrestar el efecto de la nacionalización de la banca, además de observar la reestructuración de la deuda mexicana, la promoción del ingreso de México al GATT - Acuerdo Generalizado de Aranceles y Comercio que se

culturales, que el Estado no logra repeler por no contar con suficientes recursos para intervenir su economía.

²³ Es importante mencionar que la liberalización política –entendido como los procesos de afloje de los controles autoritarios, que no buscan poner en riesgo la existencia y la reproducción del propio régimen (O’Donell y Schmitter, 1986)- aplicado por el Estado a través de la LFOPPE, tuvo para el partido y para el sistema político en general consecuencias contradictorias, en el sentido de que al mismo tiempo que permitió no desbordar las presiones políticas de la sociedad, sirvió también como válvula de escape para favorecer la formación de puntos de presión que a la larga modificarían el sistema político nacional. De ahí que se afirme que el país entró en estas fechas al proceso de “transición democrática”.

concretizo en 1986- y de promover el impulso a la exportación, buscó principalmente –y esto hay que enfatizarlo- limitar al Estado como empresario público, eliminando los subsidios y los proteccionismos estatales, reduciendo el gasto público, aplicando topes salariales, privatizando bienes nacionales con la venta de empresas paraestatales, que en resumen significaron, la sustitución del Estado por el mercado y la apertura de la economía nacional a la competencia internacional (Camín, 1995:Durand, 1997)²⁴.

Este reordenamiento liderado por los tecnócratas que degeneró en ingobernabilidad por escindir a la economía de la política y la sociedad, al imponer restricciones a una burocracia acostumbrada a la falta de controles, al recortar subsidios a una población habituada a ello y al suprimir las protecciones a una economía aclimatada a los mercados cautivos (Camín, 1995) fracturó los hábitos político-culturales del país; ruptura que se experimentó en lo social y en lo político como un desafío a viejas leyes, instituciones y creencias que se sustentaban en la idea del “mito revolucionario”. Prueba de este descontento que ante la falta de acciones eficaces como los del terremoto del 85 que expuso la fragilidad del sistema político y la incompetencia de un Estado demasiado centralizado, fueron las múltiples manifestaciones que invadieron el país, entre las que destacan la de las costureras, enfermeras, médicos, damnificados del terremoto del 85, grupos guerrilleros como los “Chinchulines” que aparecieron en el estado de Chiapas en 1988, entre otros.

Este descontento, como ya se había mencionado anteriormente, también se presentó en el ámbito electoral cuando un sector populista del PRI denominado “Corriente Democrática Nacional” encabezado por Cuahutemoc Cárdenas y Muñoz Ledo al quedar fuera del proteccionismo y el subsidio gubernamental, se disgregaron del partido y formaron el Frente Democrático Nacional -el cual logró fundir en un sólo partido al PFCRN (antes PST), PPS, PARM y PMS (surgida de la fusión de PSUM y PMT)- que obligó al gobierno de la Madrid a cerrar sus filas con la elite empresarial que se hallaba resentida desde el gobierno anterior.

Con esta ruptura de los pactos sociales entre la elite los reclamos democráticos por parte de la sociedad y la CDN se volvieron más incisivos, por ello de la Madrid con todo y su política de “Renovación Moral” -que suponía una cruzada contra la corrupción-, de la misma forma que prometió apertura política que reviro en fraude -debido a que en 1983 los resultados colocaban al PAN en posibilidad de ganar ciudades como Chihuahua,

²⁴ Es de esta forma como el gobierno de Miguel de la Madrid sienta la bases de desarrollo económico que más adelante de manera drástica aplicaría Carlos Salinas.

San Luis Potosí, Hermosillo y Durango-, prometió procesos electorales limpios que pago en 1988 a menos cabo del FDN con la usurpación electoral más grande en la historia electoral del país. Si algo existía de credibilidad en los comicios electorales por parte de los ciudadanos este fraude se encargó de erosionarlo aún más, produciéndose de esta forma una de las crisis de legitimidad más graves que halla tenido el sistema y su partido a lo largo de su historia, crisis que se supo sobrellevar con la ruptura de la oposición, gracias al cual la elite política priísta buscó aliarse con el PAN a través de las llamadas "concertaciones" que devinieron en el bipartidismo cómplice entre PRI-PAN, sustituyendo con ello, la posición política de la elite corporativa por la relación empresarios-gobernantes.

LA DEBACLE DEL SISTEMA POLITICO Y DEL PARTIDO DE ESTADO: DEL SALINATO AL ZEDILLISMO Y DEL ZEDILLISMO AL FOXISMO

Con el fraude del 88 la legitimidad hacia el partido se desmembró, las protestas políticas más influyentes de la ciudadanía y de la oposición se organizaron en torno a la movilización electoral, por ello el gobierno de Carlos Salinas (1988-1994) asumió el poder con fuertes cargas de rechazo al continuismo e impopularidad, de ahí que si bien desde su campaña había promovido una imagen pública atractiva del neoliberalismo al llegar a la presidencia -siendo el primer gobierno que no obtuvo la mayoría absoluta en la cámara baja- se encargó de conciliar una serie de ambivalencias y contradicciones; mientras que por un lado bajo la consigna de "unidad nacional" y "solidaridad" buscó implantar la idea de "modernidad", por otro, no sólo ataco la idea del nacionalismo y el Estado interventor sino de manera antitética continuo asumiendo su capacidad como dispensador de bienes con la intención de restaurar la legitimidad de las reglas del juego. Es así como aplica medidas contra la corrupción y el fraude corporativo que no buscaron dañar medularmente la estructura corporativa -como en el caso de PEMEX con Joaquín Hernández Galicia o el caso de la SNTE con Carlos Jongitud Barrios ambos líderes sindicales- (De la peña, 1992), asimismo el 2 de diciembre de 1988 estableció como piedra angular en que se sustentaría su gobierno una medida que pretendía combatir la pobreza que fue el Programa Nacional de Solidaridad (PRONASOL)²⁵; proyecto que fue

²⁵ En 1989 Carlos Salinas consciente de su impopularidad, aplicó una encuesta para conocer el grado de legitimidad con que contaba su gobierno, este estudio llamado "Los primeros 10 meses de Gobierno", reportó niveles bajos de confianza de 37.9% y una preferencia por la clase privilegiada que reflejó un índice de

subsidiado con los 40,000 millones de dólares que se obtuvieron de las 420 empresas paraestatales que se vendieron a precio de ganga como en los casos de bancos, teléfonos de México, empresas mineras, de acero y de papel (Margán, 1995).

Este proyecto a parte de permitir la formación de una nueva burguesía financiera así como de colocar en el escenario a nuevos líderes empresariales como los tecnócratas, resultó ser una herramienta eficaz -una vez distribuidos sus beneficios en las regiones donde el cardenismo contaba con mayor apoyo electoral- para apaciguar los disensos que se habían generado por el fraude, así como también resulto eficiente para recuperar la imagen benefactora del gobierno y las expectativas ciudadanas de que se estaba llevando a cabo una verdadera reestructuración estado-sociedad, factores que al lograr debilitar al neocardenismo y eliminar con ello la posibilidad de formar un frente multclasista a nivel nacional, favoreció en los procesos electorales de 1991 la recuperación de los votos que se hallaban escindidos (ver subtema, procesos electorales: *una aproximación frívola al estudio de los valores nacionales*).

Es así como sin dejar de aplicar la máxima expresión del modelo neoliberal y sin quitar el dedo del renglón de gobierno mínimo y estado eficiente, que se mantuvo la política económica del régimen de la Madrid -recorte de subsidios a empresas, estados, servicios y mantenimiento público- con algunas modificaciones respecto a los objetivos de controlar la inflación y retomar el crecimiento económico. En 1989 por ejemplo, el gobierno diseño y aplicó el Pacto para la Estabilidad y Crecimiento Económico (PECE) encargado de la recuperación económica y el combate a la inflación a través de la renegociación de la deuda externa, ésta última concretizada en el plan BRAYDY firmado en ese mismo año²⁶, del mismo modo al iniciar negociaciones de libre comercio con E.U. y Canadá (TLC) en 1993, el gobierno sobreendeudado con márgenes estrechos de acción supedito al país las políticas internacionales que exigían equilibrio macroeconómico por encima del desarrollo y bienestar social.

Esta visión globalizadora gubernamental viene a cambiar la retórica antiimperialista manejada anteriormente por los gobiernos populistas, por la visión tecnocrática de la escuela de Harvard de un mercado común, reforma que al exigir la racionalización de los límites que el sistema impuso con la Constitución de 1917 en torno

46.0%. Este estudio dejó en claro para el gobierno que una condición inherente para recuperar la confianza ciudadana sería darla únicamente a través de la eficacia administrativa que su gobierno reflejara, de ahí que por ello retomó la bandera del populismo con el programa de Solidaridad con el que llegó a obtener gran aceptación por parte de la población.

²⁶ *EL Reforma*, 10 marzo, 1995.

a la propiedad de la tierra, al control de los recursos naturales y a la concentración y circulación de capitales, luego a modificar los artículos 3, 5, 27 y 130 de la Constitución. Por tanto mientras que la reforma al 130 implicó la recomposición de la relación iglesia-Estado²⁷, la del 27 dio fin por completo a la repartición de tierras, a la creación de nuevos centros de población así como estableció la posibilidad de adquirir bienes raíces y/o capitales sobre poblaciones agrícolas, eliminando con ello de la misma forma que privatizó el ejido, la fuerza de la corporación campesina más importante para el partido oficial desde 1938, pero no sólo eso, sino al contemplar la flexibilización de los procesos productivos así como la supresión de las limitaciones, que el contrato colectivo imponía a los patrones, esta política económica también se opuso diametralmente con el corporativismo, dado que la competencia internacional que exigía criterios de calidad y productividad eran incompatibles con el viejo sindicalismo sustentado en la conquista de beneficios ciegos a los trabajadores. Fue así como los sindicatos obreros y campesinos pasaron a convertirse en actores secundarios y el mismo sistema eliminó las instituciones que en gran parte hacían posible su reproducción y sobrevivencia.

En conjunto, con estas reformas y para legitimar el nuevo orden económico, se busco imponer a la sociedad la universalización de valores que tienen que ver con el respeto por los derechos humanos, la tolerancia, la democracia, el medio ambiente, los derechos de las mujeres, los niños y las niñas, así como de las minorías; valores que en última instancia se contraponen con los ligados al individualismo que corren paralelos a aquellos que mantienen una actitud antiestatista y de pérdida de solidaridad social o lo que Inglehart denominó "revolución silenciosa", que no es más que la promoción de actitudes sociales orientados hacia valores postmaterialistas, que giran en función de la calidad de vida y no de las necesidades (Durand, 1997).

El neoliberalismo radical impuesto por Ronald Reagan y Margaret Thatcher en este sentido significaron para el sistema y para el partido de Estado con todo y sus valores promovidos, verdaderas contrarreformas que atentaron contra los principios de la ideología de la revolución, es decir, al buscar desalojar de los tres sectores claves de la economía a la política tradicionalista que se sustentaban en el agrarismo, populismo sindical y proteccionismo, se atentó contra los principios más importantes revolucionarios que eran de inclusión, estabilidad concertada y pactada entre grupos y elite, aspectos que al lograr desgastar el modelo del buen gobierno no sólo debilitaron el mito revolucionario (Bartra, 87/88) sino sobre todo en una mayor envergadura, contribuyeron en la

²⁷ Ibidem.

emergencia de una doble crisis institucional que Rhina Roux denominó crisis de la forma Estado, al respecto menciona:

"Hoy presenciamos una profunda crisis política, sin embargo, y en contraste con crisis políticas anteriores, ésta no es una crisis de construcción, sino una crisis de funcionamiento y reproducción. Se trata –y este es su rasgo distintivo- de una crisis global abarcadora de las tres dimensiones constitutivas del Estado: 1) una crisis de la forma de estructuración de la comunidad estatal; 2) una crisis de la relación de mando-obediencia entre gobernantes y gobernados; y 3) una crisis de funcionamiento y reproducción de la elite gobernante. No se trata de una crisis de gobierno ni de una crisis del grupo gobernante. La actual es una crisis de la forma de Estado..." (Rhina Roux, 1944:2)²⁸

En este sentido las reforma iniciadas en 1982 se encargaron de decirle al país laico que la iglesia debía recuperar sus derechos públicos, que el reparto agrario así como el ejido habían terminado, que la eficiencia y la productividad se contraponían con los favores políticos y laborales vigentes en México, que las oportunidades primermundistas se hallaban en la asociación con su adversario a través del NAFTA y que el Estado era demasiado grande e ineficiente, por ello era apremiante reducirlo.

Punto importante inmerso en esta crisis política también lo significaron los procesos electorales, para los cuales, pese a que el gobierno anunció el fin del partido hegemónico -afirmación que justificó con cambios de imagen, de organización y de nombre- aplicó reformas a la legislación electoral (ver subtema: *una aproximación frívola al estudio de los valores nacionales*) que tuvieron alcances demasiado relativos, en el sentido que para no perder la centralidad del poder, decidió pactar resultados electorales a través de mecanismos poco legales conocidos con el nombre de concertación. Gracias a este medio el gobierno y el partido oficial entraron en contubernio con algunos movimientos urbano-populares que habían apoyado a Cárdenas, pero sobre todo, aparentando un verdadero tránsito democrático consolidó su alianza con el PAN, al cual ofreció alcaldías y gobernaturas a cambio de la aprobación a las reformas de la Constitución. Este contubernio que marcó la alternancia bipartidista PRI-PAN se concretizó en 1989 con el reconocimiento electoral -por vez primera- del triunfo de Ernesto Ruffo Appel en Baja California Norte, posteriormente los de Chihuahua en 1992, así como en San Luis Potosí y Guanajuato, donde al final de las protestas y disputas

²⁸ Roux, Rina, en Rev. *Viento del sur*, Agosto, 1994, núm. 2

postelectorales en estos dos últimos estados, se nombro a gobernadores interinos del PAN (Hernández, 1994)²⁹.

Todos estos cambios y sus efectos negativos que se dieron con el PRONASOL sobre todo con el TLC³⁰ a parte de la aparición de hechos violentos como el asesinato del cardenal Posadas en 1993, pero aún más con los problemas internos de la elite –de los cuales derivaron los asesinatos de Colosio y de Ruiz Massieu en 1994³¹–, se creo un ambiente tenso de inestabilidad política y desconfianza hacia el sistema, que motivo la emergencia de nuevos ciclos de movilizaciones, marchas y protestas que en última instancia propiciaron en enero de 1994 el estallido de un movimiento guerrillero étnico-campesino que se autodenómino Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Esta insurgencia armada no considerada como factible después de la debacle del socialismo y de los regímenes dictatoriales en América Latina, volvió pública la ruptura institucional producto del deterioro de las relaciones de dominación entre la propia elite, la cual al crear fuertes tensiones –que impulsados por las salidas de capitales- desencadenaron la crisis de diciembre de 1994 y 1995.

Ante la situación de violencia e inestabilidad política-económica que vivió el país durante ese periodo, el gobierno promovió a su favor el voto del miedo, así el vacío de poder que se experimento al final del sexenio de salinas y principio del gobierno entrante, se confundió de manera contradictoria con los resultados electorales, quedando

²⁹ Esto explica porque el PAN durante el salinato avanza y se consolida en una fuerza político-electoral, al convertirse ante la opinión pública en el partido de alternancia, lo cual le redituó en las campañas electorales de 1994 y en las posteriores, en votos útiles provenientes del electorado tanto de la oposición democrática como de los votos escindidos del PRI.

³⁰ Para sopesar los resultados del TLC que en un principio mantuvo la apariencia de una mejora económica al fortalecer la parte macroeconómica del sistema con una balanza fiscal superhavitaria, reservas internacionales cuyo monto hasta finales de 1993 no tenían precedentes histórico, así como una inflación reducida a un dígito como no se había visto en dos décadas, basta –a parte de echar un vistazo a los costos sociales que alcanzo con la reducción de la soberanía, la autonomía del estado, la desnacionalización, la transnacionalización, la pérdidas de ingreso, la reducción de la productividad, la mutilación de contratos colectivos, el incremento del desempleo, la pobreza, la inflación y cierre de micro empresas que no estaban en condiciones de competir con mercados como los de Canadá y Estados Unidos– es importante apreciar las múltiples cifras que indican que el ahorro interno afectado severamente por el derroche, estuvo representado con una pérdida de 28, 000 millones de dólares equivalentes al 8% del PIB; una cuenta corriente que perdió más de 100, 000 millones de dólares cifra superior que el país había desperdiciado en toda su historia en comparación del 3.6% y el 3.1% que se reportaron para los periodos de Portillo y Echeverría, y aunque el gobierno explicó que este déficit fue producto de la importación de bienes de capital para modernizar la industria, esta mala inversión encontró sustento en la existencia de un mercado interno estancado, en la súbita e intensa competencia internacional y en un tipo de cambio que subsidio importaciones y discrimino productos nacionales. Por ello es fácil creer en comparación a las épocas difíciles de 1961 y 1982 en que se obtuvieron niveles de crecimiento económico negativos de 6.8% y 7.4%, que durante el salinismo se halla llegado a una tasa casi nula de 3.5% (Margán, 1995).

³¹ Ochoa Minuett, op. cit., pp. 4-8

nuevamente como triunfador de estos comicios el partido de Estado con un porcentaje de votos a su favor de 50.1%, y con más de 20 puntos de ventaja sobre su más próximo contendiente. Pese a este inesperado triunfo, el mismo sistema no logró evitar que en este periodo se conjuntaran ciertas condiciones en apariencia irreconciliables; Por un lado, el resquebrajamiento del partido de Estado ante una nación que resintió los efectos de la crisis y que progresivamente perdió ante él la credibilidad inducida corporativamente, y por otro, la presión de un sistema internacional que al no convenirle la alternativa de quebrantar su modelo económico neoliberal se encargó de establecer a un futuro de corto plazo las condiciones necesarias para el cambio de partido en el poder.

Al tomar posesión de su cargo Ernesto Zedillo (1994-2000) recibió un país en mal estado, no sólo por el agudo conflicto político en la esfera pública, por los problemas al interior de la elite, los efectos originados con la emergencia de la guerrilla en Chiapas, el grave estancamiento productivo, sino también por el costo de una hiperinflación inimaginable de 140% (Margán, 1995), por ello, se esperaba que su gobierno consolidara las reformas políticas democráticas, que la paz en Chiapas se negociara de manera inmediata y que la política económica por fin empezara a favorecer los principios sociales, sin embargo pese a sus lemas de un "voto por la paz" y "por el bienestar de tu familia" utilizados en su campaña, la emergencia de un gobierno obnubilado por continuar con el proyecto económico salinista, así como por reforzar el control político se hizo evidente.

Durante su gobierno la crisis de 1994 tocó fondo, crisis que se vio acentuada por el llamado "error de diciembre" (1995) –promovido por la transferencia de información privilegiada a empresarios para especular contra el peso-, al cual le sucedieron graves pérdidas en las reservas del banco de México por 15,000 millones de dólares, drástico ajuste recesivo que llevó a la economía a crecer con saldos negativos de -5% en 1995, esto acompañado del incremento a la inflación, altas tasas de interés, contradicción severa del consumo y del crédito, cierre de empresas, pérdida de empleo y del poder adquisitivo del salario; consecuencias que en su conjunto, encontraron eco en la gestión de un gobierno que se limitó a dar un alivio temporal al déficit crónico de los intercambios comerciales, que a parte de apoyarse en el pacto de unidad nacional sustentado fundamentalmente en el control de la inflación vía congelación de salarios, promovió como medida de salvación, la negociación de un paquete económico por 50 mil millones de dólares con los Estados Unidos, ayuda que fue otorgada a cambio de exigir al gobierno como parte de las condiciones del crédito, la represión militar contra el EZLN llevada a cabo en febrero de 1995 (Margán:240)

Como todo gobierno entrante, para limpiar su imagen y legitimar su gobierno aparte de encarcelar en 1995 a Raúl Salinas –hermano del expresidente Carlos Salinas-, concilio a renovadores y dinosaurios dentro del partido, se apoyo aún más que nunca en el pacto político con el PAN, otorgándole el puesto de subprocurador general de justicia a un miembro de esta asociación –Jorge Lozano Gracia-, pero además, dentro de estas canonjías le favoreció con triunfos electorales en las gobernaturas de Jalisco en febrero de 1995 y en las de Guanajuato en 1996, por nombrar sólo algunos. Así mientras por un lado se congraciaba con las fuerzas políticas de apoyo para no perder poder, por otro sumergido en su impavidez y siguiendo los designios neoliberales de eliminar todo rasgo tradicionalista para implantar el desarrollo, solapo masacres indígenas en Aguas Blancas Guerrero y Chenalhó Chiapas, en el momento en que no aplico medidas para evitar nuevos enfrentamientos, ni mucho menos dispuso castigos a responsables directos como en el caso evidente de Rubén Figueroa, gobernador del estado de Guerrero.

Producto de este periodo de ingobernabilidad, en 1997 con los procesos electorales a jefe de gobierno en el D.F. se cierra la crisis de transición que venía experimentando desde 1987 el sistema político, proceso que significo la perdida completa de los hilos del control político del Estado, basta revisar el número de votos que recibió este partido a nivel federal y estatal hasta ese año (ver tabla 2 y 3 del subtema: *Resultados electorales: una aproximación frívola al estudio de los valores nacionales*), así en 1997 al elegirse el primer jefe de gobierno en el D.F., proceso en el que gana el Partido de la Revolución Democrática –derivado del FDN y que adquirió estas siglas en 1989 - con Cuahutemoc Cárdenas, el partido oficial pierde en ese mismo día, 135 distritos de mayoría en el terreno federal, 3 gobernaturas y las capitales de 4 estados incluyendo el Distrito Federal.

Un año más tarde, en 1998, para tornar todavía más critica la situación económica nacional, se inaugura el fraude más grande a la que se halla sometido la población mexicana, que recibió el nombre de Fondo Bancario de Protección al Ahorro (FOBAPROA) a través del cual el gobierno evidencio su total incapacidad para operar el sistema bancario, comprometiendo más de 600 mil millones de pesos que se cargaron a la deuda publica. Cabe mencionar que esta política de aparente salvamento como se le hizo creer a la población, no significó nada en concreto para los deudores o para los ahorradores, en cambio representó para los dueños de los bancos un negocio redondo y para el mexicano común en una deuda pagadera en muchos años.

Por lo mencionado hasta este momento, no resulta difícil creer que el salario mínimo durante su sexenio acumulo una perdida en su poder adquisitivo de 47.6%, lo que equivaldría a decir que los trabajadores mexicanos en 1999 lograron acceder sólo en un 7% a los bienes que adquirirían en 1976, mientras que progresivamente la llamada Canasta Obrera por su equivalencia en 7 salarios mínimos se coloco en situaciones realmente inalcanzables³², por esto y más, las movilizaciones y los movimientos políticos con toda y su larga historia, durante este sexenio se realizaron de manera muy frecuente, a ella recurrieron las clases medias sorprendidas por las fuertes deudas acumuladas por la devaluación del peso, proliferación entonces los mítines, las asambleas, las huelgas, las marchas, movilizaciones obreras, de campesinos, de estudiantes, indígenas, amas de casa, vendedores ambulantes, policías, empleados, etc., los cuales estuvieron acompañados de la formación de organizaciones como el Barzón o bien de microguerrillas como el Ejército Popular Revolucionario (EPR), las Fuerzas Armadas Revolucionarias del Pueblo (FARP) de la coordinadora José María Morelos, o bien el Ejército Villista Popular Revolucionario del Pueblo (EVPRP), entre otros, a las que se agregaron en el último periodo de gobierno, las marchas en contra de la privatización tanto del sector eléctrico como de la educación pública, convertida ésta última en una huelga que duro más de un año y que culmino con la represión militar y el encarcelamiento de sus principales líderes.

Conjugados todos estos elementos y junto a la inestabilidad del presidencialismo y de su partido hegemónico, entró también en crisis la pieza que garantizo por muchos años la transmisión pacífica del poder en México; la elección del presidente sucesor. Por eso frente a la progresiva incertidumbre ideológica que condujo a la ruina estructural del Estado y el gobierno le sucedió el 2 de julio del 2000, la perdida más grande que pudo haber experimentado el régimen priísta en toda su vida, cuando el PAN con Vicente Fox a la cabeza alcanzo en dichos comicios la presidencia de la república, siendo estos procesos los más concurridos y los más reñidos en su historia al reportar un nivel de participación de 63.97% de acuerdo a los resultados oficiales (ver tabla 4 del subtema: *Resultados electorales: una aproximación frívola al estudio de los valores nacionales*)³³

³² *La Jornada*, 6 de septiembre del 2000

³³ Bajo este contexto si se considera que desde los primeros gobiernos neoliberales hasta en la actualidad se utilizo en sus discursos la bandera de la unidad nacional como medio para resolver los problemas del país, y bajo este contexto, si se observa que la unidad nacional empieza sólo cuando la legitimidad y la popularidad del gobierno se sustenta a la vista ciudadana en el empeño gubernamental por resguardar los intereses de la nación, entonces, la debacle electoral de la omnipotencia priísta se vuelve comprensible, cuando se analizan factores como la merma de los compromisos sociales del Estado, su incapacidad fiscal para sostener

Con estos datos se comprueba que los síntomas de desorden y de inestabilidad respondieron no a una clase política que se debilitaba si no más bien a una clase que al fraccionarse perdió sus instrumentos de cohesión. En estos términos se explica la crisis ideológica e institucional que empezó a sufrir el priismo, pues al dejar de sostener la compleja red de intereses, compromisos y acuerdos de clase a nivel empresarial, clase mediero y popular, el PRI empezó a perder elecciones. Lo anterior nos conduce a afirmar que la derrota del partido de Estado puede ser entendida como la desarticulación de sus factores de poder y consenso, tal como lo menciona Daniel Cosío Villegas:

“sí el PRI nació para mantener la cohesión nacional, salvaguardar al grupo en el poder y garantizar las reformas sociales de la revolución mexicana [por su contraposición a estos principios] en la actualidad carece de razones para continuar su existencia”³⁴.

Pese a que los últimos datos electorales colocan al país en una situación de mayor pluralidad, de mayor optimismo, es indispensable afirmar que México a pesar de ser hoy día un país más urbano -pues de los 97.4 millones de habitantes 72.76 millones viven en zonas urbanas³⁵-, si nos atenemos a la consideración de que la modernización, el progreso, la industrialización y el desarrollo son aspectos que determinan el incremento del nivel y calidad de vida de los habitantes de un país, en México como se observo con este recuento historiográfico, esta lógica no funciona, pues todavía hoy día es una nación con una carente cultura democrática, con una acotación del presidencialismo exacerbado, con instituciones pobres en credibilidad y procuración de justicia, con leyes que han sido superadas por el tiempo y el descrédito, pero sobre todo en lo económico es todavía un país con agudos rezagos en la creación de empleos y políticas laborales, lo cual favorece el empobrecimiento de las clases trabajadoras, así tenemos que el 42.5% de los mexicanos -4 de cada 10- viven hoy día con 19 pesos de acuerdo al tipo de cambio actual, de estos un 17.9% lo hace con menos de 10 pesos, según el Informe del Desarrollo Mundial 2000-2001 del Banco Mundial, cifras que colocan a México en niveles inferiores de bienestar con relación a países como Venezuela, Colombia, Perú, Brasil y

presupuestos, pero sobre todo cuando se considera aparte de la fusión de estos elementos, en el efecto del ciertas mutaciones en las actitudes de los mexicanos.

³⁴ Ramírez, Carlos, “Transición y una crisis terminal y una lectura mexicana de Tocqueville”, *El Universal*, 2 de julio del 2000, pp. A29.

³⁵ Resultados obtenidos de la última encuesta realizada por INEGI, publicados en *Reforma*, 22 de junio 2000.

Chile³⁶, resultando todavía más alarmante apreciar, que 60 millones de mexicanos que viven en la pobreza no alcanzan los mínimos de bienestar en los aspectos de alimentación, educación, salud y vivienda, sin contar que 20 millones de éstos se encuentran en la pobreza externa³⁷ y poco más de la mitad –6 de cada 10- representados en un nivel de 51.15% muestran ya rasgos de desnutrición³⁸, misma tendencia que se repite en el poco acceso a los servicios públicos –como en el drenaje por poner un ejemplo- donde la realidad nacional sólo es comparable con países como Irán, la India, Nicaragua y Siria³⁹.

Bajo este contexto la realidad mexicana hoy día es más gris en términos económicos políticos y sociales, con un gobierno que propicia que el 10% de la población con mayores recursos concentren en sus manos cerca del 38% del ingreso nacional, y el 10% de los más pobre mantenga una participación del 1.8%, de la misma manera que justifica 8, 800 millones de peso -926 millones de dólares- como ocurrió en las pasadas elecciones bajo el supuesto de que la democracia es cara⁴⁰.

En este sentido es necesario diferenciar que si bien en los procesos electorales ganó la alternancia política, el triunfo del PAN podría no ser producto de la transición democrática que esta viviendo el país, pese a todas las movilizaciones sociales que se han dado, sino más bien como menciona Chomsky⁴¹ de un transfondo político priísta que decide ceder el poder no como condición de cambio, sino como condición de sobrevivencia del poder empresarial que representan tanto los Estados Unidos como las empresas transnacionales, en otras palabras, podría ser producto de una dictadura empresarial a la cual le conviene tener elecciones electorales claras debido a que las “democracias” controladas representan la única forma en que se puede legitimar el poder empresarial, no importando si los mexicanos todavía mantienen una ciudadanía frágil o bien que las campañas electorales se hallan convertido en verdaderos teatros políticos en los que no interesan las propuestas de los partidos en comparación a la importancia que se otorga a los dimes y diretes de los contrincantes. Bajo este razonamiento si bien es cierto que se debe destacar el efecto del poder empresarial en un mundo globalizado, también se debe considerar con mayor relevancia, el efecto que tienen esta inserción en los valores nacionales, como se pudo observar a lo largo de este capítulo.

³⁶ *El Universal*, 19 de febrero, 2000, p. A18.

³⁷ *El Universal*, suplemento Bucareli 8, 16 de julio, 2000.

³⁸ Instituto Nacional de Nutrición “Salvador Zubirán”, publicado en *Reforma*, 17 de octubre, 1999.

³⁹ *Reforma*, 17 septiembre, 2000.

⁴⁰ Rev. *Contenido*, Julio, 2000.

Es importante mencionar entonces que el proceso de incorporación de México a la globalización no sólo seguirá avanzando sino también se vera fortalecida y legitimada ahora más que nunca por un gobierno emergido por la voluntad popular, y frente a esto sólo se espera que ante la inevitable inserción de México en el mundo globalizado, el gobierno para restablecer la confianza de los inversionistas y especuladores con su frase de "ceder inteligentemente soberanía"⁴² no privatice los últimos sectores económicos de la nación como la energía eléctrica, telecomunicaciones, puertos, ferrocarriles, ni otorgue más prestamos al país a cambio de soberanía. Se espera entonces que con las nuevas negociaciones comerciales, no se fracture todavía más a las clases populares, ni se promuevan avalanchas de importaciones, que las empresas mexicanas no sean absorbidas por inversionistas extranjeros ni se incremente la importación de maquiladora de ensamble que se basan en la explotación de los trabajadores mexicanos como ocurrió con el TLC, ni mucho menos que los monopolios estatales sean sustituidos por monopolios privados como ocurrió en Argentina y en la mayoría de los países donde se aplico esta política.

Bajo esta situación, es valido afirmar que la alternancia en el poder de ninguna manera representan el único camino para la democracia plena aunque si puede ser el inicio del fortalecimiento creciente de instituciones cada vez más democráticas; la otra parte descansa en la voluntariedad ciudadana para hacer valer sus derechos como seres humanos, como ciudadanos y como mexicanos.

RESULTADOS ELECTORALES: UNA APROXIMACIÓN FRIVOLA AL ESTUDIO DE LOS VALORES NACIONALES

Varios autores que se encargan de analizar la cultura política en México como Peschard (1989,1997), Loaeza (1989,1994), Pacheco (1988) Crespo (1988), entre muchos otros, consideran que el cambio en las actitudes y los valores políticos de los mexicanos ha evolucionado de manera progresiva, idea sustentada principalmente de la apreciación hemisférica que se hacen de los resultados electorales, los cuales reportan un incremento en la participación ciudadana en este tipo de eventos y una orientación cada vez más marcada hacia la oposición, a menoscabo de la votación que se le ha ido otorgando desde 1979 al partido oficial.

⁴¹ Chomsky Noan, "La alternancia es más ilusión que paso democrático real", *La Jornada*, 27 de Junio, 2000.

⁴² *EL Universal*, suplemento Bucareli, 27 de agosto, 2000, pp. 16

Para nadie es desconocido que los procesos electorales en el país han sido desde siempre desiguales e inequitativos, al grado de haber llegado a convertirse en verdaderos rituales, donde el ejercicio de los derechos políticos de los ciudadanos se moderó hasta quedar reducidos a la función de legitimar en las casillas decisiones tomadas con antelación, pese a ello, a partir de los procesos electorales del 79 se logra percibir el descenso del voto hacia el régimen, decremento tal vez no tan considerable si se observan resultados de los comicios de 1988; año afectado por la LFOPPE (1977)⁴³, que al desencadenar el llamado proceso de “transición democrática” favoreció la inserción en la arena política de partidos fundados durante el echeverrismo como en los casos del Partido Comunista (PC), el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y el Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT), permitiendo de esta forma a la oposición con el Frente Democrático Nacional (FDN) -en un triunfo jamás declarado-, alcanzar el mayor número de sufragios en comparación al recibido por el partido oficial (ver tablas 1 y 2).

Tabla 1: Votación (%) del PRI por tipo de distrito (1979-1994)

	1979	1982	1985	1988	1991	1994
Urbanos	52	54	48	36	49	44
Mixtos	73	73	68	53	61	51
Rurales	87	85	81	68	70	59
Todos	70	69	64	51	60	51

Fuente: Comisión Federal Electoral e Instituto Federal Electoral en Guadalupe Pacheco (1995)

Tabla 2: Resultados (%) de elecciones presidenciales en México (1920-1994)

1920	1924	1928	1929	1934	1940	1946	1952	1958	1964	1970	1976	1982	1988	1994
95.79	84.15	100	93.55	98.19	93.90	77.91	74.32	90.43	88.82	86.02	100	70.99	50.47	50.20

Fuente: Departamento de Estudios Sociales, Banamex, con datos oficiales de la Comisión Federal Electoral (CFE) y el IFE, en Kuschickmuri (1996)

⁴³ Esta reforma electoral, la primera en su tipo, permitió elevar de 400 a 500 el número de diputados, 300 de mayoría relativa (uninominales) y 200 de representación proporcional (plurinominales) o de partido, de esta forma los partidos opositores obtuvieron mayores cuotas de diputados. Con esta reforma se establece también la renovación de la mitad del senado cada tres años, la introducción de innovaciones en el financiamiento y registro de los diferentes partidos políticos, así como la creación del Tribunal de lo Contencioso Electoral (Germán, 1995).

Este supuesto triunfo (1988) considerado como preámbulo de la debacle del sistema político mexicano encontró sus antecedentes más inmediatos en la “insurrección electoral” de 1985 (Loaeza, 1989), proceso electoral donde el voto opositor empezó a adquirir presencia gracias al creciente descontento de la ciudadanía, como el caso de Chihuahua en el 86, donde ganó por primera vez el PAN con Francisco Barrios una gobernatura que jamás fue concedida. Ante esta coyuntura electoral de cambios y sobresaltos emergieron hipótesis que sostenían la existencia de una “crisis de identidad en los valores nacionales, entendida como el deterioro de la afinidad simbólico-autoritaria del mexicano, al respecto Peschard y Loaeza afirmaron:

“en el marco de una profunda crisis económica, frente a la cual todavía no se vislumbran soluciones viables, nuestro Estado tradicionalmente obsesionado por tutelar las más diversas esferas de la vida política y social, vino a ser severamente cuestionado por una ciudadanía dispuesta a manifestar sus reclamos y a administrar su madurez como sujeto político [...] las elecciones que nunca habían sido más que rituales legitimadores del régimen político, espejos en que se reconocía la burocracia política y en donde los ciudadanos solamente aparecían para refrendar con su voto las decisiones adoptadas previamente en las cúpulas altas del poder, se convirtieron en escenarios privilegiados de participación y confrontación política y se tornaron en una prueba de primer orden para el sistema político” (Peschard, 1989:9)

“el conformismo y la no participación han dejado de ser los rasgos característicos del comportamiento de sectores claves de la sociedad mexicana [...] en el entendido que durante esas fechas la participación electoral adquirió nuevos impulsos y significados [...] La revolución a perdido actualidad, el origen popular del Estado a dejado de ser justificación suficiente de la arbitrariedad gubernamental y la nación definida por el Estado ya no es el referente común para los diferentes grupos sociales que defienden intereses particulares” (Loaeza, 1989:223-224)

Contrario a estos comentarios grandilocuentes sobre el despertar ciudadano y el nacimiento de una cultura política cada vez más cívica, los resultados electorales de 1991 y sobre todo los de 1994 -que estuvieron acompañados de varias reformas electorales-⁴⁴,

⁴⁴ Dentro de estas reformas se encuentran: la del año de 1990 encargada, de crear el COFIPE (Código Federal de Instituciones y Procesos Electorales), de eliminar la posibilidad de formar coaliciones, de promover el nuevo padrón de credencial con fotografía, crear el servicio profesional electoral, fortalecer funciones de vigilancia de los partidos de oposición y establecer la penalización de los delitos electorales; por su parte la reforma de 1993, permitió principalmente consolidar la presencia de los consejeros ciudadanos y poner límites a las contribuciones de las campañas políticas; por último la del 94, conocida como de “ciudadanización del proceso electoral” -que estuvo estimulada por el asesinato de Colosio y la aparición del EZLN- se orientó a

vinieron a echar por la borda estas consideraciones, al demostrarse de acuerdo a datos electorales -para los cuales el partido oficial en 1991 ganó el 60 por ciento de votos a su favor y en 1994 afianzó el 50 por ciento de sufragios (tabla 1 y 2)-, que el mexicano no conocía o no quería reconocer otra alternativa política que estuviese fuera del PRI, por más pruebas de ineficacia y corrupción que manifestara como gobierno. Esta situación se vuelve inquietante al considerar el contexto de violencia e incertidumbre política y económica en que se llevaron a cabo los procesos electorales del 94 y sobre todo si se considera que la imagen del gobierno para ese entonces se encontraba nadando en fluctuaciones de incredulidad⁴⁵.

Los aforismos de los analistas no tardaron en invadir las columnas para criticar el exacerbado “factor esperanza” de un mexicano que creía que con el tiempo las cosas podían cambiar en un partido que no había experimentado cambios de fondo, o tal vez demasiado temor a la violencia o a lo desconocido que motivados por las campañas publicitarias del gobierno de un “voto por la paz” se decidió sacrificar en las urnas mejores condiciones de vida por tranquilidad política, cierto o no, estos comentarios vieron sustituirse por otros que enarbolaban signos de estatismo y retroceso en los valores de la cultura política del mexicano, una de estas sentencias venidas desde las altas cúpulas del priísmo fue la de Héctor Aguilar Camín:

“Hubo importantes dosis de temor ala inestabilidad, a lo desconocido y a la violencia, como efecto de las sacudidas de los últimos tiempos [...] Es probable también que en ese voto haya existido nostalgia por la estabilidad de otros tiempos y que esa idea de la estabilidad y de la paz siga unida en la sensibilidad de muchos a las siglas canónicas del PRI [...] es posible que precisamente por ese conservadurismo, la democracia y sus promesas hayan ocupado siempre un lugar secundario en el rating de las demandas populares muy por debajo de las exigencias de servicios públicos, seguridad, educación o empleo [...] es un hecho constatable que

fortalecer el papel de los consejeros ciudadanos ante el Consejo General del IFE, ampliar la tipificación de los delitos electorales, conformar condiciones más equitativas de acceso a los medios de comunicación, reconocer el papel de los observadores electorales nacionales y autonomizar el organismo político encargado de las organizaciones federales (Germán, 1995).

⁴⁵ Un estudio de encuestas de opinión aplicado por G. Gano y H. Bernal (1994) aportaron resultados interesantes de las preferencias electorales de los simpatizantes priistas respecto de su candidato próximo a la presidencia. Este estudio detectó que Zedillo contaba con un 54% de la preferencia electoral en enero de 1994 porcentaje que fue aumentando a 59% en las semanas de abril que siguieron a la muerte de Colosio, para posteriormente caer con el debate presidencial a un 38% y repuntar milagrosamente a un 50%, porcentaje que en última instancia le otorgó el triunfo al PRI en esas elecciones. Es importante destacar aquí cómo la preferencia electoral de la ciudadanía se mueve sin sustento, es decir, si consideramos que la preferencia o la identidad con un partido se forja a través del tiempo, es demasiado presuntuoso pensar, que esta identidad pueda variar en cuestión de tiempos cortos como sucedió con el candidato presidencial del partido oficial (G. Gano y H. Bernal, en *Examen*, edición del PRI, núm. 64, Méx. 1994)

el pueblo mexicano ha sido más conservador que sus elites” (Camin, 1994: 11-12)

Más que calificar de cierta o falsa esta inferencia, la volatilidad del voto representó principalmente en 1994 -fuera de un aparente retroceso en la historia electoral- contradicciones marcadas en las actitudes del mexicano, que tenían que ver más allá de los números duros, con la forma en que se estaba concibiendo la política y la acción frente a ella, en el entendido que no se podía dar crédito a una ciudadanía que años antes había mostrado su mejor faceta como sujeto político al pronunciarse a favor de la alternancia, para posteriormente retraerse de las alternativas partidista y buscar la vida pública sin cambio. Sin embargo los sucesos de crisis e inestabilidad que invadieron el ambiente electoral en 1997 y en el 2000, pudieron haber capitalizado por una lado, la escasa legitimidad ciudadana hacia el sistema y por otro, la pérdida de los hilos del control político del Estado revolucionario (tabla 3 y 4).

Tabla 3: Resultados de la elección a la asamblea legislativa en el D.F. 1997

PAN	PRI	PRD	PC	PT	PVEM	PPS	PDM	No reg.	Validos	Nulos	Total
17.6	23.0	44.20	1.73	1.63	8.57	0.34	0.54	0.01	97.76	2.23	100

Fuente: Dirección de Estadística y Documentación Electoral, IFE

En este año de 1997, las elecciones alcanzaron una gran afluencia de votantes representados en un total de 3,936,959 sufragios, pero sobre todo fue el año en que el PRI dejó de ser un partido hegemónico, debido a que pierde por vez primera la mayoría absoluta en la Cámara Baja y con ello los principales artífices del control político nacional. Con estos últimos resultados, el partido oficial de 1989 a 1997 perdió 11 gobernaturas – fundamentalmente la del D.F.-, las principales presidencias municipales, así como la mayoría en la Cámara de Diputados, permitiendo a la oposición tanto de derecha como de izquierda gobernar a más de la mitad de la población total del país, tres años más tarde, estos datos se modificaron sustancialmente al ganar el PAN con Vicente Fox la presidencia de la república, los cuales llegaron a cambiar completamente no sólo la historia de la participación en los comicios federales -cuando se reportó un total de 37,603,923 sufragios- sino también la geografía política nacional en términos de las preferencias electorales (ver tabla 4).

Tabla 4: Resultados (%) de los procesos electorales a la presidencia (2000)

Alianza por el Cambio	PRI	Alianza por México	PCD	PARM	Democracia Social	No reg.	Votos nulos	Total
42.52	36.10	16.64	0.55	0.42	1.57	0.09	2.10	100

Fuente: Instituto Federal Electoral (2000)

En esta elecciones el PAN logra obtener el carro completo, que le aseguro una buena posición en la cámara de diputados y senadores -congreso en el que se consolida como segunda fuerza sin posibilidad de mayoría absoluta por parte de ninguna de las fracciones que la integran- y con ello arrasó en 20 entidades del país, cinco de las cuales representan la mayor proporción del padrón electoral, entre las que se encuentran el D.F., Edo. de México, Jalisco, Veracruz y Guanajuato, por su parte el priismo resultó triunfador en 11 estados, entre ellos Campeche, Chiapas, Durango, Guerrero, Hidalgo, Nayarit, Oaxaca, Sinaloa, Tabasco, Tlaxcala, Zacatecas, mientras que el PRD ganó sólo en Michoacán. Otros partidos menores como Democracia Social(PDS), Autentico de la Revolución Mexicana (PARM) y el Centro Democrático (PCD), perdieron su registro legal, no así los que formaron coaliciones en torno al PAN o al PRD (PVEM, PAS, PSN, PT y Convergencia Democrática), a los que se les reconoció el 2% de la votación⁴⁶.

No obstante a lo anterior, lo destacable de este recuento laxo de la orientación del voto en el que se observa un reacomodo, gira en torno de las fluctuación que experimentó el voto priísta y la oposición -PAN, FDN/PRD- en tres fases: 1985-1988, 1991-1994 y 1997-2000, que al promover la aplicación de sondeos de opinión *a priori* y *a posteriori* de los comicios de 1988 y aún más de 1994, traspusieron conjeturas de “cambios en la preferencia electoral” con “cambios en la cultura política nacional”, combinando de esta manera el uso de términos “desalineamiento” con “realineamiento” (Paramio, 1998, en Pacheco, 1995) para designar el movimiento pendular del voto ciudadano. En 1985 por ejemplo, el incremento del nivel de abstencionismo que se reflejo

en las urnas llevaron a considerar que más allá del escaso interés por la política y de una extensa desconfianza hacia los políticos, los partidos y la política en general, lo que realmente se estaba dando era un debilitamiento de los vínculos de “identificación” entre ciudadanos y partido, producto del descontento social ante la falta de expectativas y alternativas que perfilaba el gobierno en ese entonces, descontento que en los procesos

⁴⁶ Cansino Cesar, “Geografía del 2 de julio”, *El Universal*, 30 julio, 2000

electorales del 88 al transmutar en “frustración” política logró orientar la preferencia electoral a favor de una oposición al que se le otorgó mesianicamente un voto con sentido utilitarista⁴⁷.

Posteriormente, la emergencia del sufragio priista en 1991 y 1994 permitieron hablar de un realineamiento electoral –redistribución de los electores de un partido bajo nuevas bases- debido principalmente al cambio favorable de la opinión ciudadana con respecto a la eficacia política del gobierno –políticas salinistas-, que en las modificaciones a la legislación electoral como el levantamiento de un padrón confiable, la inserción de nuevos votantes, el desplazamiento de los votos no alineados y posiblemente la abstención de los ciudadanos desidentificados, favorecieron la recuperación electoral del PRI, marcando con ello una especie de retroceso en la base social que la sustentaba –por tipo de distrito- y un reacomodo de su electorado –por región-, durante el período de 1988 a 1994 (ver tabla 5 y 6).

Tabla 5: Índice de electores durante el período de 1988 a 1994

	Pb. Capacitada para votar	Quienes se empadronaron y votaron
1988	42 millones	19.1 millones
1991	45 millones	23.9 millones
1994	50 millones	35.5 millones

Fuente: Instituto Federal Electoral

Tabla 6: Votación del PRI, PAN Y PRD por regiones (1988-1994)

	Norte		Occidente		Centro		Sureste	
	(88)	(94)	(88)	(94)	(88)	(94)	(88)	(94)
PRI	61	53	47	51	34	46	66	53
PAN	23	30	22	29	20	26	8	16
PRD	15	10	22	14	43	19	24	24

Fuente: Instituto Federal Electoral en Guadalupe Pacheco (1995)

⁴⁷ Algunos autores como Paramio (1988) consideran que la fluctuación del voto experimentado en viejas y nuevas democracias que se expresa con el debilitamiento de los vínculos de identidad partidaria se debe fundamentalmente a factores que tienen que ver con la socialización política como lo es el caso típico del desplazamiento de roles que ha habido entre la institución familiar y la televisión en el que esta última viene a desplazar a la familia en su papel como reproductora de actitudes políticas.

Por tanto, en términos del marco de la competencia electoral, que en apariencia represento una aparente vuelta hacia atrás que no parecía comportar cambios en la cultura política del mexicano, lo que se presentó fue un realineamiento poco sustancioso, en el sentido que el índice de votos a favor del PRI fue el mismo que hace 6 años. Si se compara el nivel de participación de 1988 a 1994 por ejemplo, se aprecia que el PRI obtuvo un índice de participación de 9.6 millones de sufragios en 1988, cifra que se incrementó en 1991 a 14.1 y en 1994 a 17.1, lo cual refleja que el PRI en 6 años multiplico sus votos en más de 7 millones –casi el doble- y creció al mismo ritmo que la participación ciudadana, en otras palabras, su posición en relación a los partidos opositores fue la misma que hace 6 años a la fecha -50 por ciento tanto en 1988 y 1994-, pero en un contexto menos polarizado (Pacheco, 1995), esto significa que aunque el PRI halla resultado triunfador en ambos periodos, dicho triunfo no se dio de manera sustantiva, si se analizan los resultados que se obtuvieron para esas fechas -85/88 y 91/94- con aspectos como el nivel de abstencionismo, el incremento de la participación ciudadana y sobre todo el incremento de la población capacitada para votar, en donde al parecer se refleja llanamente, una perdida progresiva de la identidad partidaria hacia el PRI bajo una coyuntura de cambios estructurales político-económicos y culturales demasiado importantes.

Bajo tales contradicciones electorales que sugieren un cambio o un reforzamiento de la cultura política nacional y pese al surgimiento de nuevos partidos, a la transformación de los ya existentes, a las reformas políticas en materia electoral, a la proliferación de movimientos sociales, a la mayor diversificación y competencia en espacios de opinión pública, afectados por los cambios en la producción económica, en la demografía, en la relación campo-ciudad, en la escolarización, en la estructura ocupacional, etc., nos obligan a ir más allá de la pura apreciación de números duros que nos presentan los resultados electorales, en el entendido que el quedarnos con la pura apreciación hemisférica nos conduciría a una apreciación por demás superflua de la cultura política en su estado actual y en este sentido a una consideración liviana y frívola de las tendencias, las actitudes y los valores políticos que los mexicanos mantienen para con la política, en este sentido el estudio de la cultura política -que es nuestro objeto de estudio- quedaría incompleto sin la cabal comprensión de los sujetos sociales que crean y reproducen, mantienen y cambian su sociedad y su cultura, por ende su estudio no se logra sin conocer aquello que los ciudadanos anhelan, desean, sueñan, en función como menciona Krotz (1997), de su nueva fantasías, su juegos intelectuales sin compromiso, su

utopismo abstracto y voluntarista, e incluso su envidias y antojos de venganza; que son en última instancia la razón de ser del siguiente capítulo.

CAPÍTULO III

* * *

“Hay quienes viven antes de la historia; otros, como los otomíes, desplazados por sucesivas invasiones, al margen de ella. Y sin acudir a estos extremos, varias épocas se enfrentan, se ignoran o se entreddevoran sobre una misma tierra o separadas apenas por unos kilómetros. Bajo un mismo cielo, con héroes, costumbres, calendarios y nociones morales diferentes, viven << católicos de Pedro el Ermitaño y jacobinos de la Era Terciaria >>. Las épocas viejas nunca desaparecen completamente y todas las heridas, aún las más antiguas, manan sangre todavía. A veces, como las pirámides precortesianas que ocultan casi siempre otras, en una sola ciudad o en una sola alma se mezclan y superponen nociones y sensibilidades enemigas o distantes”.

Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, 1999

VALORES NACIONALES DE LOS MEXICANOS (1981-2000)

Cuando se analiza la cultura política de una sociedad la cual se ve expresada en las actitudes y el comportamiento que adoptan los individuos frente a situaciones determinadas, emerge como condición necesaria la exploración de los valores e inclusive en una tarea demasiado pretenciosa -que no es el objetivo que orienta el presente trabajo- su estudio es utilizado para predecir comportamientos colectivos. Sin embargo más que para predecir futuros superfluos la importancia de analizar los valores por muy difícil que resulte esta tarea, radica en que estos se encuentran presentes en los *sistemas de la acción humana* -organismo, personalidad, sociedad y cultura- formando parte de los *sistemas socioculturales*; tal como lo menciona Williams y Albert, formando parte de aquellos conjuntos de criterios estructurados socialmente, a través de los cuales actúan como principios que rigen, regulan y guían la conducta de los individuos (en Hirsch, 1999).

La constitución de estos valores, se circunscribe a los elementos cognitivos y afectivos que intervienen en la acción humana de manera selectiva o direccional, en este sentido la acción intencionada que gira en torno a “valores y motivaciones” (T. Parsons y E. Shils, op. cit., p.388) se sustenta por ejemplo, en el deseo o en el gusto –conativos-, en la búsqueda de éxito frente a la frustración –consecución- o bien en la consecución de placer frente al dolor o desagrado –afectivos- como menciona Hirsch (Ibídem). De esta forma, los valores al estructurar una visión particular del mundo sustentada en el consenso de percepciones, creencias, ideas y normas, permiten a los individuos no sólo constituir proyectos de vida que tienen que ver -muy a la manera parsoniana- con el logro de objetivos, metas o estados de cosas esperados, sino también y por ende, permiten adoptar posturas ante situaciones determinadas que tendrán repercusión social. Amen de lo anterior, los valores en el presente capítulo serán entendidos siguiendo a Clyde Kluckhohn de la siguiente manera:

“Los valores son concepciones de lo deseable (explícita e implícita), que distinguen a una persona o grupo social y que influye en la elección de los modos, fines y medios disponibles para la acción. Permiten la ubicación del individuo y la sociedad (frente así mismos y los demás) a través de la comprensión del mundo, en un consenso de percepción, creencias, ideas y normas, así como en el establecimiento de ideologías y de cultura” (Clyde Kluckhohn, 1952).

Los valores al motivar la acción de los individuos y al formar parte del sistema de la acción, también intervienen en los procesos de identidad, integración y adaptación social tanto a nivel individual como grupal, asimismo al formar parte de los interiores de la cultura constituyen el marco de los procesos políticos que intervienen en los proyectos de nación, en consecuencia, por su carácter simbólico-emotivo con que se presentan, no logran evitar sus discrepancias como tampoco acompasar su transformación al mismo ritmo en que se suceden las crisis o los cambios rápidos de las sociedades; ajustes que en la mayoría de los casos exigen replanteamientos valórales *ad hoc*. Lo anterior induce a afirmar que de la importancia que detentan en la vida social, por ningún modo pueden imponerse, ya que éstos surgen del y para el medio social y sólo a través de su aceptación, de su experimentación, de su convivencia, de toda práctica cotidiana que se da únicamente en el proceso de socialización, su transformación se concibe y se expresa indefinidamente a través del tiempo y de manera lenta.

Bajo esta misma tesitura, analizando el impacto que pueden ejercer en las actitudes y comportamientos –sin querer reducirlos a estos⁴⁸- y elucubrando en la posibilidad multivaloral en que se expresa la cultura política de los diferentes grupos sociales llámense elites, instituciones, iglesia, individuos comunes, etc., considero para el caso particular mexicano por la forma en que urdió su historia, la viabilidad de establecer ciertas lógicas de acción que los mexicanos han presentado en situaciones o contextos determinados. Por tal motivo me permití desagregar a los valores nacionales ya constituidos en 19 variables que son los siguientes:

1. *Nivel de participación del mexicano en la vida publica*
2. *Interés por la política*
3. *Nivel de politización y grado de información*
4. *Tendencia política*
5. *Cualidades personales y adquiridas que debe tener un gobierno*
6. *Importancia del voto*
7. *Descontento con el gobierno*

⁴⁸ Los valores que afectan las actitudes políticas y el comportamiento de los individuos, no pueden ser reducidos a estos, debido a que las actitudes entendidas como una especie de disposición social, actúan como trasfondo -variable intermedia- entre opinión y conducta, es decir, entre lo que se dice y lo que se lleva a cabo, donde las actitudes significan respuestas a situaciones dadas, mientras que el comportamiento se refiere a una respuesta perceptible que precede a las actitudes, y se hallan orientadas como menciona Smelser por diversas clases de creencias como las evaluaciones de la situación, los anhelos y las expectativas que se mantengan (consultar J.Smelser Neil, Teoría del comportamiento colectivo, Fondo de cultura económica, 1995)

8. *Mercado versus Estado*
9. *Desconfianza en la autoridad y en el sistema político*
10. *Satisfacción personal y felicidad ante la vida como sinónimo de bienestar social*
11. *Objetivo del país*
12. *Democracia*
13. *Perspectiva del cambio*
14. *El nacionalismo mexicano*
15. *Valores promovidos por la familia*
16. *La familia y el mexicano*
17. *El mexicano y sus valores laborales*
 - *Consideración de la competencia laboral*
 - *Valoración de la meritocracia*
 - *Importancia del trabajo*
 - *Aspectos que se consideran importantes del trabajo*
 - *Igualdad de género en el ambiente laboral*
18. *Religiosidad del mexicano*
19. *Otros valores importantes para el mexicano*
 - *El valor del matrimonio*
 - *Respeto y tolerancia por las diferencias*
 - *Respeto por los derechos humanos*

Para tal fin se hace uso de investigaciones de opinión pública sobre valores nacionales, entre los que destacan el estudio de Miguel Basáñez en 1985 ("México 85: Un pronóstico electoral", en cuadernos de Nexos, 1985); el de Enrique Alduncin Abitia (Los valores de los mexicanos. México en tiempos de cambio, tomo II, 1991) que aporta resultado de dos encuestas aplicadas en 1981 y 1987; el estudio de Ulises Beltrán y colaboradores realizado en 1994 ("Los mexicanos de los noventa", 1996, en Ana Hirsch Adler, México: valores nacionales, 1999); la Encuesta Mundial de Valores aplicada en México en cuatro ocasiones desde 1981, 1990, 1996/7 y 2000; la encuesta de la Secretaría de Gobernación (DGDP) en 1992; el estudio de Ronald Inglehart de la Universidad de Michigan en 1988, que aporta datos comparados de la encuesta levantada por World Values Survey en 1981 y los datos que levanto el Eurobarómetro el 25 de abril de 1986. Otros estudios son las encuestas que aparecieron publicadas en el periódico Reforma y en el Cuaderno de Nexos desde 1994. Cabe mencionar que debido a la imposibilidad de analizar todas y cada una de la abundante información que nos proporcionaron estas investigaciones, se tuvieron que ajustar varios datos para hacer más fluido su análisis.

1. NIVEL DE PARTICIPACIÓN DEL MEXICANO EN LA VIDA PÚBLICA

El nivel de participación nos marca directamente el grado de interés, valor y necesidad que los mexicanos conceden a la vida pública, situación que aparte de ir de la mano con los valores políticos que se detentan, reflejan sus niveles de organización. En este sentido la participación y aún más la participación política que sirve como contrapeso del poder gubernamental, establece las condiciones que son inherentes a la democracia, dado que contribuyen en el fortalecimiento del sistema político y viceversa.

Las encuestas aplicadas a nivel nacional coinciden en afirmar que este es uno de los rasgos característicos de la cultura política mexicana, identificada por mantener los índices más bajos dentro de los rangos de importancia, tendencia que en últimos tiempos poco ha cambiado sobre todo por la gran desconfianza que existe en el ámbito político, empero las reformas que se han dado en el plano electoral. Por ejemplo de 1981 a 1987 los mexicanos participaban más en asociaciones deportivas cívicas o religiosas que en asociaciones políticas, participación que disminuyó de un 7% en 1981 a un 6% en 1987 (Alduncin, 1991). En el estudio de Alduncin se observa como las variables de edad, escolaridad e ingreso afectaron de manera directamente proporcional a la participación, es decir, a mayor edad, ingreso y nivel educativo, se percibió mayor interés por participar en asociaciones cívicas, políticas o religiosas, principalmente por parte de la población masculina.

A pesar que en sus conclusiones Alduncin consideró que la escasa participación no es un rasgo del mexicano, sino efecto directo de la crisis por haber hecho descender los salarios, resulta interesante observar como esta propensión continuó manifestándose en las postrimerías. En 1990, el índice de los individuos que afirmaron no participar en ningún tipo de organización durante el período de 1981 a 1990 aumentó de un 58.2% a un 63.7% respectivamente de acuerdo a los resultados de la primera Encuesta Mundial de Valores (EMV/1994). Ni los sismos del 85 en el D.F., la crisis política del 87 ni la debacle electoral del 88 que reflejaron deseos ciudadanos por organizarse y participar en asociaciones -que permitieron hablar de una naciente ciudadanía- reflejaron evolución en los ámbitos económico-políticos, pues las instituciones "directivas" como las llama Capello (1993) fuera de incrementar su actividad se vieron superadas por aquellas que se encargan de reforzar lazos familiares, sociales y culturales como la identidad regional y nacional por ejemplo⁴⁹ (ver cuadro 1).

⁴⁹ Hector M. Capello (1993) clasifica a las instituciones en 4 tipos que son: las sociales (familia, barrio o colonia, escuela, asociaciones y lugares públicos de reunión); políticas (partidos políticos, sindicatos, iglesia

Cuadro 1: Pertenencia en grupos o asociaciones (1981, 1990)

	1981		1990	
	Pertenece	No pertenece	Pertenece	No pertenece
Servicio de bienestar social para ancianos, minusválidos o personas necesitadas	9.0	91.0	4.5	95.5
Organizaciones religiosas o de la Iglesia	16.7	83.3	13.8	86.2
Organizaciones educativas, artísticas, musicales o culturales	6.5	93.5	11.5	88.5
Sindicatos	6.8	93.2	3.8	96.2
Grupos de barrios que trabajan por su comunidad	1.7	98.3	4.3	95.7
Asociaciones profesionales	4.6	95.4	2.7	97.3

Fuente: México Encuesta Mundial de Valores. Institute for Social Research, Ann Arbor. Michigan, 1994

Para el año 2000 la última EMV (EMV/2000) reveló la continuidad de la preferencia por las organizaciones culturales y de recreación, a las cuales en el último año se adhirieron las de bienestar social y sobre todo las religiosas (ver cuadro 2).

Cuadro 2: Participación en grupos o asociaciones

	2000
Iglesia u organizaciones religiosas	23
Deportes o recreación	9
Actividades educativas, artísticas, musicales o culturales	8
Servicio de bienestar social (ancianos discapacitados)	7
Sindicatos	6
Organizaciones voluntarias relacionadas con la salud	6
Acción local en su comunidad	5
Grupos o partidos políticos	4
Conservación del medio ambiente	4
Trabajo con jóvenes	4
Asociaciones profesionales	3
Grupo de mujeres	3
Movimientos por la paz	3
Movimientos por los derechos humanos	2

Fuente: México Encuesta Mundial de Valores 2000

administración pública y justicia); económicas (trabajo, banca, moneda, comercio e industria) y culturales (música, canciones, bailes regionales, artesanía, religión y héroes). Estas instituciones por la orientación que tienen hacia ellas los individuos, se clasifican en expresivas y directivas, las primeras abarcan las de tipo social y cultural y son típicas de sociedades tradicionales, mientras que las segundas abordan aspectos político-económicos y van más acordes con la racionalidad del Estado moderno.

El creciente rechazo por las actividades políticas nos lleva a pensar que no sólo se trata del disciplinamiento de la sociedad y la política de representación que insertó el corporativismo⁵⁰ ni mucho menos de un escaso nivel adquisitivo, sino más bien podría ser producto de la “*frustración de expectativas*” (Hirschman, 1986) que inducen al mexicano a un estado de descontento y de no participación, produciéndose con ello lo que Salazar Carreón llamó “*familismo amoral*” (en Galván, 1992), que no es más que una gran desconfianza interpersonal que experimenta la población hacia todo lo que no sea su familia –por considerarla como algo privado, bueno y moral- que los incita entre otras cosas a cerrarse a la vida pública y a adoptar una actitud como menciona Juan J. Linz de “*conformismo pasivo*” característico de un sistema autoritario (en Bobbio, 1981).

Esta desafección se aprecia un poco más cuando se indaga el rubro de la participación en partidos políticos, donde los mexicanos viven en una realidad valoral contradictoria debido a que por un lado reconocen de acuerdo a la encuesta de la Secretaría de Gobernación (SG/1992) que los partidos son los que más influyen en las decisiones políticas y por otro, se abstienen de participar en ellos. La EMV/1994 reportó para períodos de 1981 a 1990 que el número de individuos a nivel nacional que afirmaron pertenecer a algún partido político fue de 97.7 a 94.7% de 1981 a 1990, en comparación de aquellos que aseveraron la no pertenencia, cuyos niveles se elevaron de 2.3 a 5.3% en ese mismo período. Estos datos si bien nos marcan un ligero aumento en la membresía, también indican que no se experimentó un verdadero cambio, al observar que entre los índices de pertenencia y la no pertenencia se dio un incremento de tres puntos que significaron para ambas variables una constante.

Pese al escaso interés por los partidos políticos, el nivel de participación en actividades como protestas y manifestaciones experimentaron un incremento considerable de 1981 a 1990 de acuerdo a los resultados de la EMV/1994. En 1981 por ejemplo, el número de personas que afirmaron haber participado en movilizaciones políticas como la firma de peticiones, manifestaciones autorizadas o participación en huelgas, alcanzaba índices bajos en comparación de aquellos que en un 50.3, 53.5 y 87.1% aseveraron que nunca lo harían. Sin embargo con la crisis económica y la invalidez en la práctica de las reformas electorales del 77 -LFOPPE-, que por un lado descendieron el nivel de vida de los mexicanos y por otro perfilaron al gobierno como intolerante, se

⁵⁰ La sociedad mexicana como se pudo observar en el capítulo II, dentro del Estado corporativista y presidencialista al asumir una actitud de indefensión y de representación efectiva de sus intereses a través del partido de Estado, poco a poco concibió la participación política como innecesaria.

creó un malestar ciudadano que confluyó por un lado en la pérdida de la capacidad de convocatoria del gobierno (revisar capítulo II) y por otro, en el hecho de que las masas hayan encontrado en los movimientos de protesta, huelgas y plantones, el mejor medio de expresión de sus inconformidades (ver cuadro 3).

Cuadro 3: Participación en actividades políticas

	1981			1990		
	Lo he hecho	Podría hacerlo	Nunca lo haría	Lo he hecho	Podría hacerlo	Nunca lo haría
Firmar peticiones	9.5	40.2	50.3	34.7	44.3	21.1
Participar en Manifestaciones autorizadas	8.9	37.6	53.5	22.0	43.2	34.8
Participar en Huelgas no permitidas	1.9	11.0	87.1	7.4	36.0	56.7

Fuente: México Encuesta Mundial de Valores. Institute for Social Research, Ann Arbor. Michigan, 1994

En el cuadro anterior se percibe que las actividades institucionales tienen mayor apego en la sociedad que los métodos violentos, pues los índices reflejan que los mexicanos en su mayoría prefieren firmar peticiones a participar en huelgas no permitidas, actitud que estaría marcando el grado de conservadurismo, reformismo y tibieza que adoptan los mexicanos en la política para acceder al respeto de sus derechos ciudadanos y a mejores condiciones de vida. Aspecto que va de la mano con la forma en que se concibe la sociedad así como el cambio que se debe dar en ella.

2. INTERÉS POR LA POLÍTICA

Es bien entendido en el ámbito de la política que el escaso interés que encuentra en la credibilidad y la confianza el mejor de los sustentos, produce todo un círculo vicioso que se corresponde de manera directa con un limitado involucramiento y en consecuencia con una exigua participación en actividades de este tipo. En 1987 la encuesta de Alduncin (1991) concluyó para ese año que casi la mitad de la población mexicana conservaba poco o ningún interés por los asuntos políticos, al reflejar que sólo un 6% asintió tener mucho interés en comparación de aquellos 21% que adoptaron una actitud negativa. Siguiendo este mismo estudio, la escolaridad y el ingreso actuaron de manera directamente proporcional al interés cuando a mayor escolaridad e ingreso se presentó

una mayor disposición ciudadana, que no se reflejo en quienes profesaron el catolicismo, donde los protestantes por sustentar filosofías menos mesiánica y de superación personal presentaron mayor interés.

Esta misma tendencia se suscitó en 1990 con la EMV/1994, cuando los que asintieron estar interesados y desinteresados reportaron rangos de 8.2 y 23.9%. Dos años más tarde en 1992, la SG/1992 pese a que detectó por primera vez un mayor interés de 49.7% contra un 47.8% de quienes lo negaron, en el momento de corroborar los datos, la misma tendencia de desinterés aparece al comprobar que de los que mostraron mayor interés, un 44.5% mencionó que sólo de manera regular, un 32.6% muy poco y sólo un 20.5% afirmó que mucho. Con este tipo de actitudes los comentarios grandilocuentes de la “insurgencia electoral” que nos proporcionan los datos electorales a partir de 1985 (Loaeza, 1989) parecen quedar sin efecto, debido a que no se perciben disminuciones considerables de la apatía, ni mucho menos aumentos significativos del apego por los asuntos públicos.

Aún más reciente la EMV/2000 reportó que la tercera parte de los mexicanos representados en un 75%, inician el milenio más displicentes con la política, lo cual viene a corroborar la cerrazón política y la gran afinidad familiar o religiosa que adoptan los mexicanos ante situaciones de crisis y riesgos (ver cuadro 4 y 5).

Cuadro 4: Interés por la política⁵¹

	1981	1990	1996/7	2000
Muy interesado	4	8	10	7
Algo interesado	32	29	32	26
Poco interesado	21	37	34	35
Nada interesado	43	23	21	30
No sabe	0	3	3	2

Fuente: México Encuesta Mundial de Valores 2000

⁵¹ Cabe mencionar que los datos que en esta tabla se proporcionan fueron tomados del periódico Reforma tal como lo publicaron a partir del 9 de mayo del 2000, los cuales tendieron a redondearlos para facilitar su

Cuadro 5: Aspectos muy importantes para el mexicano

	1990	1996/7	2000
La familia	85	75	97
El trabajo	67	64	86
La religión	34	46	68
El servicio al prójimo	n.p.	n.p.	63
El tiempo libre	28	35	50
Los amigos	25	29	38
La política	11	17	18

Fuente: México Encuesta Mundial de Valores 2000

Estas actitudes de total desinterés o “*moralismo despolitizado*” giran en torno a la paradoja existente entre los valores nacionales y la desvirtuación de la práctica y la ética política, que al debilitar los valores y producir actitudes de desconfianza, escepticismo, indiferencia o en sus casos extremos “*misarquismo*” -fobia a la autoridad- (F. Galván, op. cit., p.14), son factores que en síntesis ayudan a comprobar que los mexicanos a pesar de haber incrementado su actividad en los procesos electorales, mantienen una actitud política apática, independientemente que consideren que los partidos políticos son los que más influyen en las decisiones políticas, sobre todo a pesar de que adviertan que la democracia es el mejor sistema para el país.

3. NIVEL DE POLÍTIZACIÓN Y GRADO DE INFORMACIÓN

El nivel de politización de la población se refleja principalmente con la regularidad en que se aborda el tema de la política en la vida diaria, los mexicanos en este rubro se hallan identificados no sólo por abordar este tema exclusivamente con los amigos sino también porque dichas pláticas son esporádicas. En 1981 según la EMV/2000, de las charlas que se dieron con amistades sólo un 8% mencionó que de manera frecuentemente y un 50% ocasionalmente, seis años más tarde el estudio de Alduncin (1991) efectivamente detectó que el índice se incrementaba a medida que las relaciones familiares pasan a ser relaciones sociales, de estos un 8% se dio con parientes, 7% con la esposa(o), 2% con los hijos, 23% con los amigos, 11% con sus compañeros, 12% con cualquier persona y 31% quienes no la abordaron. Un dato importante que aporta la

manejo, de ahí el hecho que al menos para los años de 1980 y 1990 no se correspondan en términos de decimales con los que se muestran en las tablas de la EMV/1994.

EMV/1994 es el haber detectado que en 1990 las personas de mayor educación, con afinidad de izquierda y ubicadas en el D.F. en un 20.7, 33.5 y 17.9% abordaron el tema, no así los de educación básica, afinidad política de centro y sobre todo ubicados al norte del país donde se supone que en los 80's se había generado la "insurgencia electoral", los cuales obtuvieron rangos de 29.9, 27.4 y 34.4% correspondientemente. Ya para el 2000, la abstención alcanzó niveles realmente alarmantes (ver cuadro 6).

Cuadro 6: Frecuencia con que se platica con los amigos sobre política

	1981	1990	1996/7	2000
Frecuentemente	8	16	15	13
Ocasionalmente	50	56	46	40
Nunca	37	25	32	44
No sabe	5	3	7	3
No sabe	0	3	3	2

Fuente: México Encuesta Mundial de Valores 2000

Los datos de 40 y 44%, que nos proporciona la tabla anterior, marca un alto grado de contradicción, debido a la fuerte competencia que se ciño, al menos en las últimas campañas electorales de 1997 y sobre todo la del 2 de julio del 2000, donde los constantes pleitos entre los candidatos de los diferentes partidos ocuparon las primeras planas de todos los medios de comunicación masiva; sobre todo si se considera que para estos dos procesos electorales, se dio un cambio en la preferencia por la oposición PRD-PAN que permitió avizorar por sus resultados inéditos ciertas transformaciones en la valoración política. Bajo este razonamiento, considero importante tomar en cuenta que el nivel de politización o conocimiento que cualquier agregado social refleja, en función de temas como la identificación del tipo de gobierno, conocimiento sobre las leyes, instituciones, procesos electorales, partidos, etc., se encuentra sumergido en una realidad de empalme con el tipo y grado de información a la que se hallan expuestos. Lo anterior se sustenta con el hecho de que la encuesta de la SG/1992 reportó que en ese año un 67.4% consideró que participar en la política resultaba algo difícil, un 15.9% fácil y 16.7% no omitió ninguna respuesta, lo mismo sucedió con el conocimiento sobre las principales funciones de los partidos donde un 43.4% afirmo no saber y un 8.5% no contesto.

4. TENDENCIA POLÍTICA

La preferencia electoral de los mexicanos se ciñe a la manera en que estos conciben la vida pública, por ejemplo, los de filiación política de izquierda ratifican la intervención del gobierno en la economía así como el control de las empresas, los servicios públicos, salud, empleo y consideran que es la igualdad más importante que la libertad; en el caso de la derecha, éstos aprueban más la libertad que la igualdad y mantienen ideas más proclives al capitalismo como el libre mercado, participación mínima del gobierno en cuanto a los servicios sociales y una distribución salarial más acordes con la cultura de la individualidad y la meritocracia –capacidad y eficiencia con que un individuo se conduce en su trabajo-; los que coinciden con tendencias de centro, se caracterizan por mantener una postura en termino medio de las filiaciones anteriores y muestran una posición más conciliadora, más condescendiente, es decir, más proclives a establecer compromisos en un momento dado con alguna corriente ya sea de izquierda o de derecha (Alduncin, 1991).

En 1981 la mayoría de los mexicanos de acuerdo a la EMV/1994 reflejaron una fuerte tendencia política favor del partido de Estado, un 65.2% así lo afirmó, en comparación a la filiación limitada que se presentó en otros partidos, como el centro por ejemplo, partido representado por el PAN -que a pesar de que por esas fechas se estaba convirtiendo en la segunda fuerza política- su preferencia estuvo marcada por un índice bajo de 26.1% en comparación al exiguo 8.8% que obtuvo la izquierda en ese mismo año. La distribución social de este favoritismo partidario muestra orientaciones marcadas por el grupo de edad, así tenemos que los adultos en un 73.1% prefirieron a la derecha en relación a los jóvenes que se inclinaron por la izquierda en un 30.2% y por el centro en un 10.1%. Tanto el nivel educativo como el ingreso se caracterizaron por mantener una relación directamente proporcional con la filiación política, es decir, las personas que en un 71.9 y 69.2% apoyaron a la derecha fueron aquellos que alcanzaron niveles bajos de preparación e ingreso, sólo los que alcanzaron niveles altos de estas dos características sociodemográficas, fueron los de centro e izquierda con índices de 32.4 y 32.7% para el centro, así como 10.4 y 11.7% para los de izquierda. La distribución regional se caracterizo porque en el centro del país 72.2% prefirió al centro, mientras que el 44.5 y 11.4% de los de centro e izquierda se ubicaron en el Distrito federal. En cuanto a la distribución regional, los de derecha se concentraron en un 72.2% en la zona centro,

mientras que los de izquierda y centro se ubicaron en el D.F. con índices de 11.4% y 44.5% correspondientemente.

Considerando lo anterior, el estudio de Basáñez (1985) aplicado en 1983, reportó que la preferencia por los partidos se distribuía de la siguiente manera: PRI 55%, PAN 10%, PSUM 4%, otros partidos 5% y ninguno 26%, mientras que la simpatía por los partidos fue de 54.1% para el PRI, 14.9% para el PAN, 7.6% para el PSUM, ninguno 18.5% y otro 2%. Lo anterior permite vislumbrar que la distribución de simpatías por estratos ocupacionales podría intervenir en un momento determinado en la afección que los individuos tienen por los diferentes tipos de filiación política. Estos últimos datos, si bien corresponden a un estudio aplicado por Basáñez en 1985 a 31 municipios del Estado de México, coinciden de manera general con otro que este mismo autor levanto en 1982, así como con el estudio que la UNAM llevo a cabo en mayo de 1985⁵², en el que se analizo el apoyo que se otorgó al PRI por ciertos estratos, especialmente cuando se tratan de puestos públicos donde se percibió de manera drástica que por cada panista había 5.5 priistas y 14 por cada pesumistas. (ver cuadro 7)

Cuadro 7: Preferencia política⁵³

	Millones Votantes	Elección Dips. Fed.	Encuesta Basáñez	Encuesta Basáñez	Encuesta UNAM
		1982 (%)	1982 (%)	1983 (%)	1985 (%)
PRI	14.4	51	54	55	52
PAN	3.6	12	12	10	25 1/
PSUM	0.9	3	6	4	4
Otros	1.8	6	6	5	6
Ninguno	7.9	28 2/	23	26	13
Total	28.6	100	101 3/	100	100

Fuente: Miguel Basáñez, "México 85: Un pronóstico electoral", Nexos, 1985

La tendencia proclive al partido de Estado, se vuelve a presentar en 1987 con el estudio de Alduncin (1991), dado que la mayoría de la población entrevistada en ese entonces se orientó más hacia la derecha al alcanzar estos un 12% en relación al 7 y

⁵² Consultar Miguel Basáñez y Roderic Camp, "La nacionalización de la banca y la opinión pública en México", Foro Internacional, No. 98, oct-dic. De 1984, p.212. así como Rogelio Díaz Guerrero, Eduardo Almeida y María Eugenia S., en, Un sistema para analizar la opinión pública acerca de la coyuntura nacional (1980). Ambos estudios llegaron a conclusiones similares de la correlación positiva que se establece entre el nivel socioeconómico y el tipo de filiación política que conservan los mexicanos.

11% que obtuvieron los de izquierda y los de centro respectivamente. Más interesante resulta el nivel de 58% de los individuos que afirmaron no saber cuál era su tendencia política, en el sentido que refleja el grado de politización que conservaban en esas fechas los mexicanos. Este mismo estudio demostró que el sexo masculino en un 1.8 y 68% mantuvieron una mayor filiación por la derecha así como un mayor conocimiento sobre política en comparación del 1.2 y 48% que alcanzaron las mujeres en ambos rubros. Para 1990 la EMV/1994, descubrió un cambio en la filiación política de los mexicanos, cambio que se caracterizó en mayor medida en el grueso de la población joven, por sustentar la posibilidad de concebir alternativas partidistas diferentes de la del PRI. Prueba de ello fue el incremento de 47.7% a favor del centro de los cuales 48.2% provinieron de la gente joven de 30 a 49 años, seguido de un descenso también importante de la derecha que llegó a 31.6%, mientras que la izquierda, aunque logró incrementar su índice a un 20.7% en relación al nivel que ocupó en 1981, no pudo pasar más allá del tercer lugar en la preferencia ciudadana. Esta disposición que indica una progresiva presencia del grueso de la población joven a favor del centro, va acorde con los resultados de la encuesta aplicada a la salida de las casillas por Lauro Mercado y Leo Zuckermann en 1994 (Mercado, 1994), donde al menos en lo que a la edad, nivel educativo e ingreso se refiere, la preferencia electoral para los tres primeros partidos PRI, PAN Y PRD se caracterizaron porque la gente de mayor edad, de baja preparación y de ingresos mínimos continuaron apoyando a la derecha, sólo los de menor edad, con educación superior y altos ingresos prefirieron al centro, mientras que la izquierda continuó homogeneizando de la misma forma que en 1981 y 1990 a los diferentes grupos de edades, cosa que no ocurrió con la gente de mayor preparación pues éstos de manera progresiva le restaron índices de preferencia.

Un aspecto interesante que maneja el estudio de Mercado y Zuckermann (1994) y que no considera la EMV/1994, es el hecho de apreciar que la ocupación de los ciudadanos –al menos hasta ese momento- podría implicar cierto contrapeso en el tipo de filiación política que se elige, esto se da a colación por el hecho de que las personas que afirmaron en 1994 ser estudiantes o empleados sostuvieron una actitud partidista menos estatista, es decir, menos derechista que las amas de casa y los trabajadores del sector público, situación que se puede entender -como se apreció en el capítulo II- debido al grado de coerción y dominio político-ideológico a que se vio sometida la sociedad.

⁵³ Los números 1/, 2/ y 3/ que aparecen en la tabla se refiere a: 1/ incremento del PAN similar a reducción “ninguno”; 2/ empadronados que no votaron y 3/ no suman 100 por redondeo.

Volviendo a la distribución sociodemográfica que encontró una fuerte afinidad en 1994 entre filiación política de centro y edad joven, fuera de considerarla como la peor amenaza que se ciñó al partido de Estado como la interpretaron Mercado y Zuckermann, esta fuerte correlación, explica sólo en parte, los posibles factores que pudieron haber intervenido en el cambio que se dio por una nueva alternativa política en los procesos electorales del 97 y del 2000 por ejemplo, dado que las opiniones, las evaluaciones así como la lealtad o identidad partidaria que poseen los mexicanos son aún más determinantes que los factores sociodemográficos. En este sentido cabe hacer una aclaración, si bien es cierto que la filiación se sustenta en el peso de las opiniones y las evaluaciones que conservan los mexicanos frente a la economía, los candidatos, la gestión gubernamental, etc., es posible percibir en función de estos que la identificación partidista o la "*lealtad partidaria*" como la llama Paramio (1998) que tienen que ver con cuestiones como el presidencialismo y la ideología nacionalista, se encuentra determinando la preferencia política nacional, ello responde a los resultados a los que se llegó en los procesos electorales de 1994, en el que los ciudadanos al inicio de las campañas electorales ya habían decidido con anterioridad su voto, hecho que nos lleva a considerar que en México empero los últimos resultados electorales del 97 y del 2000, existe un porcentaje nada despreciable de la población muy identificada con el partido de Estado (ver cuadro 8).

Cuadro 8: Tiempo en que se decidió su voto

	PRI	PAN	PRD
Siempre vota por el mismo partido	65	35	39
Desde que supo quienes eran los candidatos	10	14	18
Durante las campañas, antes del debate	10	17	16
Desde el debate televisado	8	24	13
En los últimos días	7	10	14

Fuente: Lauro Mercado y Leo Zuckerman B. Nexos, septiembre, 1994

Desde esta consideración, corroborando la fuerte identidad política hacia el partido de Estado, no basta hablar de una ciudadanía en descontento con el gobierno por los aforismos incumplidos de la "administración de la abundancia" o del "arribo de México al primer mundo", ni mucho menos de los "votos de castigo", si no considerar la irracionalidad del voto que en apoyo a la gestión gubernamental en actitud completamente antitética exige el cambio de su política económica (ver cuadro 9).

Cuadro 9: Consenso de la gestión gubernamental

	1994
Acuerdo con el presidente	63
Mejoró situación económica del país	53
Mejoró situación económica personal	40
Que cambie la política económica	64

Fuente: Lauro Mercado y Leo Zuckerman Behar, Nexos, septiembre, 1994

Esta proclividad ciudadana por aprobar el trabajo del gobierno también se presentó años más tarde con el gobierno de Ernesto Zedillo -momento en que se supone el país despertaba a la vida política y concretizaba su tránsito a la democracia-, el cual alcanzó de acuerdo al Grupo Reforma (GR/2000) índices aprobatorios de 69%, por la forma como estaba manejando el país y más aún por su decisión de resolver el conflicto cegeachero de la UNAM, enviando a la Policía Federal Preventiva; medida que al mismo tiempo que logró dejar de lado el estigma zedillista del "error de diciembre" permitió percibir el apego ciudadano por las medidas autoritarias, no envalde el 77 y 54% afirmó en la encuesta de Alduncin (1991) y la de la SG/1992 que el país requiere una mano firme y enérgica más que todas las leyes para solucionar los problemas⁵⁴.

Esta identificación partidista se ve revalorada, cuando la mayoría de las personas a la pregunta del motivo de la orientación de su voto, aseveraron haber votado por el PRI por considerarlo como la mejor opción o bien por considerar que en la política "vale más malo conocido que bueno por conocer" (ver cuadro 10).

Cuadro 10: Motivación del voto

	PRI	PAN	PRD	Total
El PRI sigue siendo la mejor opción	69	7	5	38
En la política "vale más malo conocido que bueno por conocer"	22	10	10	17
Voté por la oposición para manifestar mi desacuerdo	5	40	42	22
Quiero que ya gane la oposición	4	43	43	23

Fuente: Lauro Mercado y Leo Zuckerman Behar, Nexos, septiembre, 1994

⁵⁴ Contrario a quienes consideran que en México se está dando una deslegitimación del Estado así como el fin del autoritarismo como afirma Peschard (1989), la persistencia de rasgos autoritarios en la conducta de los individuos, nos lleva a considerar la importancia de este aspecto, no sólo en la cultura política nacional, sino también en la estructura misma del sistema político.

5. CUALIDADES PERSONALES Y ADQUIRIDAS QUE DEBE TENER UN GOBIERNO

Pareciera ser que los ciudadanos que no mantienen una identificación partidista como en el caso de aquellos que votan por la oposición, su preferencia se determina en función de las cualidades personales/adquiridas de los candidatos o bien en relación de la eficacia de las campañas electorales. La encuesta levantada por Alduncin (1991) demostró que los dos factores más importantes que los mexicanos consideraron en 1981 y 1987 como los aspectos más importantes para el desarrollo del país, hacían alusión a factores del orden moral de los gobernantes, en 1987; mientras que la inteligencia ocupó el nivel más alto con un 22%, la honestidad 20% y la capacidad 18%, en 1981 la inteligencia fue desplazada por la honestidad con un índice de 27%, la capacidad subió al segundo lugar con un 19% y la inteligencia bajo a un tercer lugar con un nivel de 15%. En 1994, las cualidades que el mexicano valoró más, correspondieron a la madurez, honestidad, personalidad fuerte y cercanía con el pueblo (ver cuadro 11).

Cuadro 11: Atributos que debe tener un gobierno

	PRI	PAN	PRD
	Ernesto Zedillo	Diego Fernández	Cuahutemoc Cárdenas
Experiencia	62	22	13
Personalidad	44	37	12
Honestidad	45	35	15
Cercanía	46	24	23

Fuente: Lauro Mercado y Leo Zuckerman Behar, Nexos, septiembre, 1994

A esta misma consideración recurren los resultados de encuestas de opinión que se levantaron después del debate televisado que se dio en mayo de 1994 entre los candidatos de los principales partidos, a raíz del cual, el PAN incremento el número de sus votos⁵⁵.

En cuanto a las cualidades adquiridas por el presidente que se refieren a su formación, experiencia y actitudes básicas, la mayoría coincidió en 1981 y 1987, en que el presidente primeramente *debe conocer los problemas del país y mantener lealtad por México*, ambos requisitos alcanzaron niveles de 20 y 19% para la primera atribución y de 18 a 13% para la segunda. Requisitos como *evitar la demagogia y la corrupción* alcanzaron niveles de 10 y 13%, mientras que la *experiencia política* al pasar de 10 a 4%

⁵⁵ Consultar G. Gano y H. Bernal, publicado en Examen, No. 64, 1994 estudio que muestra esta misma tendencia.

fue el atributo que más se devaluó y fue sustituido por la opción de *hablar siempre con la verdad*, el cual reportó niveles de 8 y 12% respectivamente. Otro aspecto que empezó a adquirir importancia para los ciudadanos, fue *ayudar y favorecer a los pobres* así como *no beneficiar a parientes ni amigos*, atribuciones que representaron un 6 y 12% para el primer caso y un 4 y 10% para el segundo. Por su parte los que mantuvieron un nivel relativamente bajo, fueron *las ideas modernas*, *apoyó a la industrialización*, *congruencias en las acciones* así como *compromiso con la revolución mexicana*, para los cuales, el primer caso paso de 6 a 4%, el segundo y tercero se estatizaron en un nivel de 4%, mientras que el *compromiso con la revolución mexicana*, ocupó el lugar más bajo al subir de 2 a 3%, en relación a este último punto, el 19 de noviembre el GR/2000 reportó para quienes no creen y creen en los ideales revolucionarios, índices de 56 y 38%, no obstante, a que la mayoría le dio importancia a este movimiento en relación a las elecciones del 2000. Habría que resaltar aquí, la poca vigencia alcanzado el contenido político-ideológico de la revolución, en el que pareciera ser que se esta conservando más como valor histórico que como algo relacionado con el presente. Contradiendo lo anterior Ulises B. (1996) al identificar estos mismos cambios en las ideas que la sustentan, considera que esta continua altamente valorada dada la asociación que se le otorga con variables como la libertad, justicia y pueblo.

6. IMPORTANCIA DEL VOTO

Uno de los aspectos cardinales sobre la cultura política, no cabe duda, se refiere a la forma en que los mexicanos se hayan vinculados afectivamente con las instituciones tanto sociales como políticas, uno de estos vínculos son la credibilidad y la eficacia que sobre los procesos electorales y en especial del voto detentan los ciudadano, en el entendido, que las opiniones positivas además de reforzar el sistema político, favorecen la participación ciudadana y la consolidación de la democracia, no así las opiniones negativas que al respecto se tengan, dado que éstas fuera de promover la participación estimulan el abstencionismo y las posibilidades de fraude.

De 1981 a 1987 Alduncin (1991) descubrió que la importancia del voto descendió de 18 a 6% en los que opinaron muy importante, importante pasó de 40 a 36%; poco importante en ambos años llegó a 22% y el único rubro que experimento incremento de 20 a 26% fue el de nada importante. En 1991 Opinión Profesional (OP/1991) identificó

contrario a los rangos anteriores, actitudes positivas, así un 64% mantuvo esta opinión en comparación del 25.2% de aquellos que le otorgaron poca importancia, nada alcanzo el 6% y los que no contestaron 4.8%. Sin embargo cuando en ese mismo año la encuesta de Ulises B. (1996) preguntó si participaría en la organización de los procesos electorales el 18% afirmó que no, el 17% que se sentiría obligado y el 5% dijo hacerlo con disgusto. Datos que no extrañan debido a la poca confianza que con respecto a la limpieza de las elecciones tienen los ciudadanos, esto se ilustra con Alduncin (1991) el cual recabó opiniones referentes a los motivos por los cuales los ciudadanos no participan en procesos electorales, donde el 42% respondió debido a que *los resultados son los mismos*, 26% *porque son apáticos o no entienden de política*, 12% a que *no existe suficiente información*, 11% *porque no se obtiene ningún beneficio de ello* y el 8% restante aludió que esta actividad *no tiene ninguna importancia*. Este patrón de actitudes es similar en lo que a norte y centro se refiere, pero aumento en comparación a las zonas de occidente y el sureste mexicano.

7. DESCONTENTO CON EL GOBIERNO

El gobierno es un elemento esencial en la vida política de una nación. En México, la capacidad “paternalista” que se atribuyó para resolver los problemas públicos representa uno de los indicadores más importantes de satisfacción y consenso ciudadano a favor no sólo del gobierno, de las instituciones, del partido, sino también del sistema político en general (revisar capítulo II). En 1981 la consideración de que los negocios debían administrarse por los *propietarios y los empleados* más que por el gobierno, en relación a la EMV/1994, alcanzo el índice más alto con 46.1%, nivel que fue sustituido en 1990 por la opción de los *propietarios* con un 46.5%, mientras que la administración del *gobierno* en ambos años representó los índices más bajos con 8.8 y 8.9% respectivamente. Estos resultados reflejan un creciente descontento hacia la administración gubernamental y una actitud más acorde con la visión neoliberalista que empezaba a invadir no sólo la economía nacional sino también la visión colectiva del ciudadano de la década de los 80's (ver cuadro 12)

Cuadro 12: Descontento con el gobierno

	1981				1990			
	Propietarios	Propietarios y empleados	Gob.	Empleados	Propietarios	Propietarios y empleados	Gob.	Empleados
Nacional	28.3	46.1	8.8	16.7	46.5	41.3	3.0	8.9
Edad								
16-29	24.1	50.3	9.0	16.5	43.3	44.6	2.6	9.6
30-49	31.0	40.8	9.6	18.6	45.9	43.0	3.1	8.0
50 a más	44.0	39.3	6.0	10.7	57.0	29.9	4.1	9.0
Educación								
Básica	27.3	43.5	9.6	19.5	45.7	40.0	4.1	10.2
Media	30.3	48.8	6.9	14.1	46.6	44.2	1.9	7.2
Superior	28.2	47.6	9.0	15.1	48.7	44.1	1.0	6.2
Afinidad Política								
Izquierda	24.3	45.8	9.0	20.8	31.9	46.1	6.9	15.1
Centro	27.3	47.5	6.8	18.4	45.9	44.4	2.4	7.2
Derecha	29.6	45.1	10.0	15.3	54.1	37.8	2.4	5.7
Región								
Norte	34.1	42.5	9.0	14.4	50.4	35.7	4.2	9.7
Centro	21.0	56.2	10.3	12.6	43.5	40.9	2.6	13.0
Sur	28.2	38.6	8.4	24.8	48.4	45.0	1.9	4.7
D.F.	27.9	45.9	6.9	19.3	41.6	46.3	2.8	9.3

Fuente: México Encuesta Mundial de Valores. Institute for Social Research, Ann Arbor. Michigan, 1994

El estudio de Alduncin (1991) obtuvo resultados similares del descontento ciudadano, en 1987 las personas que consideraron que al gobierno *no le interesa lo que pasa con la gente* así como los que pensaron que *la crisis económica es resultado de un mal manejo del gobierno* llegó al nivel de 69%, quienes pensaron que se trataba de un *proceso de ajuste necesario* 15% y un 80% opinó que fue *responsabilidad de todo el poder público*. Este descontento hacia el gobierno no se percibió en la encuesta que aplicó la SG/1992 en 1992, cuando a la pregunta de si el ciudadano creía que el gobierno atendía los intereses de todo el pueblo o sólo de unos grupos, la mayoría de la población contestó en un 63.3% que el gobierno –en ese momento Carlos Salinas- atendía los intereses del pueblo, en comparación de un 20.9% que consideró que sólo atendía los intereses de ciertos grupos. Este cambio de actitud producido principalmente por la política populista salinista como lo fue el PRONASOL, promovió la credulidad en la intención del gobierno por subsanar los problemas económicos, el 40.3% sustentó esta

idea. Sin embargo en el transcurso de su gobierno este consenso se fue debilitando por la crisis política y por el incumplimiento de las promesas gubernamentales, prueba de ello fue que en 1994 el Gabinete de Estudios de Opinión (GEO/1994) a pesar de que en enero del 94 el 70% de población había considerado a la administración zedillista como buena, meses más tarde este consenso disminuyó a un 51% de quienes la consideraron como buena y 9% mala. Estos niveles decrecientes también se presentaron cuando se hizo referencia a la situación económica del país, mientras que para el 13% de la población era buena un 34% la consideró como mala. No obstante Zedillo cambió este índice negativo cuando el GR/2000 del 5.5% que reportó de aprobación en 1995, para marzo del 2000 llegó a un índice insuperable por otros gobierno de 7.2% de aprobación, lo cual indica que terminó su sexenio con una aprobación mayoritaria del 69% de los mexicanos, consenso sustentado –como ya se había mencionado anteriormente- en su decisión de hacer frente al conflicto estudiantil, en la percepción de mejoría económica como el 22% lo afirmó así como en la consideración que hubo mayor apertura democrática en su gobierno de acuerdo a los datos del GR/ 1999.

Estos resultados tan positivos si bien no se presentan en la EMV/2000 es claro ver como la mayoría de los Mexicanos mantuvo una actitud termino medio respecto a aprobar o no la forma como gobernó Zedillo (ver cuadro 13).

Cuadro 13: Satisfacción con la forma en que el gobierno maneja los asuntos del país

	1996/7	2000
Muy satisfecho	3	7
Algo satisfecho	26	39
Algo insatisfecho	36	39
Muy insatisfecho	30	20
No sabe	5	5

Fuente: México Encuesta Mundial de Valores 2000

Independientemente de que al final de su sexenio Zedillo cierre a su favor, el descontento de los ciudadanos siempre ha sido generalizado a través de la historia postrevolucionaria del país, en esta tesitura cabe mencionar que uno de los puntos importantes de este malestar ciudadano es que acarrea todavía rasgos de una cultura paternalista, no obstante, cuando se pregunta de manera directa al individuo a quien le corresponde la responsabilidad de satisfacer sus necesidades, un porcentaje considerable responde que al propio individuo, sin embargo por la mínima diferencia que

se da entre ambas alternativas esto nos hace pensar que la población mexicana todavía se haya sumergida entre la cultura tradicionalista -cuya ideología es estatista y dependentista- con la cultura moderna que se sustenta en el esfuerzo individual (ver cuadro 14).

Cuadro 14: La cultura del paternalismo

	1990	1996/7	2000
El estado debe tener más responsabilidad para asegurar que todos tengan sustento (1-4)	34	44	45
Los individuos deben tener más responsabilidad para sostenerse así mismos (7-10)	42	31	38

Fuente: México Encuesta Mundial de Valores 2000

Este descontento que experimentan los mexicanos se debe en gran medida al poco interés que percibe la población respecto al papel de los gobiernos en la representación de sus intereses (ver cuadro 15). El GR/1995 en mayo de ese año, público las metas y los resultados que desde la época de Portillo el poder gubernamental se había propuesto, donde se aprecia que las gestiones siguieron lineamientos completamente contradictorios con los proyectos propuestos al inicio de sus administraciones, los cuales se redujeron a simples actos propagandísticos para ganar adeptos (ver cuadro 16).

Cuadro 15: Opinión sobre a quienes beneficia el gobierno

	1990	1996/7	2000
Beneficio de intereses poderosos	75	66	65
Para el bien de todo el pueblo	18	27	26
No sabe	7	7	9

Fuente: México Encuesta Mundial de Valores 2000

Cuadro 16: Metas y realidades de los gobiernos

Presidente	Meta %	Realidad %
López Portillo	6.1	3.4
M. de la Madrid	5.5	0.1
C. Salinas de G.	5.7	2.9
Ernesto Z. Ponce	6	

Fuente: Reforma, martes 31 de mayo de 1995

8. MERCADO VERSUS ESTADO

Ante la ineficacia gubernamental por administrar la economía y la corrupción en la que este se ve inmerso, la población empezó a percibir como mejor alternativa de la economía, al mercado y no al Estado, en el que el primero se percibe como una especie de protección ante la arbitrariedad del gobierno, esto se ilustra con el nivel de 69.4% de los que dijeron en 1990, que se debía aumentar la propiedad privada de los negocios y la industria, no así la propiedad del gobierno (ver cuadro 17).

Cuadro 17: Mercado contra administración del Estado

	1990	1990
	Debe aumentar la propiedad privada de los negocios y la industria	Debe aumentar la propiedad del gobierno de los negocios y la industria
Nacional	69.4	30.6
Edad		
16-29	68.2	31.8
30-49	69.1	30.1
50 a más	73.5	26.5
Educación		
Básica	70.5	29.5
Media	62.6	37.4
Superior	71.1	28.9
Afinidad Política		
Izquierda	60.7	39.3
Centro	76.0	24.0
Derecha	68.7	31.3
Región		
Norte	73.5	26.5
Centro	54.4	46.5
Sur	71.3	28.8
D.F.	70.0	30.0

Fuente: México Encuesta Mundial de Valores. Institute for Social Research, Ann Arbor. Michigan, 1994

Sin embargo contrario a esta actitud de desafección hacia el Estado que se presentó en 1990 como lo muestra el cuadro anterior, para el 2000 la tendencia de los mexicanos giró en torno a una revalorización del papel del Estado, es decir, a la propiedad gubernamental (ver cuadro 18).

Cuadro 18: Tendencia a favor de la propiedad del Estado

	1990	1996/7	2000
Debería aumentar la propiedad privada de las empresas y de la industria (1-4)	48	44	35
Debe aumentar la propiedad gubernamental de las empresas y de la industria (7-10)	24	25	41

Fuente: México Encuesta Mundial de Valores 2000

Actitud de proclividad hacia el estado que podría estar sustentado en una aparente mejoría de la situación económica, así como en ciertos avances que se han dado en el ámbito político (ver cuadro 19)

Cuadro 19: Satisfacción económica

	1981	1990	1996/7	2000
Muy satisfecho (9-10)	32	16	35	30
Algo satisfecho (7-8)	41	36	34	28
Ni uno ni otro (5-6)	18	26	18	20
Algo insatisfecho (3-4)	5	12	9	6
Muy insatisfecho (1-2)	4	10	4	16

Fuente: México Encuesta Mundial de Valores 2000

9. DESCONFIANZA EN LA AUTORIDAD Y EN EL SISTEMA POLÍTICO

La desconfianza en el sistema político y en la autoridad representa otra de las características más sobresalientes de la cultura política de los mexicanos, de ahí la frase tan citada de Samuel Ramos (1934) que no hay nada en la vida del mexicano que éste no evalúe sino a través de su "desconfianza". Algunos autores como Roderic Camp (1983), atribuyen este fenómeno a "respuestas racionales" de la población dada las situaciones irregulares con las que se tienen que enfrentar; situaciones que al degenerar en corrupción fomentan en el ánimo de los ciudadanos valoraciones particularmente negativas acerca de las conductas viables o inviables, permisibles o castigadas del quehacer político, que al producir en el imaginario colectivo el inmovilismo o la indiferencia, ayudan a concebir el oportunismo como única propuesta de relación entre gobierno y ciudadano (Camp, 1983).

Por los altos grados de endemia e institucionalización que la corrupción ha alcanzado en el país, la imagen de los políticos en 1981 y 1987 según la EMV/1994 recibió niveles mínimos de confianza; tendencia similar que se mostró en 1990 no sólo para este rubro, sino también, con respecto al sistema político. Es importante destacar que la confianza que se otorgó en este último año, provino de la población adulta, con educación media o básica y con filiación política de derecha (ver cuadro 20)

Cuadro 20: Confianza en el gobierno y en el sistema

	Confianza en el gobierno		Confianza en el sistema	
	1990		1990	
	Casi siempre	Casi nunca	Mucha	Nada
Nacional	7.8	24.3	5.9	39.2
Edad				
16-29	6.5	25.7	5.7	38.4
30-49	8.4	23.5	5.3	38.5
50 a más	9.8	22.7	7.9	42.9
Educación				
Básica	8.0	23.9	6.6	40.8
Media	9.6	22.7	3.1	36.6
Superior	6.0	26.7	5.7	36.2
Afinidad Política				
Izquierda	3.2	36.4	1.2	44.8
Centro	6.6	23.2	5.4	37.8
Derecha	12.5	16.4	10.2	29.1
Región				
Norte	8.6	20.3	9.0	31.1
Centro	6.1	33.2	4.2	42.6
Sur	9.0	17.5	5.0	42.1
D.F.	6.8	30.6	3.6	45.2

Fuente: México Encuesta Mundial de Valores. Institute for Social Research, Ann Arbor. Michigan, 1994

Los resultados de la EMV/2000 detectó que en años precedentes esta confianza hacia la política continuo siendo minúscula, en contraposición a los altos índices de credibilidad que se otorgaron a organizaciones como la iglesia, el ejercito o a los movimientos de protección del medio ambiente (ver cuadro 21).

Cuadro 21: Confianza en las organizaciones

	1981	1990	1996/7	2000
Iglesia	60	76	66	80
Ejército	48	47	59	51
Movs. De protección al medio ambiente	n.p.	n.p.	56	47
Televisión	n.p.	n.p.	50	45
Las grandes empresas	30	45	51	41
Prensa	36	48	51	40
Gobierno de la república	n.p.	30	42	36
Movimiento feminista	n.p.	n.p.	43	31
El tratado de libre comercio de América del Norte	n.p.	26	43	30
Policía	31	32	33	29
Sindicatos	34	37	36	26
Partidos políticos	n.p.	n.p.	33	24
La cámara de diputados	28	34	41	20
La burocracia pública	23	28	41	20

Fuente: México Encuesta Mundial de Valores 2000

Este fenómeno también se presenta en las relaciones personales, prueba de este arraigo quedan ilustrados con datos de la EMV/2000, donde al mismo tiempo que un 63% en el 2000 consideró que los demás se aprovecharían de ellos en caso de darse la oportunidad, un 77% afirmó en ese mismo año, que no se puede ser tan confiado (ver cuadro 22)

Cuadro 22: Nivel de confianza en las demás personas

	1981	1990	1996/7	2000
Se puede confiar en la mayoría de las personas	17	30	26	21
No se puede ser tan confiado	80	60	68	77
No sabe	3	10	6	2

Fuente: México Encuesta Mundial de Valores 2000

Esta anomalía a parte de volver comprensibles los niveles exiguos de participación, permite identificar la consolidación de una cultura política fragmentada e individualista que se halla cada vez más sujeta a un mínimo desarrollo de capital social - redes de solidaridad e identidades colectivas-. De ahí que no resulte gratis decir que se esta estimulando hoy más que nunca, la emergencia de ciudadanos individualistas y pragmáticos que se rigen bajo principios de inmediateismo y oportunismo político.

Lo anterior se aprecia de manera más clara cuando se pregunta la opinión que mantienen respecto a la corrupción, donde la mayoría la reprueba sin embargo en la practica cotidiana se hace uso de ella. Ya Durand (1997) mencionaba que al hallarse de manera generalizada en la sociedad, caracteriza a por lo menos un tercio de los mexicanos. En 1999 un estudio realizado a nivel mundial que se encarga de medir el índice de percepción de corrupción de los países, ubicó en octubre de ese año a México en el 5o lugar del país más corrupto sólo después de Dinamarca, Canadá, E.U. y Chile (Reforma/1999).

Con todo lo que hasta este momento se ha analizado y en el entendido que la confianza al hallarse sustentada en la credibilidad y en el interés, al mismo tiempo que promueve la participación y vigoriza los sistemas de partidos; fortalece la identidad política y por ende la democracia. Como menciona Inglehard (1988); sólo resulta “racional” confiar en los demás cuando existen “normas eficientes de reciprocidad”, cuando la participación se establece bajo concomitancias de pertenencia entre organizaciones y población, de tal forma que no sólo se estimule la pertenencia de los individuos, sino también se establezca, en términos equitativos y justos, reciprocidades claras de satisfacciones y obligaciones, pues de lo contrario simulacros y apariencias no sólo desbordarían vivencias entre gobernantes y gobernados sino ámbitos multivariados llámense como pudimos observar políticos, sociales o culturales⁵⁶.

10. SATISFACCIÓN PERSONAL Y FELICIDAD ANTE LA VIDA COMO SINONIMO DE BIENESTAR SOCIAL

El nivel de desarrollo económico que una sociedad refleja así como de las variaciones culturales que experimenta, contribuyen en gran medida a que los individuos vivan ciertos grados de satisfacción personal⁵⁷. En México, esta continuidad cultural de

⁵⁶ Ya López Pintor y Wert Ortega (1982) habían hecho referencia a la relación que guarda la estructura social con la confianza, en el entendido que una sociedad que se supone “moderna” no puede sobrevivir con actitudes viciadas, dada las múltiples funciones que se llevan a cabo en ella, ilustraban esta afirmación con los casos de las empresas y las burocracias, las cuales al posibilitar organizaciones económicas y políticas diversas, requieren para su buen funcionamiento de interacciones predecibles y confiables entre individuos que no se hayan ligados por lazos familiares, en comparación de organizaciones tradicionalistas, las cuales por ser más pequeñas pueden sobrevivir con estructuras sustentadas en lazos familiares (en Inglehart, 1988).

⁵⁷ Este fenómeno afectado por la cuestión económica, como bien lo considera Inglehard (1988); se caracteriza porque periodos prolongados de bienestar o frustración aparte de reforzar o debilitar normas, producen actitudes positivas o negativas de satisfacción personal que se transmiten de generación en generación,

sensación de bienestar general se experimenta de manera antitética, al darse -pese a las constantes crisis económicas- una correspondencia fuerte entre quienes mantienen índices altos de satisfacción y aquellos que se dicen felices. El estudio de Inglehart demostró que en México, de acuerdo a comparaciones de encuestas aplicadas en 1981 y 1986 por la World Values Survey (1981) y el Eurobarómetro (1986), que la *confianza interpersonal* a diferencia de países como Suecia o Noruega que ocuparon el primer y segundo escaño, ni siquiera se aproximó a 20% lo que provocó su rezago al último lugar. Sin embargo, en *satisfacción personal* llegó a un nivel alto de 8% que lo ubicó en la cuarta posición sólo abajo de Suiza, Dinamarca y Suecia. Con estos datos, si no fuese por la consideración de las diferencias culturales así como la actitud positiva que los mexicanos han detentado siempre hacia la sociedad, resultaría menos comprensible pensar que éstos, aparte de mantener elevada satisfacción frente a países que poseen niveles de vida superior como Estados Unidos, Italia, Japón, etc. -los cuales reflejan niveles bajos de satisfacción y felicidad- se hallan experimentando placer con su sistema político empero a que la estructura que lo sustenta se muestra ineficiente y corrupta. Los resultados de la EMV/2000 para 1981 al 2000 resultan representativos de estos grados de complacencia ante la vida así como con el conspicuo nivel de entusiasmo personal (ver cuadro 23 y 24)

Cuadro 23: Estado emocional de los mexicanos

	1981	1990	1996/7	2000
Muy feliz	34	25	32	56
Bastante feliz	45	43	38	35
No muy feliz	18	26	26	7
Nada feliz	1	2	3	1
No sabe	2	4	1	1

Fuente: México Encuesta Mundial de Valores 2000

Cuadro 24: Satisfacción personal

	1981	1990	1996/7	2000
Muy satisfecho (9-10)	41	34	45	57
Algo satisfecho (7-8)	41	39	33	23
Ni uno ni otro (5-6)	13	18	15	13
Algo insatisfecho (3-4)	3	5	6	3
Muy insatisfecho (1-2)	2	4	3	4

Fuente: México Encuesta Mundial de Valores 2000

actitudes que en la mayoría de los casos poco o nada tienen que ver con presentes particulares de bonanzas económicas o políticas.

Estos resultados de satisfacción personal si bien podrían estar estimulados por sensaciones de gozo de un mejor estado de salud así como haber alcanzado una mayor libertad de elección, considero que esta satisfacción más bien gira en torno a ideas poco homogéneas que se tienen respecto a términos como la democracia por ejemplo. De 1981, 1990, 1996/7 y 2000 el rubro de la consideración del *estado de salud como muy bueno/bueno* obtuvo rangos altos de 32, 67, 59 y 61%, esta misma tendencia a la alza se presentó en quienes consideraron que tienen una mayor *libertad de elección y control sobre su vida*, variable que alcanzo puntos de 35, 33, 41 y 56% respectivamente. Sin embargo cuando se indaga sobre la idea que sustentan sobre la democracia, Roderic Camp en 1988 en su estudio *Democracy through Mexican lenses in The Washington Quarterly*, publicado en La Jornada en junio del 2000, observó que este término se relaciono con aspectos como la libertad y la igualdad con índice de 21% para ambas respuestas, con forma de gobierno y bienestar/progreso en niveles iguales de 14%, 13% con términos como respeto/legalidad, elecciones/voto en un 12%, 2% con otras palabras y los que no contestaron representaron un índice de 3%⁵⁸. Esta misma orientación se vislumbro en 1992 cuando la democracia fue identificada con el progreso en un 36.8%, con la justicia en 28.7% y con la libertad en un 25.4%, idea tergiversada que obliga a los mexicanos a afirmar en ese mismo año con rango de 53.8% que en México existe mayor democracia que en países como Estados Unidos, de acuerdo a la SG/1992.

11. OBJETIVO DEL PAIS

El alto nivel patriótico que experimentan los mexicanos los llevaron a considerar que el principal objetivo que debía cumplir el país en 1981 era mantener el orden y en segundo lugar controlar la inflación. En 1987, según datos de Alduncin (1991), entre los problemas más importantes a resolver eran la violencia y la delincuencia rubro que alcanzó el 11.2%, falta de agua y servicios el 8.7% y contaminación el 8.4%. Tres años mas tarde en 1990 se revaloró el orden y la inflación (ver cuadro 25)

⁵⁸ *La Jornada*, "Misteriosa e inexplicable interrupción, domingo, 18 de junio, 2000.

Cuadro 25: Principales objetivos del país

	1981	1990
Mantener el orden	40.3	28.4
Mayor participación en decisiones del gobierno	24.9	23.0
Control de la inflación	27.7	34.8
Proteger la libertad de expresión	7.2	13.8

Fuente: México Encuesta Mundial de Valores. Institute for Social Research, Ann Arbor. Michigan, 1994

La SG/1992 concluyó que la mayoría de los mexicanos en 1992 consideraban en un 72.3% mantener la paz y la seguridad en el país, proteger los derechos y libertades de las personas con 48.9% y garantizar elecciones limpias y confiables llegó a 27.8%. En diciembre de 1999 las tres asignaturas que la población consideró como pendientes del gobierno Zedillista, fueron la legalidad y la justicia con un nivel de 24%, el nivel de vida con 23%, mientras que el problema más grande percibido fue la crisis, desempleo y la inflación con un nivel de 28% de acuerdo al GR/1999.

12. DEMOCRACIA

Partiendo de la consideración que la democracia es sus diferentes formas implica como régimen la existencia de un sistema de instituciones que funcionen en nombre y beneficio de los ciudadanos; como gobierno que este sustentado en los principios de la representación e igualdad ciudadana; como proceso de políticas públicas que considere las demandas e intereses de los ciudadanos y como mecanismo para elegir a los gobernantes, que signifique el medio que asegure elecciones libres e igualitarias (Le Clercq, 1997). En México nuevamente se aparece el fantasma de la contradicción, cuando por un lado la población en la EMV/2000 calificó de regular con un índice de 27% al sistema político de hace 10 años donde el PRI no tenía competencia electoral y por otro, cuando aludió que la democracia es el mejor sistema político para el país (ver cuadro 26).

Cuadro 26: Sistema político favorable para el país⁵⁹

	1996/7	2000
Tener a un líder político el cual no se tenga que molestar por el congreso y las elecciones	38	44
Tener expertos, no un gobierno, para que tomen decisiones de acuerdo con lo que ellos creen que es mejor para el país	53	53
Tener un gobierno militar	22	28
Tener un sistema político democrático	70	71

Fuente: México Encuesta Mundial de Valores 2000

En relación a lo anterior, si se observan los resultados de quienes opinaron que la mejor opción es un *líder político* así como un *gobierno militar*, se percibe cierta orientación de aparente conservadurismo hacia sistemas o gobiernos que se hallan no sujetos al mandato popular o rendición de cuentas, sino más bien, a gobiernos con tintes autoritarios o caudillistas, prueba de ello fue el incremento alcanzado en ambos rubros; mientras que el apoyo por la tecnocracia continuo siendo el mismo. Esta actitud conservadora se debe en gran parte a la forma peculiar en que se insertó la democracia en el país, así mismo, se debe a las diversas opiniones imprecisas que sobre ella se han construido –como se observó en el rubro de satisfacción personal y felicidad ante la vida-. Por ello, para un mexicano no resulta difícil concebir en un 62% que la democracia a pesar de tener problemas es el mejor sistema, así como en un 44% concebirla como un sistema indeciso que acarrea pleitos (ver cuadro 27)

Cuadro 27: Opiniones que se mantienen respecto al sistema político democrático

	1996/7			2000		
	De acuerdo	En desacuerdo	N/S	De acuerdo	En desacuerdo	N/S
En una democracia el sistema económico funciona mal	38	45	17	41	34	25
Las democracias son indecisas y tienen mucho pleitos	44	40	16	47	29	24
Las democracias no son buenas para mantener el orden	34	49	17	39	37	24
La democracia puede tener problemas, pero es el mejor sistema	66	19	15	62	16	22

Fuente: México Encuesta Mundial de Valores 2000

⁵⁹ De acuerdo a diferentes opciones de sistemas políticos se pidió elegir uno de ellos para posteriormente preguntarles si la opción que eligieron la consideraban muy buena, buena, mala o muy mala para el país. En el cuadro se aprecia el porcentaje de las personas que consideraron que el sistema democrático es muy bueno o bueno.

Las opiniones desfavorables que la población mexicana guarda respecto a este tema, marcan índices llanos de insatisfacción. Un dato que ilustra esta realidad es la encuesta de Roderic Camp⁶⁰, el cual reportó en el 88 que la mayoría de la población en un 42% consideró a la corrupción como el principal obstáculo para alcanzar la democracia, un 22% le otorgó la responsabilidad al gobierno, a los partidos políticos 11%, a la pobreza 7.6%, a la falta de educación 7.4% y a la pasividad de la gente un 6.4%. Todavía de manera más tácita la EMV/2000 concluyó en un 35% que la población se manifestó *poco satisfecha* con la forma en que ésta se ha desarrollado en el país, 32% afirmó estar algo satisfecho y sólo el 5% se concibió muy satisfecho. En relación a lo anterior, cabe mencionar que mientras más neófito sea el pueblo en este tema la posibilidad de acceder a ella se minimizan, pues se tiende a caer en el juego de la democracia discursiva de largo experimentada.

13. PERSPECTIVA DEL CAMBIO

Cuando se hace referencia al fenómeno del cambio de manera inmediata se piensa en aquellos factores que lo motivan, como el deseo que se ciñe tras la intención de cambiar un estado de cosas, el grado de satisfacción o insatisfacción que se esconde tras ese deseo, los costos que una sociedad esta dispuesta asumir, la manera en que se concibe la evolución social en tiempo y forma, pero sobre todo, con la valoración de sus propias capacidades para actuar sobre su propio contexto. En 1990 la EMV/1994, puntualizó que la mayoría de los mexicanos en un 51.4% consideraron que las ideas que han soportado la prueba del tiempo por lo general son mejores, en contraposición a ello el 48.6% afirmó que son mejores las ideas nuevas, ésta población a favor del cambio estuvo representada por jóvenes de 16 a 29 años con educación media, de izquierda y ubicados en la zona centro, para los cuales sus rangos fueron de 55.6, 57.3, 59.6 y 54.1% respectivamente, mientras que las personas de mayor edad, con niveles bajos de educación, centristas y ubicados al sur de la república, mantuvieron una actitud conservadora que se identificó con índices de 68.4, 54.7, 53.9 y 54.5%. Pese a esta actitud conservadora que por un momento permite percibir al mexicano sin impulso para

los grandes cambios y transformaciones, esta misma encuesta ubicando más directamente individuo-cambio, reportó actitudes más proclives en un 62.9% a dar la *bienvenida al cambio*, en comparación de aquellos 37.1% que la rechazaron por considerar las dificultades que estos pueden acarrear. Más ilustrativa resulta la EMV/2000 sobre este tema (ver cuadro 28)

Cuadro 28: Afección personal por el cambio

	1990	1996/7	2000
Las ideas que han permanecido a través del tiempo son generalmente mejores (1-4)	35	27	34
Las ideas nuevas son generalmente mejores que las viejas (7-10)	35	36	42

Fuente: México Encuesta Mundial de Valores 2000

En 1981 y 1990 la mayor parte de la población mexicana aceptó el cambio de la organización política de la sociedad como bien lo confirmó la EMV/1994, sin embargo, este cambio se concibió no de manera rápida sino de manera gradual, el 77.2% en 1981, así como el 70.7% en 1990 lo ratificaron. Estos datos se refuerzan con el estudio de la SG/1992, quien con resultados de 78.9% reveló que en 1992 la población aceptó el *cambio en el país*, pero no el cambio *rápido* sino el *gradual*, rubros que alcanzaron números de 18.6% y 76.8% correspondientemente. Este conservadurismo nuevamente se refleja en la EMV/2000 (ver cuadro 29).

Cuadro 29: Manera en como se percibe el cambio en nuestra sociedad

	1981	1990	1996/7	2000
La forma en que está organizada la sociedad debe ser cambiada a fondo con acciones revolucionarias	11	14	12	13
Nuestra sociedad debe ser gradualmente mejorada a través de reformas	68	60	52	49
Nuestra sociedad actual debe ser valientemente defendida de toda fuerza subversiva	9	11	26	21
No sabe	12	15	10	17

Fuente: México Encuesta Mundial de Valores 2000

⁶⁰ *La Jornada*, "Misteriosa e inexplicable interrupción", domingo, 18 de junio, 2000.

Dentro de esta orientación por el cambio se pueden destacar ciertos aspectos como los anhelos y las preocupaciones que los ciudadanos se plantean a futuro en función de su papel como ciudadanos, así como en la confianza que estos demuestran en su esfuerzo por cambiar situaciones y autodeterminarse. Dentro de estos aspectos destaca la importancia que se le otorga a la *justicia* en términos de progreso y mínimos de bienestar aceptables, rubro que marcó un índice de 51.4% en comparación con el 40.7% que se le otorgó a la igualdad, mientras que factores como la libertad o la paz representaron el 45.6 y 36.1% respectivamente de acuerdo a los datos de la SG/1992. Es importante destacar también que los mexicanos al concebir en un nivel alto de 64% la posibilidad de planear su vida, así como al hecho creciente de considerar a la meritocracia como justa –como se analiza en el subtema: el mexicano y sus valores laborales- abandonan concepciones deterministas y valoran la acción individual, es decir, confían hoy más que nunca en los resultados de la propia acción como medio para mejorar sus condiciones de vida. Esto también se ilustra con los datos de la SG/1992 donde el 30.1% otorgó una mayor importancia a la acción individual, el 22.4% a la acción gubernamental y a la cooperación colectiva sólo un 22.2%.

14. EL NACIONALISMO MEXICANO

El nacionalismo de un país cualquiera del que se trate consiste en compartir un territorio, un gobierno, un idioma, una historia, una conciencia de grupo, una urdimbre de significados y signos que conforman una cultura particular y por ende un conjunto de valores sociales y nacionales que se encargan de identificar y dar sentido de pertenencia a los individuos (Hirsch, 1999). Si bien es cierto que en México, desde la década de los 90's se ha detectado que la mayoría de los mexicanos se encuentran modificando su estructura identitaria a favor de los nuevos modos, costumbres, actitudes y expectativas que plantea el trabajo industrial y el sector de los servicios; los cuales erifican la identidad global (ver cuadro 30), estos cambios a favor de la apertura que en otras sociedades, sin duda, hubiera socavado el sentido nacionalista, en México, a pesar de que en 1994 el 49% apoyo el TLC y el 6% pensó que la pérdida de las tradiciones afectaría la estabilidad del país (Ulises, 1996), parecen no afectarle en lo mas mínimo.

Cuadro 30: Niveles de identidad geográfica

	1981	1990	1996/7	2000
Localidad o ciudad donde vive	57	37	36	33
Región del país donde vive	18	15	20	10
México como un todo	18	27	24	34
América Latina	3	8	5	3
El mundo como un todo	4	9	13	15
No sabe	0	4	2	5

Fuente: México Encuesta Mundial de Valores 2000

En 1981 y 1987, frente a esta actitud paradójica del mexicano, Alduncin (1991) descubrió que la mayoría mantuvo un alto sentido de identidad al responder en un 50 y 46% que no les gustaría que México se pareciera a ningún país, un 20% en ambos años votaron porque se pareciera a Estados Unidos y sólo el 6 y 17.4% porque se pareciera a Japón. Más reciente aún la EMV/2000 detectó un alto orgullo nacionalista que fue de 65% en 1981 a 79% en el 2000, lo cual quiere decir que 8 de cada 10 mexicanos sin distingos de clases, generó ni de nivel educativo, mostraron exacerbado nacionalismo (ver cuadro 31).

Cuadro 31: Nacionalismo mexicano

	1981	1990	1996/7	2000
Muy orgulloso	65	55	72	79
Algo orgulloso	22	32	19	15
Poco/ nada orgulloso	12	10	6	5
No sabe	1	3	3	1

Fuente: México Encuesta Mundial de Valores 2000

Si se analiza de manera global este fenómeno con el de otros países como Estados Unidos, España, Alemania, etc. México ocupa el segundo lugar con un índice de 72%, sólo abajo de Estados Unidos, el cual alcanzó en el año de 1996, el primer lugar con un nivel de 78% (EMV/2000). Estos grados de exacerbación, corresponden a una más de las contradicciones de los mexicanos, debido que a pesar del creciente descontento que éstos experimentan para con el gobierno y las instituciones, ello no logra generar deseos por tener otra nacionalidad, menos aún de dejar de sentir satisfacción con su sociedad, fenómeno ligado como menciona Inglehart (1988) a la identificación simbólica con las instituciones de la revolución.

15. VALORES PROMOVIDOS POR LA FAMILIA

La familia para el mexicano representa una institución imprescindible, prueba de ello es el lugar tan destacado que se le otorga antes que aspectos como el trabajo y la religión -ver cuadro 6: Aspectos importantes para el mexicano-. A nivel social, su importancia deriva, en que es ella quien se encarga de introyectar y reforzador ciertos valores en los individuos. En esta su función socializadora, en el 2000 la familia prefiere inculcar en los niños valores de responsabilidad, obediencia, así como valores de la tolerancia y el respeto, de tal forma que aquellos que promueven la autodeterminación como en el caso de la independencia y la perseverancia pasan a ocupar el último término por ser considerados como menos importantes (ver cuadro 32).

Cuadro 32: Cualidades que se pueden alentar en los niños en el hogar

	1981	1990	1996/7	2000
Sentido de responsabilidad	55	77	67	77
Tolerancia y respeto con otras personas	39	64	57	71
Obediencia	44	45	50	60
Fe religiosa	35	40	44	53
No ser egoísta	25	11	38	49
Independencia	15	47	40	42
Ser ahorrativo con el dinero	12	33	46	39
Determinación y perseverancia	10	37	40	33
Trabajo duro	18	23	33	30
Imaginación	13	31	28	24

Fuente: México Encuesta Mundial de Valores 2000

Lo anterior se vuelve contradictorio, si se considera que cada persona tuvo oportunidad de elegir cinco opciones de respuestas, dado que la familia al mismo tiempo que promueve la responsabilidad en los niños estimula el hermetismo de la obediencia y por si fuera poco promueve la tolerancia; valor sustentado en el respeto a la diferencia de ideologías, gustos, modos de ser, etc. Esta actitud familiar se ve clarificada, cuando en 1996/7 y 2000, la mayoría de los mexicanos en un 52 y 48% respondieron que para lograr mejores relaciones humanas *lo más importante era expresar las preferencias uno mismo*, en comparación de aquellos 40 y 42% que consideraron que *lo más importante era tratar de entender las preferencias de los demás*. Desde esta consideración se destacan altos

grados de intolerancia y autoritarismo⁶¹ en las relaciones humanas, así como también, altos grados de sujeción en las relaciones laborales; donde se prefiere acatar instrucciones de superiores aún *sin estar de acuerdo* con ello, que *acatar instrucciones estando de acuerdo*, los porcentajes de 32.5 y 38.8% así como 55.7 y 37.7% para 1981 y 1990 en ambos rubros avalan esta afirmación según datos de la EMV/1994.

16. LA FAMILIA Y EL MEXICANO

En 1994 Ulises B. (1996) identifico que lo peor para el mexicano con datos de 13, 16, 33 y 35%, no era trabajar con conflictos, ser muy pobre, ser objeto de injusticia y abuso de la autoridad, sino ser rechazado por la familia; actitud que aparte de reflejar el fuerte apego biológico por la familia muestra ciertas contradicciones, en el sentido que por un lado afirman en un 89% que *se debe respetar y amar a los padres sin tomar en cuenta sus defectos y virtudes*, por otro, se aferran en un 80% a la idea de que los padres *deben y tienen la obligación de velar por sus hijos* (ver cuadro 33).

Cuadro 33: Respeto y obligaciones que se deben dar entre padres e hijos

	1981	1990	1996/7	2000
Sin importar las virtudes o los defectos que pueden tener nuestros padres siempre debemos amarlos y respetarlos	85	75	76	89
Uno no tiene el deber de respetar y amar a los padres que no se han ganado este respeto por su comportamiento y sus actitudes	11	21	20	10
El deber de los padres es hacer lo mejor por sus hijos aún a expensas de su propio bienestar	82	71	66	80
Los padres deben tener vida propia y no deben sacrificar su propio bienestar por el bien de sus hijos	11	15	26	16

Fuente: México Encuesta Mundial de Valores 2000

Otro de los puntos que aborda el tema familiar y la dependencia de los mexicanos para con esta institución, es el hecho de observar que al igual que en 1981, 1990, 1996/7y 2000, a pesar de que coinciden en un 89, 85, 71 y 86% en valorar la integración

⁶¹ Guillermo de la Peña (1993) considera al respecto que la familia en sí misma, mantiene un fuerte componente autoritario al concebirse determinada por las decisiones de una figura paterna que se encarga de premiar y castigar, pero va mas allá, cuando afirma que este modelo autoritario que se vive en el seno familiar afecta en la vida pública al justificar y fomentar las relaciones clientelista, corporativas y paternalistas.

familiar (EMV/2000), se contradicen con ciertos cambios valórales que han experimentado, por ejemplo en 1994, el 82% de la población aprobó el trabajo de la mujer (Ulises, 1996), en el 2000 el 45% según datos de la EMV/2000 aceptó la idea que una mujer tuviera hijos siendo madre soltera, contra un 11% que la contrario. Así mismo, con un índice de 66% se sostuvo que el trabajo femenino no afecta el buen desarrollo de sus hijos, contra un 29% que confirmó su rechazo.

17. EL MEXICANO Y SUS VALORES LABORALES

a) Consideración de la competencia laboral

Los mexicanos a pesar de la desconfianza interpersonal que experimentan por la política clientelista del gobierno⁶² y a pesar de que se encuentran lamentando por un lado la desigualdad económica y sosteniendo por otro, la idea de un Estado benefactor, hoy día, adoptan una actitud positiva a favor de la competencia comercial. Prueba de ello es la revalorización del individuo, los valores personales, la meritocracia y la competencia individual. La EMV/2000 enfatizó que los mexicanos adultos, en 1990, consideraron que la competencia es *bueno porque estimula a las personas*, para el 2000 a pesar de que este índice disminuyó a un nivel de 60%, la tendencia favorable se ve ratificada, dado que sólo dos de cada diez personas la consideraron como perniciosa (ver cuadro 34).

Cuadro 34: Actitud hacia la competencia

	1990	1996/7	2000
La competencia es buena; estimula a las personas (1-4)	66	61	60
La competencia es dañina; saca lo peor de las personas (7-10)	16	14	22

Fuente: México Encuesta Mundial de Valores 2000

b) Valoración de la meritocracia

Independientemente que se encuentren hoy más que nunca valorando la igualdad de sexos, su idea de la retribución salarial se sustenta en la política de la meritocracia, es

⁶² Política que implica una visión de la sociedad donde las oportunidades de vida y de riqueza se distribuyen de manera arbitraria, misteriosa y desigual. De esta forma tal como lo menciona Roderic Camp (1938) quien

decir, en la repartición desigual del ingreso de acuerdo a las capacidades y méritos que reflejan los trabajadores en su ámbito laboral (ver cuadro 35).

Cuadro 35: Consideración de la meritocracia

	1981	1990	1996/7	2000
Justo	78	82	72	76
Injusto	19	15	22	21
No sabe	3	3	6	3

Fuente: México Encuesta Mundial de Valores 2000

Una de las posiciones que apoyan este rubro, es la tendencia a favor del desarrollo individual que se dio en la EMV/1994, el cual pasó de 82.0% en 1981 a 87.7% en 1990, mientras que quienes rechazaron esta opción por considerarla como mala llegaron a porcentajes de 6.5 a 7.1% en ese mismo año. Otra actitud que se detectó en este estudio es la afección de 57.7% que se dio en 1990 a la idea de que *los individuos deben tener más responsabilidad para sostenerse a sí mismos*, en oposición a un 42.3% que sostuvieron que el sustento de todos es responsabilidad del Estado. Así mismo en 1992 de acuerdo a la SG/1992, la población en un nivel de 80.4% mantuvo la idea que *la gente que no triunfa es porque no se esfuerza lo suficiente*, mientras que sólo el 13% negó esta opción.

c) Importancia del trabajo

Se concretiza la afección de los mexicanos por el trabajo al considerarlo como eje importante en su vida. En 1996/7 el 47% de la población consideró que el trabajo *hace que la vida valga la pena*, en el 2000 este porcentaje se incremento a 62%, no así quienes opinaron que *es el tiempo libre* lo que vale la pena, rubro que de 1996/7 al 2000 alcanzó índices de 23 y 9% respectivamente (ver cuadro 36)

Cuadro 36: Afección por el trabajo

	1996/7	2000
Lo que hace que la vida valga la pena es el tiempo libre y no el trabajo	23	9
Lo que hace que la vida valga la pena es el trabajo y no el tiempo libre	47	62
Ambas	27	25
No sabe	3	4

Fuente: México Encuesta Mundial de Valores 2000

nace pobre sólo puede mejorar sus condiciones de vida bajo la ayuda de benefactores, de ahí que se busque por un lado afianzar amistades con funcionarios públicos.

Si esta adhesión por el trabajo se compara con el caso de otros países como lo analizó la EMV/2000, México llega a ocupar en 1996 el tercer lugar con una puntuación de 47% sólo abajo de Argentina o de Brasil, países que alcanzaron índices similares de 64%, de lado contrario se encuentran naciones como Alemania o Suecia quienes al ocupar últimas posiciones con porcentajes de 21 y 12%, enfatizan la importancia del tiempo libre por sobre la del trabajo; factor que indica una relación inversamente proporcional entre nivel económico y la valoración del trabajo.

d) Aspectos que se consideran importantes del trabajo

Los mexicanos antes que valorar aspectos como responsabilidad, sentido de logro e iniciativa, valoran más el buen sueldo que pueden obtener. En 1981 esta tendencia paso de 72% a 79% en 1990, en 1996/7 fue de 81% y en el 2000 se incremento a 79%. Esta misma EMV/2000 reporto índices altos en la consideración del trabajo como actividad “en sí misma”, en el sentido que éste fue percibido como motivo de autoestima. En el 2000 por ejemplo, el 78% de la población consideró que *la gente que no trabaja se vuelve floja*, el 73% aseveró que el trabajo es un *deber social* y el 67% que esta actividad *siempre debe ser primero*, incluso cuando signifique tener menos tiempo para otras cosas.

e) Igualdad de genero en el ambiente laboral

No obstante a los cambios valórales que presenta el mexicano en relación a la consideración de la igualdad de sexo en el campo laboral, como el hecho de pensar que *ser ama de casa no es tan satisfactorio como tener un empleo pagado*, el cual alcanzó niveles de 64, 58 y 69% en el período de 1990, 1996/7 y 2000; también es cierto, que el grueso de la población masculina se esta cerrando a la igualdad de sexos en el mercado laboral debido al temor de ser desplazados por el sector femenino. Esta actitud se muestra al incrementarse el privilegio que otorga la mayoría de los mexicanos al trabajo masculino -por sobre el femenino- en tiempos de escasas laboral, rubro que se incrementó de 22% en 1990 a 25% en 1996/7 y de este a 33% en el 2000 (EMV/2000). En consecuencia, a pesar de que limitan la participación femenina a ciertos ámbitos, exigen que ésta contribuya en el sustento familiar, en 1996/7 y en el 2000 esta

aprobación alcanzó puntos de 74 y 87%. De tal forma que también se elevó la creencia respecto a considerar como más importante la educación universitaria para el hombre que para la mujer, donde el 28 y 31% que se obtuvo en el 1996/7 y 2000 lo confirman.

18. RELIGIOSIDAD DEL MEXICANO

La religión al igual que la familia y el gobierno funciona para ordenar y reglamentar a la sociedad, así mismo, actúa introyectando cierta resignación a los individuos ante los hechos de la vida⁶³. Para el mexicano por ejemplo, la religión representa el tercer aspecto más importante de su vida, eso se refleja en la unanimidad de su creencia (ver cuadro 37).

Cuadro 37: Creencia religiosa

	1981	1990	1996/7	2000
Cree en Dios	97	92	93	98
Cree que la gente tiene un alma	80	67	69	90
Cree en el cielo	77	66	69	85
Cree en el infierno	49	44	53	70
Cree que hay vida después de la muerte	64	56	61	67

Fuente: México Encuesta Mundial de Valores 2000

La mayoría de los mexicanos encuentran consuelo y esperanza en la religión, este nivel siempre ha sido muy alto desde 1981 cuando alcanzó un 87%, 71% en 1990, 75% en 1996/7 y 88% en el 2000. Religiosidad que se comprueba al sostener la idea de que *Dios es muy importante en su vida*; rubro que alcanzó puntajes de 74, 58, 58 y 87% (EMV/2000). Este mismo estudio reveló que los mexicanos a pesar de que consideran que la religión y la política deben de mantenerse escindidas, consienten que quienes ejercen el poder político sean en privado firmes creyentes; lo cual estaría admitiendo que entre la política y el gobierno al existir un mundo secular, no por ello, deben quedar exentos de cierta moralidad basada en creencias religiosas.

⁶³ Se debe reconocer aquí que todo tipo de religiones introyectan en los individuos ciertas actitudes conformistas, hasta cierto punto contemplativas; actitudes que cabe mencionar van más acorde con sociedades de tipo tradicionalistas.

19. OTROS VALORES IMPORTANTES PARA EL MEXICANO

a) El valor del matrimonio

La EMV/2000 concluyo que el matrimonio para los mexicanos todavía es una institución vigente; una norma moral con la que se debe cumplir, así lo afirmo el 78, 79, 70 y 76% de quienes opinaron en 1981, 1990, 1996/7 y el 2000. Sin embargo hoy más que nunca la disolución del matrimonio es más justificable que en otros tiempos, por ejemplo, índices bajos de 40% en 1990 y de 26% en el 2000 afirmaron que el divorcio nunca se justifica.

b) Respeto y tolerancia por las diferencias

En 1994 la aceptación que mostró la población a favor de la diferencia fue desigual, dado que existió en ese momento una mayor tolerancia hacia las distinciones raciales que hacia las religiosas, menos aún resulto la tolerancia a vivir con personas de preferencias sexuales a su mismo sexo, los cuales alcanzaron índices de 66, 49 y 20% (Ulises, 1996). Ya en el 2000 estos grados de respeto se vieron reflejado en aspectos como el suicidio; aceptación de sobornos en el desempeño de sus deberes; el aborto; hacer trampas en los impuestos si se tienen oportunidad de ello; prostitución; eutanasia y por último la homosexualidad, rubros que llegaron a grados de 93, 73, 69, 69, 61, 59 y 53% (EMV/2000)

c) Respeto por los derechos humanos

En una sociedad tan viciada donde el poder habla por sí sólo, el grueso de la población mexicana se muestra incrédula en cuanto al respeto por los derechos humanos, un 36% sustento la opinión de que existe poco respeto y sólo una exigua votación de 12% afirmó lo contrario.

CAPÍTULO IV

* * *

“La democracia masiva es un territorio difícil y hasta ahora en gran medida inexplorado; nos acercaríamos al objetivo si habláramos de la necesidad no de defender la democracia, sino de crearla”.

E.H.Carr, en Anthony Arblaster.

CONCLUSIÓN

Como pudimos observar a lo largo de la historia nacional, la revolución mexicana definida como democrática-liberal-agraria, popular y antiimperialista, no sólo se encargó de la formación del Estado a través de la concentración del poder y la institución de un gobierno fuerte, sino también bajo estos principios democráticos y reformistas que conformaron el mito del revolucionario, se buscó incorporar junto al nuevo Estado representante de los intereses más disímiles, una cultura política que a través de la construcción de una identidad nacional integradora y modernizante sirvió como fuente de inspiración legal en que se sustentó el discurso político de la elite, implantando con ello nuevas racionalidades, rituales y formas de regulación moral mediante el reforzamiento e internacionalización de normas, valores y creencias que justificaron el reconocimiento y la legitimidad de las reglas del juego, asimismo, la validez y permanencia del nuevo orden político.

De la personalización del poder que dio vida al presidencialismo a partir del período cardenista y de la corporativización del sistema que proyectó en la sociedad la idea de una verdadera representación, se llegó a conjuntar un punto de equilibrio entre democracia y gobernabilidad que sustentado en la creencia de un gobierno providencialista, consolidó no sólo el control y la canalización de las demandas y los conflictos sectoriales sino también bajo una vocación participativa de la sociedad tendiente a reproducir formas de sociabilidad autoritarias, permitió la formación de una cultura política que se caracterizó por combinar simpatía ideológica y tolerancia con factores como la concesión y el consumo, legalidad y soberanía con estructuras de trampa, corrupción, compadrazgo y represión a la que acudieron viejas y nuevas estructuras de marginación, explotación y enviciamiento de la actividad pública. Con esta argumentación se enfatiza que la cultura política propuesta por la elite y la legitimación del régimen se hallan perfectamente sumergidas en una relación de causalidad que no privilegia lo institucional sobre lo social o viceversa, si no ubica a ambas dentro de una fase de correspondencia mutua, bajo el argumento que el establecimiento de un sistema político no depende sólo de la forma como se estructura y aplique el poder sino también de la urdimbre cultural que detente un agregado social; encargado de mantener y reproducir el sistema político o en su defecto de sustituirlo.

Por estas vías el sistema buscó legitimar las diferentes fases económicas y políticas, las cuales al tornarse desfavorables para las masas se encargaron de quebrantarlo, por tanto, mientras que el período desarrollista marcó un avance en la conducción política, la crisis económica posterior fomentó una actitud cada vez más crítica respecto al papel del Estado en su función de promotor y regulador de la actividad económica, situación que se fue agudizando con los posteriores gobiernos; de un echeverrismo que empezó a polarizar a las clases sociales ahuyentando los capitales nacionales con la teoría de un desarrollo compartido; de un lópezportillismo que lejos de administrar la abundancia sumergió al país en una grave crisis que cobró sus costos con el sacudimiento electoral del 88 y con el que se estimuló el proceso de transición democrática; de un salinismo que obnubilado por la globalización y el TLC acompañó la farsa primermundista de un Estado mínimo al lado de la peor crisis política y económica que halla experimentado el sistema, pero sobre todo, al significar sus reformas la contraposición y el desgaste cultural de las viejas leyes, instituciones y creencias que sustentaban las certezas del nacionalismo revolucionario, volvieron factibles la escasa correspondencia entre nacionalismo y modernización, que en última instancia catalizaron la inconformidad ciudadana, el disenso en la esfera pública y la debacle electoral del partido de Estado.

Este desgaste cultural que permite apreciar una fase de transición en los valores nacionales hoy día se identifica por entreverar valores tradicionalistas y modernistas que enmarcan actitudes y conductas tendientes a:

- Reproducir bajos niveles de participación, producto del desinterés y de la frustración de expectativas así como;
- Escasa confianza, credibilidad y apatía hacia todo lo que implique al ámbito político,
- Revaloración de actitudes autoritarias, inmedatistas y de oportunismo político,
- Orgullo por las instituciones políticas y por los héroes de la Revolución que los induce a mantener una Identidad o lealtad partidista,
- Mayor tolerancia en las relaciones sociales y políticas, por ende;
- Mayor valoración de la democracia, empero a la idea publica negativa de esta;
- Creciente afinidad por el cambio gradual y no radical, concretizado en la preferencia de mecanismos institucionales para expresar su descontento,
- Exigencia ciudadana de respeto al estado de derecho y simpatía por la igualdad laboral de genero aunque con restricciones,

- Menos arraigo a su identidad local con una creciente valorización hacia la globalización, que no afecta;
- Su nacionalismo exacerbado,
- Mayor Individualidad a favor de la competencia económica que se sustenta en la meritocracia, pese a ello;
- Aferración a la cultura populista que ve todavía al Estado como responsable de su sustento,
- Gran adhesión familiar y religiosa,
- Más felices con su situación actual y esperanza por el futuro, derivado de la experimentación de una mayor libertad de elección en lo político y personal o bien derivado de una idea tergiversada de lo que significa realmente la democracia.

En este sentido la cultura política de los mexicanos hoy día contiene tanto elementos democráticos como autoritarios, usando la terminología de Flisfish (1987) se caracteriza por un disenso en el que al mismo tiempo que se rechaza a las autoridades corruptas, se otorga gran reconocimiento a la figura presidencial; al ver con simpatía a la participación política y la democracia no la ejercitan; y al anhelar respuestas favorables a sus intereses y necesidades, no inician su búsqueda, combinando de esta forma actitudes de escepticismo y a la vez de estoicismo, de resignación y esperanza de que alguna fuerza externa no proveniente del esfuerzo personal resuelva sus problemas. Esto induce a considerar que si bien no se puede enmarcar a la cultura política nacional dentro del ámbito tradicionalista, tampoco se puede vanagloriar su arribo a ámbitos completamente democráticos, sino más bien, considerar que se encuentra dentro de un proceso de transición caracterizado por un período de ambigüedad de débiles adscripciones y credibilidad en el que se hallan adecuando elementos universales a sus propios códigos culturales. Bajo este argumento lo que se está entreverando de acuerdo a los resultados de los indicadores, es una redefinición valorativa de la cultura política, sustentada en la existencia de una ruptura entre los valores tradicionales del nacionalismo revolucionario y la implantación de valores modernos estimulados por la experiencia histórica de un mundo globalizado.

Con estas cavilaciones se justifican las variadas posiciones contradictorias, paradójicas, encontradas y desiguales que los mexicanos expresan en sus actitudes indefinidas, experimentadas por un lado en un proceso de liberalización y apertura política y por otro en la aferración a un pasado de tradiciones y costumbres que factibilizan la

existencia de ciudadanos demócratas con perspectivas sociopolíticas conservadoras y/o tradicionales. Por ello se piensa que el cambio en la cultura política, tomando en cuenta el modelo de Girvin y Gibbin, sólo se puede dar modificando los valores básicos del nivel macro, de lo contrario las transformaciones en los niveles meso y micro pueden ser absorbidos.

Amén de lo anterior, con el nuevo siglo que nos invade y con la reciente geografía electoral, resulta importante promover una cultura política que conduzca a mejores estadios de gobernabilidad, sujetando la política a la ética a fin de que los partidos funjan como verdaderos medios de transmisión entre los intereses de la sociedad y el ejercicio de las instituciones, en este sentido se afirma que mientras no se entienda que la verdadera modernización no sólo consiste en la simple vigencia de elementos comprobables de ella como la urbanización, la alfabetización y la industrialización, sino también, de una correspondencia positiva entre instituciones e individuos percibidos como sujetos políticos, y cuando en el ámbito de la cultura política se eliminan diatribas como el tapado, el acarreo, el charrismo, el clientelismo y el antigobernismo, logrando con ello la formación de equilibrios y contrapesos frente al Estado, entonces sólo entonces nuestra sociedad habrá evolucionado.

BIBLIOGRAFÍA

* * *

BIBLIOGRAFÍA

Aguilar, Enciclopedia internacional de las ciencias sociales, Madrid Esp. 1977

Aguilar Camín Hector y Lorenzo Meyer, A la sombra de la revolución mexicana, Cal y Arena, 15a edición, Méx. 1995, en Ojeda I. Rosa y Rogelio Ortega, política: globalización, transición y democracia, 1a ed., Quadrivium editores, Méx., 1988, pp. 77-194

Aguilar Camín Héctor, "Repensando el anticlimax", Cuaderno de Nexos, septiembre 1994, núm. 200

Aguirre, Baztán Ángel, Diccionario temático de Antropología, Boixareu Universitara, 2ª ed., 1993

Almond, Gabriel & Sydney Verba, *The civic culture, political attitudes in five nations*, New Jersey, Princenton University Press, 1963, pp13 y 14, 104.

____ Idem. "The intelectual History of the civic culture", Little, Brown, and company, 1980.

____ Idem. Cultura cívica. Estudio sobre la participación política democrática en cinco naciones, 1970, Madrid:Fundación FOESSA (Fomento de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada).

____ Idem. "El estudio de la cultura política" en Estudios Políticos, 1995, núm 7, Abril-Junio, México: Facultad de ciencia política y sociales, UNAM.

Bartra Roger, "La crisis del nacionalismo en México", ensayo escrito en la Jolla entre septiembre de 1987 y febrero de 1988, como investigador visistente del Center for U. S.-Méxican Studies, University of California, San Diego.

Bobbio, Norberto y Nicola Mateucci, Diccionario de política, trad. Raúl Crisaf, Siglo XXI, 1ª ed., 1981, Méx.

Brunner José Joaquín, "América Latina entre la cultura autoritaria y la cultura democrática: legados y desafíos" en Revista Paraguaya de Sociología, Año 24, No. 70, Septiembre-Diciembre, 1987, pp. 7-15

Camp Ai Roderic, Los líderes políticos de México su educación y reclutamiento, trad. por Roberto R. Mazzoni, FONCA, 1983, P.27-55

Capello Héctor M., "Percepción de las instituciones, cultura política e identidad y carácter nacionales", Centro de Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM)-Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.

Carabaña, Julio, "De la conveniencia de no confundir sociedad y cultura", en Problemas de Teoría Social contemporánea (1993), E. Lamo de Espinoza y Rodríguez Ibáñez (eds.), Madrid, CIS, pp87-112. En Martínez, Sahuquillo Irene. Los dos conceptos de cultura: entre la oposición y la confusión, REIS (Revista Española de Investigaciones Sociológicas), No 79, julio-sep 1997, pp.173-196.

Carpizo, Jorge, El presidencialismo mexicano, 1ª, edición, Siglo XXI, 1978.

D. Jean Umiker-Sebeok, "Semiotics of Culture: Great Britain and North America", en Annual Review of Anthropology, 6, 1977, pp.121-135.

De la Peña Guillermo, "¿Una nueva cultura política?", en El nuevo Estado mexicano, IV. Estado y Sociedad, (coords.) Jorge Alonso, Alberto Aziz y Jaime Tamayo. CIESA, 1a edición, Nueva Imagen, 1992, Méx. D.F. pp.231-266

Durand, Ponte Víctor M., "Cultura política de masas y el cambio del sistema político: El papel de la ambigüedad cultural", IISRMS, Vol.59, Enero-Marzo 1997, Méx. D.F., PP.19-35.

Duverge Maurice, Sociología de la política, Col. DEMOS, ed. Ariel, Méx. 1980

Galván D. Francisco y R. Farfán, "¿Cual cultura política?", en El Nacional, Suplemento de Política, agosto 6 de 1992, México, pp.12-15

Gallino Luciano, Diccionario de Sociología, 1ª edición, Siglo XXI, 1995, Méx. D.F.

Germán Pérez Fernández del Castillo, Arturo, (coord.) Arturo Sánchez G. et al, La voz y voto: un análisis critico de las elecciones de 1994, FLACSO, Porrua, 1995, pp. 114-117

Geertz Clifford, "Descripción Densa: Hacia una teoría Interpretativa de la Cultura", La interpretación de las culturas, Gedisa, Barcelona,1996, pp. 19-40

Girvin, Brian, 1989 "Change and Continuity in Liberal Democratic Politic Culture", en J. R. Gibbins (Comp.), Contemporary Politic Culture, en Guadarrama, 1993

González Casanova Pablo, " La cultura política en México", en revista Nexos, Años IV, Vol. 4 septiembre 1981 Núm. 45, pp. 13-21.

Guadarrama, Olivera Rocío, Democracia y cambio político: Recuento y reactualización de debates sobre la cultura política, POLIS, Anuario de Sociología, UAM, Depto de sociología, Méx. D.F. 1993, PP.265-276.

Gutiérrez, Roberto, "Cultura y política en el nacionalismo revolucionario", Revista A, UAM-Azcapotzalco, 1988, p. 48

___ Idem., "La cultura política en México: teoría y análisis desde la sociología", (Coord) Esteban Krotz, en El estudio de la cultura política en México: perspectivas disciplinarias y actores políticos, CNCA, CIESAS, 1996, Méx. D.F. pp. 39-67

Hernández Rogelio y José Luis Reyna, " El riesgo de la ingobernabilidad de México. Los últimos meses del gobierno de Carlos Salinas", Estudios Sociológicos, XII, No. 36, 1994, pp. 515-532.

Hirsch Adler Ana, México: valores nacionales. Visión panorámica sobre las investigaciones de valores nacionales, Gernika 2a edición, México 1999

Hirschman Albert, Interés privado y acción pública, FCE, 1986.PP. 18

Hughes Portelli, "La superestructura del bloque histórico", en Gramsci y el bloque histórico, Siglo XXI, 1971, México, pp.13-43.

Huntington, El orden político en las sociedades en cambio, Paídos, 1972, p.274 .

Inglehart, Ronald, "Cultura política y democracia estable", Universidad de Michigan, en Revista Española de Investigaciones Sociales (REIS), No. 42, abril-junio 1988, pp. 45-65.

Kim, Young C., "The concept of political culture". In comparative politics. In Journal of politics, Vol. XXI, may 1964, pp.313-336

Le Clercq Juan Antonio, "La democracia como sistema de derechos" en Bien Común y Gobierno, Año 3, No. 30, Mayo 1997, pp. 7-13

Loaeza Soledad, " Cambios en la cultura política mexicana: el surgimiento de una derecha moderna (1970-1988), Revista Mexicana de Sociología, Año LI, No 2, julio-septiembre 1989, pp.221-235

___ Idem. "la insertidumbre política mexicana", Cuaderno de Nexos, año 16, Vo. XVI, núm.186, junio 1993, pp. 47-59

Margán Eduardo, Los intereses, el poder y la distribución del ingreso en relaciones internacionales altamente asimétricas: El TLC y la crisis del neoliberalismo, 1a edición, UNAM, 1995, pp. 97-267

Martínez, Sahuquillo Irene, "Los dos conceptos de cultura: entre la oposición y la confusión, en Revista Española de Investigaciones Sociológicas, No 79, julio-sep 1997, pp.173-196.

Medina, Peña Luis, Hacia el nuevo Estado; México, 1920-1994, FONCA, 1a edición, 1995, introducción, cap.II "disciplina política y familia revolucionaria", pp.50-83, 123,

Mir Adolfo, "El significado de la cultura en la teoría de la acción social de Talcott Parsons", Aquiles Chihu (coord.), Sociología de la cultura. UAM-I, Méx. 1995, pp.133-159.

Morales R. R., "¿Qué es y qué no es la cultura política?", en Bien común y gobierno, agosto de 1994. Pp.55-67

Moran, Luz María, "Sociedad, cultura y política: continuidad y novedad del análisis cultural", en Zona abierta, Siglo XXI- ARCE, España. 1996/1997, pp.1-29

Ojeda I. Rosa y Rogelio Ortega, política: globalización, transición y democracia, 1a ed., Quadrivium editores, Méx., 1988, pp. 77-194

Pacheco, Guadalupe " 1994: hacia un realineamiento electoral", pp. 209-231, en La voz de los votos : un análisis crítico de las elecciones de 1994, Germán Pérez Fernández del Castillo, Arturo Alvarado M., Arturo Sánchez Gutiérrez (coords), FLACSO, editorial Porrúa, 1a ed., Méx. 1995

Paramio Ludolfo, "Cambios sociales y desconfianza política: el problema de la agregación de preferencias", Instituto de Estudios Sociales Avanzados (CSIC), ponencia presentada en el VI Congreso Español de Sociología, A Coruña, 24-26 de septiembre de 1998,

Parsons, Talcott, "El Aprendizaje de las expectativas Sociales de los Roles y los Mecanismos de Socialización de la Motivación", *El Sistema Social*, Alianza Editorial, Madrid, Esp. 1988 , pp 193-235

____ idem. *Social systems and the evolution of action theory*, Nueva York, Free Press, 1977, pp. 5, 229-269

____ idem. Parsons T. y E. Schils, *Toward a general theory of action*, Harvard University Press, Cambridge, 1951, pp.54, 388

Pateman, C. "The civic culture: A philosophical critique" en Almond y Verba , (eds.) *The civic culture revisited*, Boston, Little Brown, 1980

Patrick, G. "Political culture" en Sartori, G., (editor), *Social concept science: A systematic analysis*, London, Sage, 1984. P.266 y Kavanagh, Dennis, *Political Science and political behavior*, London, 1983, Allen and Unwin.

Paz Octavio, *El laberinto de la soledad*, FCE, 3ª edición, 1999

Peschard, Jaqueline, "la cultura política democrática", 1a edición, febrero de 1994, en Instituto Federal Electoral, Méx. pp. 9-50

____ Idem. "Cultura política y comportamiento electoral en el Distrito Federal", en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 59, No. 1, enero-marzo, 1997, pp.37-52

____ Idem. "las elecciones de 1988 en México: Balances y desafíos" ponencia presentada en el XIV Congreso Mundial de Ciencias Políticas, en *Ciencia Política, democracia y elecciones*, UNAM. 1a edición, 1989, Pp. 9-21

Pekonen, K. " Symbols and politics as culture in the modern situation: The problem and prospects of the "New" en Gibbins, J., (ed.) *Contemporary political culture*, London, sage, 1989, pp.131-132

Ramos Samuel, *El perfil del hombre y la cultura en México*, Espasa, Calpe, Méx., 1975, p. Introducción.

Revueltas José, *Democracia barbara*, ERA, 1a edición, 1983, pp.26-64

Reyna José L., "Las elecciones en el México constitucionalizado, 1946-1976", en *Las elecciones en México: evolución y perspectiva*, Pablo González Casanova (coord.), Siglo XXI, México 1985, pp.101-118

R. Wuthhnow, J.D. Hunter, et al, introducción y Cap. 6: "Un marco emergente" en *Análisis cultural. La obra de Peter L.Berger, Mary Douglas, Michel Foucault y Jürgen Habermas*, trad. Jorge Piatigorsky, Paidós, 1a ed., Méx. 1988, pp. 267-291.

Sartori Giovanni, *La política. Lógica y Método en las ciencias sociales*, Méx, FCE, 1987, P.228-229

____ Idem. *Ingengería constitucional comparada, una investigación de estructuras, incentivos y resultados*, FCE, 1a edición, Méx. 1994, p.97-100.

Segovia, Rafael, La politización del niño mexicano, El colegio de México, Méx. D.F., 1975.

Street J., "Review article: political culture –from to civic culture to mass culture" en British Journal of Political Science, vol.24 enero 1994 pp.95-114, en Rafael Morales R. "¿Qué es y qué no es la cultura política?", Bien común y gobierno, agosto de 1994. Pp.55-67

Tuirán Rodolfo y Paulina Grobet, " Las elecciones presidenciales de 1994: perfil del electorado, razones del voto y tipo de elector", pp. 399-415, en La voz de los votos : un análisis crítico de las elecciones de 1994, en Germán Pérez Fernández del Castillo, Arturo Alvarado M., Arturo Sánchez Gutiérrez (coords), FLACSO, editorial Porrúa, 1a ed., Méx. 1995

Weber Max, Economía y sociedad, Fondo de Cultura Económica, Méx., 1974

ENCUESTAS

* * *

Alduncin Abitia, Enrique, Los valores de los mexicanos. México en tiempos de cambio, tomo II, Fomento de Cultura BANAMEX, A.C., 1991.

Basáñez Miguel, "México 85: Un pronóstico electoral", en cuadernos de Nexos, año VIII, Vo.8, núm. 91, Julio 1985, pp.31-39

Beltrán Ulises, Fernando Castaños, Julia Isabel et alt., Los mexicanos de los noventa, 1996, IIS-UNAM, en Ana Adler Hirsch, México: valores nacionales. Visión panorámica sobre las investigaciones de valores nacionales, Gernika 2a edición, México 1999

Secretaria de Gobernación. Los valores de los mexicanos, Dirección General de Desarrollo Político, dirección de fomento de la cultura política. Nov 1992

Gabinete de Estudios de Opinión en la revista Etcétera, No. 95, 24 de nov. de 1994.

México Encuesta Mundial de Valores. World Values Survey 1981-1984 y 1990-1993. ICPSR version. Institute for Social Research, Ann Arbor. Michigan, 1994

México Encuesta Mundial de Valores 2000, en Reforma, 9-13 de Mayo y 15 de septiembre del 2000.

Reforma: 31 de mayo de 1995; 17 de abril de 1995; 1o de septiembre de 1995; miércoles 27 de octubre de 1999; 1o Y 10 de diciembre de 1999; 1o de marzo y 19 de noviembre del 2000.

Opinión Profesional, "las elecciones y la opinión pública", secc. Encuestalia, en cuadernos de Nexos, año 14, Vol.XIV, núm. 164, agosto 1991, pp. 27-38

Mercado Lauro y Leo Zuckermann Behar, "Un vencedor más del 21 de agosto" Nexos, septiembre 1994, No. 200, pp.20-25.